

Secuestro y Reconciliación

Martín, ¿por qué se demoró tanto?

*“...Que haya flores rojas en mi mata, cuando
regresemos de la iglesia”*

¡Empecé a orar, para que Manuel no muriera!

“Dios me ha devuelto la vida”

*¡Ahora, tenía la oportunidad de escribir el libro a
punta de ametralladora!*

¡Está bien, no hay nada entre nosotros!

*¿Acaso yo estaba tratando de inventar una nueva
técnica de sacrificar pollos?*

*¡Triunfé; ese dulce rojo, tenía veneno ... ahora todos
ustedes morirán en cinco minutos!*

*De repente, me encontré con ella entre mis brazos y
empecé a decirle que la amaba*

*Temía que cualquier día, una de nuestras peleas
fuera demasiado lejos y perdiera a Marina*

*Comenzaron a cantar todos ellos dándome una ser-
enata con vallenatos*

Secuestro y Reconciliación

Martín Stendal

Secuestro y Reconciliación - Russell Stendal

Copyright 1984, 1988

Russell Stendal © Todos los derechos reservados.

Rescue The Captors.

1ra. Edición, septiembre de 1984

2da. Edición, julio de 1985

3ra. Edición, diciembre de 1985

4ta. Edición, agosto de 1986

5ta. Edición, abril de 1988

6ta. Edición, agosto de 2006

30a. Edición, octubre de 2020

Primera edición en español, noviembre de 1985

Segunda Impresión, junio de 1987

30a Impresión, octubre de 2020

Segunda edición en español, traducido por el profesor
RAMÓN ANTONIO TRILLOS PÁEZ, agosto de 1988.

Diseño de Carátula: *Terry Dugan*

Colombia para Cristo

www.ransompressinternational.com

Paperback ISBN: 978-1-64765-034-6

eBook ISBN: 978-1-64765-035-3

Agradecimientos

Gratitud especial a mi esposa Marina y mi hermano Chaddy, quienes atendieron citas en lugares insospechados para negociar mi liberación. A mis padres, y mis hermanos que no desmayaron hasta verme libre, y a todas las personas que obraron y ayudaron a mi familia a salir de este trance.



Contents

Agradecimientos.....	VII
Prefacio	XI
Capítulo 1	1
Capítulo 2	11
Capítulo 3	17
Capítulo 4	23
Capítulo 5	31
Capítulo 6	41
Capítulo 7	61
Capítulo 8	91
Capítulo 9	99
Capítulo 10	123
Capítulo 11	155

Prefacio

No soy un escritor profesional. Obtuve buenas calificaciones en el bachillerato con la sola excepción de la composición inglesa, y si no me hubiera encontrado en circunstancias tan extremas, este libro nunca se hubiera escrito.

Las presiones y el ambiente bajo los cuales escribí este manuscrito, afectaron tanto la forma como el contenido. En cierto sentido, fue como hacer una representación de las Mil y una Noche con los guerrilleros. A medida que escribía este relato, notaba que el interés de los guerrilleros aumentaba y se iban pasando el manuscrito unos a otros. El que ellos se percataran que pertenecía a una familia misionera era para mí un asunto de vida o muerte.

Mientras preparo el manuscrito para su publicación, me siento tentado a regresar a la mesa de trabajo y escribir un libro completamente distinto. De alguna manera, la mayor parte de la obra parece centrarse en mis más espectaculares errores y fracasos, y en las lecciones que aprendí de ellos. Fueron estos relatos los que impresionaron a mis captores, haciendo que reflexionaran sobre sus propias fallas. Podía haber escrito acerca de experiencias que me hubieran hecho aparecer como un gran héroe inmaculado todo el tiempo, pero eso hubiera arruinado mi propósito de ser transparente en mi relato.

Puede ser que ustedes no estén de acuerdo con todo lo que he escrito en este libro. De hecho, me siento todavía un poco sorprendido al reconsiderar algunas de las cosas que escribí mientras estaba en cautiverio, pues el punto de vista de un prisionero que escribe en un campamento guerrillero, está definitivamente en un plano de pensamiento diferente si se

le compara con el del ciudadano corriente, así se trate de la misma persona.

He desoído el consejo de algunos expertos en literatura con quienes he hablado sobre el particular y desechado varias ofertas halagadoras de editores que querían aprovechar mi experiencia para comercializarla. En lugar de contratar los servicios de un inspirado escritor profesional para que tomara mi historia y la transformará en “algo que se venda”, la he presentado tal como ocurrió y con mis propias palabras. Creo que lo que se pierda en estilo literario se gana en sinceridad y autenticidad. La historia que sigue a continuación es verdadera, según mi leal saber y entender. Los nombres, lugares y fechas han sido alterados en manera alguna. Usted, amigo lector, dará su veredicto final.



La realización de un sueño infantil — mi primer aterrizaje como piloto en la pista de Mamarongo. Ser piloto de la selva en una ocupación muy emocionante, pero hay veces en que puede resultar algo muy arriesgado.
Foto de Pat Stendal

CAPÍTULO 1

Martín, ¿por qué se demoró tanto?

Agosto 14, 1983, 6:00 A.M.

Era una hermosa mañana, sin una nube en el cielo. Mi Cessna 170 de cola baja aceleró suavemente por la pista y se elevó rápidamente en el fresco aire mañanero. La maniobrabilidad del viejo avión había sido notablemente mejorada con la instalación de un sistema para de despegue y aterrizaje cortos (STOL), la noche anterior. En el puesto del copiloto estaba mi amigo colombiano, Gilberto, quien había venido para hacer su primera visita a las llanuras del país, a las que nosotros llamamos “llanos” en Colombia.

Mientras nos alejábamos de San Martín, nuestro lugar de residencia en el sur de Colombia, Gilberto estaba fascinado con la belleza de las colinas y de las rápidas corrientes de agua que pasaban bajo nuestras alas. Nuestra primera parada fue en el pueblo de Mapiripán sobre el caudaloso río Guaviare donde dejamos la valija del correo para mi cuñado Raúl, quien era a la vez el despachador de la aerolínea local y el maestro de la escuela. De ahí despegamos para un vuelo de diez minutos hasta Chaparral, una finca de mi familia. Entramos a la casa de la hacienda para conversar con mi hermano Chaddy, quien me recordó que Carlos, el presidente de Consejo de la vecina localidad de Caño Jabón, me estaba esperando para una reunión

con los comerciantes y pescadores locales. Ellos querían comprar el cuarto frío y otros implementos de mi negocio de venta de pescado al por mayor que había dejado de funcionar desde el año anterior cuando las guerrillas comunistas, que me habían señalado como blanco para su terrorismo por ser norteamericano, invadieron la región. Nueve meses antes habían disparado contra nuestro otro avión, un Cessna 182, allí mismo en nuestra finca mientras mi padre despegaba llevando una indígena enferma y algunos otros pasajeros. Afortunadamente nadie resultó herido, aunque la avioneta fue alcanzada en el tanque derecho del combustible, recibiendo también varios impactos en la cabina. Papá continuó el despegue y se las arregló para escapar a San Martín usando el tanque izquierdo. Después de eso, comprendimos que no podíamos continuar más con el negocio del pescado mientras ello implicara operar en la zona con un plan de vuelo determinado facilitando otra emboscada. Viéndome forzado a dejar la comarca, me encontraba en el proceso de mudarme a un apartamento en Bogotá, la capital de Colombia. Había recibido el apartamento como pago parcial por el Cessna 182 que había sido vendido para pagar deudas del negocio.

Mis planes futuros eran los de darle a mis actividades comerciales una prioridad secundaria, mientras empleaba tanto tiempo como fuera posible trabajando con mi amigo y compañero Ricardo Trillos. Ricardo estaba promoviendo en Bogotá una campaña para trabajar en el área de la consejería y de la reconciliación de la familia. Ambos creíamos firmemente que los problemas familiares se cimentaban en los tremendos problemas sociales y morales de Colombia. Lentamente, el país se estaba deslizando sin control hacia la anarquía total, mientras los terroristas, los grupos mafiosos, las fuerzas del gobierno y los elementos reaccionarios luchaban por el predominio en una guerra sin fin, muy empecinada y siempre en

aumento que estaba destruyendo el país y haciendo imposible que cualquier comerciante honrado se ganara la vida y que la gente encontrara trabajo.

Mi esposa Marina había estado en desacuerdo con mi viaje esta vez. Era domingo, y quería que me quedara en casa con ella y con Lisa, nuestra hija de nueve meses. Esa misma mañana, muy temprano, ella había discutido conmigo que tenía el presentimiento que algo malo iba a ocurrir y que yo debería cancelar mis planes. Yo le contesté que ese vuelo que iba hacer con mi amigo Gilberto sería el último en esa zona. Yo había dado mi palabra de que estaría en la reunión de Caño Jabón y tenía la esperanza de que se pudiera llegar a un acuerdo con los comerciantes y pescadores del lugar para mantener en funcionamiento el negocio de la venta de pescado al por mayor, suministrando trabajo par unos 250 pescadores que en el momento estaba desempleados. La única otra alternativa económica para esta gente, era trabajar en los cultivos de coca produciendo cocaína. Yo les iba a proponer venderles el negocio a crédito, permitiéndoles explotarlo siempre que me proporcionaran una fuente de ingresos para vivir en Bogotá.

Gilberto y yo despegamos de Chaparral y en pocos minutos llegamos al pequeño pueblo ribereño de Caño Jabón. Aterrizamos en menos de 125 metros, gracias a mi nueva conversión STOL lo cual me pareció muy impresionante. Cuando carreteaba hacia el terraplén observe a mi “amigo” Carlos esperándome. “Martín, ¿por qué se demoró tanto?” preguntó, “le hemos estado esperando toda la mañana. Vamos a mi tienda a reunir a toda la gente”.

Los tres íbamos recorriendo las seis cuadras hasta la tienda en la orilla del río cuando oímos algunos disparos. Le pregunte a Carlos qué estaba pasando. “Oh, es apenas algunos de los muchachos practicando tiro al blanco en el otro lado de la pista”, respondió casualmente. Tranquilizado seguí hacia la

tienda, una vez dentro, advertí que algo así como un alboroto estaba ocurriendo en el otro lado extremo del pueblo. Momentos después puede ver hombres armados que corrían por la calles. Las mujeres y los niños gritaban y huían en todas direcciones. “Es la ley”, dijo Carlos. Estas era una conclusión lógica, ya que los policías se vestían a veces de civiles para hacer incursiones en los pueblos productores de droga. Yo desconfié. La escopeta calibre .20 de dos cañones que yo tenía en la mano, me daba la opción de disparar contra los dos hombres que bloqueaban el lado de la calle que yo necesitaba para escapar a la selva. Tenía la terrible sospecha de que algo raro estaba ocurriendo. ¿Quiénes eran ellos? Sospeché que podrían ser guerrilleros comunistas, pero hasta entonces yo no estaba seguro de lo que ellos querían. Quizás apenas estuvieran tomándose pueblo para impresionar a la gente y poder así difundir su propaganda y reabastecerse de provisiones, según su costumbre. Ahora, podía ver más hombres armados que acudían de todas partes, algunos de ellos llevando lo que parecía ser granadas de mano. Quienesquiera que fueran, me di cuenta de que no tenía otra opción que la de quedarme quieto. Si yo empezaba la refriega, las ventajas estaban a favor de ellos.

Cuando ordenaron que todos los del pueblo salieran a la calle, Gilberto y Carlos lo hicieron, pero yo permanecí adentro. Durante un rato, alcance a oír que los hombres discutían. Luego, Carlos regreso a la tienda y me dijo que yo tenía que salir también o Gilberto podía recibir un balazo. “Todo está bien”, dijo, “estos hombres solo quieren hablar con usted. Venga conmigo, que yo me encargaré de que todo salga bien”. Escondiendo la escopeta en la tienda, seguí a Carlos hasta calle.

Cuando salí a pleno sol, traté de ver y parpadeé, fijando la vista en los cañones de tres ametralladoras cuyos dueños me miraban fija y ferozmente mientras me decían: “¡Manos arriba! ¡En marcha!” Cuando avanzaban conmigo por la calle

en dirección al campo de aterrizaje oí de repente, un disparo. Mis secuestradores se pararon. Mientras uno de ellos mantenía su arma apuntada hacia mí, el otro se volvía y hacía una descarga calle abajo. “Más rápido”, ordenaron. “¡Siga moviéndose!” Me llevaron más allá del aeropuerto y me metieron en la selva. Me preguntaba si habrían fusilado a mi amigo Gilberto. Un guerrillero moreno, con bigote, cuyo nombre según supe más tarde era Manuel, me ordenó que me tendiera boca abajo allí en la selva. ¿Iban a matarme? Con voz más áspera Manuel repitió la orden, así que obedecí. “Bueno, ¡creo que no hay más rendimiento que confiar en ustedes!”, exclamé mientras me tendían. Manuel me estiró los brazos hacia atrás, y sentí que me ponía una cuerda a alrededor del cuello y de los brazos, uniendo las tres ataduras con un nudo corredizo central. Manuel retrocedió y ordenó que me pusiera de pie. Contuve el aliento pensando en el revólver Smith y Wesson calibre .38 que yo siempre llevaba atado con correas al tobillo izquierdo. Mientras estuve tirado en el suelo, la bota de pantalón tuvo que haberse subido dejando ver el revólver. Los guerrilleros tendrían que haber estado ciegos para no haberlo visto. Volteándome y poniéndome de pie, di un tirón a la bota del pantalón y exhalé un suspiro de alivio cuando el dobladillo de los pantalones cayó tapando el arma.

Procedieron a llevarme selva adentro. Después de unos 10 minutos llegamos a las orillas del río Guaviare. Los otros integrantes de la guerrilla deambulaban por la playa. Observé una buena cantidad de equipo militar y morrales en el suelo; en la orilla, estaba amarrada una canoa grande. Un hombre joven entre veinte y veintitantos años se me acercó presentándose como el jefe. “Usted ha sido secuestrado con el fin de conseguir dinero para nuestra causa”, proclamó. “Si usted acata nuestras órdenes, nada le pasará”. Después averigüé que su nombre era Jaime y que tenía solamente veintidós años de edad. Jaime me

miró durante un minuto para formarse una idea sobre mí. Yo hice otro tanto. Era delgado y moreno con facciones aindiadas. La pelusa de un bigote estaba tratando de crecerle sobre el labio superior. Yo era barbado y rubio. Ambos teníamos aproximadamente la misma estatura. Estaba muy asustado, pero trataba de no demostrarlo. Con anterioridad, Jaime había ordenado a sus hombres que me requisaran, pero como todo un completo y meticuloso comandante, él también me preguntó si yo estaba armado. Mirándole a los ojos, negué terminantemente que yo tuviera un arma. Mentía.

Casi al mismo tiempo se acercó otro guerrillero trayendo mi maletín de vuelo y la mochila azul de Gilberto que habían sido sacados del avión. Después supe que ellos habían arrancado la puerta del avión con un hacha aun cuando yo les había dado las llaves. Luego, ametrallaron totalmente los tres aviones que estaban en el aeropuerto, incluyendo mi lindo Cessna 170, con el propósito de impedir que alguien escapara e informara a las autoridades de mi secuestro. Revolviendo mi maletín de vuelo y encontrando algunas balas calibre .38. El corazón se me cayó a los pies. En ese momento se me acercó la enfermera del grupo guerrillero trayendo un estetoscopio y un tensiómetro. Tenía unos 28 años y su nombre, según supe después era Nancy; de baja estatura, gorda y no muy bonita, pero parecía ser una enfermera muy experta y eficiente. El joven guerrillero que estaba revolviendo mi maletín de vuelo se dio vuelta y saco la munición, exigiendo que se le dijera dónde estaba el arma. Nancy se había colgado su aparato y estaba tomándose la presión arterial y auscultándome el corazón, le dije al joven guerrillero que las balas eran para el revólver de mi hermano, ya que no tenía ninguno. El corazón me golpeaba al sentir la chapuza que llevaba en mi tobillo. Frenéticamente me estrujaba el cerebro para inventar un cuento que me sacara del apuro. El corazón me palpitaba alocadamente mientras ideaba una mentira que

ellos pudieran creer. La bota de mi pantalón era demasiado corta para cumplir completamente la chapuza. En la cara de Nancy apareció un ceño de preocupación a medida que escuchaba los latidos de mi corazón con el estetoscopio. Una idea me vino a la mente: “¡No me molesten más!”, exclamé. “Tengo una afección cardíaca que aparece y desaparece. Ustedes están sometiendo a mi corazón a una tensión muy grande. Déjenme solo apenas por unos pocos minutos y me recuperaré”. Nancy les dirigió una mirada de preocupación y les hizo señas de que se retiraran. Indicándome que me sentara en un tronco, me preguntó si quería algo de beber. Me senté con un suspiro de alivio. Unos pocos minutos más tarde regreso y me pidió que le dijera cómo se sentía. Le manifesté que me estaba recuperando muy bien de mi “afección cardíaca”. Ya los guerrilleros habían determinado cargar sus equipos en la embarcación. Me pusieron un impermeable de plástico azul y, en la cabeza, una cachucha militar estilo “Fidel Castro”. Esto, con el objeto de asegurarse que nadie me reconociera mientras íbamos río arriba. La espaciosa canoa era impulsada por un motor fuera de borda de 40 caballos de fuerza. Había ocho guerrilleros en ella: cinco se colocaron a mis espaldas y tres al frente. Otra embarcación cargada nos siguió pocos minutos después. Remontamos el río por espacio de una hora más o menos hasta aproximarnos al recodo donde quedaba nuestra finca en Chaparral.

De pronto, dando vuelta al recodo, apareció una rápida chalupa que se vino directamente hacia nosotros. “¡Es la policía!”, susurró uno de los guerrilleros. “¡Vira aquí mismo!”, ordenó Jaime al joven motorista. Encallando rápidamente la canoa en la orilla de una platanal, Manuel me ordenó desembarcar y comenzó a tirar de mí hasta el otro extremo del plantío, mientras el resto de mis captores tomaban posiciones en la orilla del río y se preparaban para emboscar a lo que ellos creían que era la policía. Conseguí que Manuel me llevara más lejos dentro

del platanal, diciéndole que me estaba sintiendo mal del estómago. Me acurruqué debajo del impermeable mirando hacia el río y simulé estar un poco avergonzado. Como Manuel estaba interesado en lo que estaba ocurriendo allá en el río, volvió la cara. Decidí frustrar la inminente emboscada de los guerrilleros a la policía, tratando de escapar. Puesto que Manuel mantenía su sub-ametralladora apuntada directamente hacia mí con el dedo puesto en el gatillo, comprendí que lo mejor no era precisamente apuntarle yo también con mi revólver y amenazarlo. Rápidamente saqué mi arma, apunté y disparé a su hombro derecho para desarmarlo y hacerle soltar la cuerda; de este modo yo podría escapar. Con el rabillo del ojo, él captó mi movimiento y se lanzó hacia adelante justo en el momento en el que yo apretaba el gatillo. La bala explosiva SuperVel estalló en el lado derecho del tórax. El impacto del disparo lo tiró de espaldas, pero él continuaba agarrando la cuerda con la mano buena. Al tirar con fuerza de la cuerda, me apretó las ataduras del cuello y del hombro, cortándome la circulación y la respiración. Traté de disparar a la cuerda que Manuel tenía en la mano izquierda, pero dándome cuenta que estaba perdiendo un tiempo precioso, apunte directamente a su cabeza y tiré del gatillo. La sangre salía de la boca y del pecho de Manuel regándose por todas partes.

Hasta este momento, los guerrilleros creían que estaban siendo tiroteados por una emboscada de la policía, sin percatarse de qué lado estaban viniendo los disparos. Un guerrillero alto llamado Giovani juzgó correctamente la situación y vino corriendo para ayudar a Manuel, quien estaba sacudiéndose en el suelo. A unas veinte yardas de distancia, se llevó a la cara su rifle de asalto alemán, y con una terrible mirada de odio en su rostro, apuntó y tiró del gatillo. El arma hizo “click” y no dio fuego. Levantando rápidamente el revólver, le apunté al pecho y accioné el disparador. El percutor cayó en un cartucho vacío.

¡Me había quedado sin balas! Al ver mi arma, Giovanni se tiró al suelo, cayendo detrás de un árbol. Pude oírlo tratando de poner una nueva carga, pero parecía tener problemas con su arma. Desesperadamente, yo trataba de romper la cuerda de nailon, arrastrando a Manuel unas pocas yardas en el intento. Me tiré al suelo detrás de la única defensa que pude encontrar: unas matas de plátano. La cuerda estaba atada alrededor de mi brazo derecho y del cuello, impidiéndome respirar. Rebusqué frenéticamente en mis bolsillos esperando encontrar más balas para cargar otra vez mi revólver. Sabía que las matas de plátano no detendrían los proyectiles que los guerrilleros estarían disparando muy pronto sobre mí.

Mientras estaba allí tendido, literalmente en las últimas, me preguntaba: ¿qué se sentiría al morir? Creía que mi vida terminaría en contados segundos. Había llegado al límite de mis fuerzas para intentar algo, así que agaché la cabeza y esperé que llegara mi fin.



Listos para emprender el camino con mi papá. Ya somos misioneros para la tribu Kogui en Colombia. *Foto de Pat Stendal*

CAPÍTULO 2

"...Que haya flores rojas en mi mata, cuando regresemos de la iglesia"

Grand Rapids, Minnesota, 1957

Mi padre, como ingeniero civil, estaba encargado de grandes proyectos de construcción en Minnesota. Aprendí a hablar con facilidad a la edad de dos años. Era un niño muy despierto y parecía que siempre les llevaba la delantera a mis padres. Mi mamá se la pasaba mucho tiempo leyéndome relatos de la Biblia y enseñándome acerca de Dios. Como era un niño preguntón, un día le dije a mi madre: "Mamita, ¿Dónde vive Dios?" Mi madre lo pensó un minuto y respondió: "Dios vive en el Cielo, pero Él también puede vivir en el corazón de las personas". Pregunté: "¿Él vive en tu corazón?" Mi madre dijo: "Sí". Volví a preguntar: "¿Él vive en el corazón de mi papito?" Ella dijo: "Sí, Dios vive en el corazón de papito también". Después pregunté acerca de Stuart y Eleonor, que eran amigos de mis padres. Mi madre respondió que sí, que Dios vivía en sus corazones también. Luego, pregunté sobre Dennis y Terry, los hijos de Stuart Y Eleonor Watson. Mi madre dijo que ella estaba segura que Dios vivía en el corazón de Dennis, pero no lo estaba con relación a Terry, porque él era menor que yo. Ella me explicó que para que Dios entre en el corazón de una persona, esa misma persona tiene que pedírselo a Él. Pensé un minuto

sobre eso, y entonces pregunte: “¿Él vive en mi corazón?” En este momento crucial, mi mamá empezó a mostrarse un poco confundida, porque pensaba que yo todavía era muy pequeño para entendérmelas con tan profundos asuntos espirituales, y me respondió que cuando fuera mayor, yo podría pedirle a Dios que entrara también en mi corazón. Entonces, salté de su regazo y me arrodillé junto a la cama, orando en voz alta: “Ven a mi corazón, Jesús. Ven a mi corazón, Dios”. Luego, me puse de pie y comencé a dar brinco exclamando: “¡Él está allí dentro!” Mi madre se quedó asombrada.

Seis meses después mi abuela vino a la casa y me regaló una planta sembrada en una maceta, diciéndome que si la cuidaba y la regaba todos los días, en algún momento le nacerían hermosas flores rojas.* Durante varias semanas cuidé de la planta con mucho esmero pero, para mi desencanto, las flores no aparecían. Era la época de invierno. Mis padres continuaban instruyéndome acerca de Dios, y me decían que Dios podía estar en todas partes, que Él podía verlo todo, que Él podía hacerlo todo. También me enseñaron que Dios le responde a quien le pide. Un domingo por la mañana, mi papá me pidió que diera gracias en el desayuno, y yo oré: “*Señor, por favor bendice este alimento y, por favor, permite que hayan flores rojas en mi mata cuando regresemos de la iglesia*”. Mi padre se impresionó mucho y comenzó a explicarme que él no creía que Dios pudiera responder a una oración como esa. Yo insistí en que estaba seguro que Dios haría eso por mí. Yo tenía tres años solamente, y no sabía que de acuerdo con la teología de mi papá, Dios no podría obrar en los tiempos actuales; sin embargo, él creía todos los relatos bíblicos sobre la obra de Dios en los tiempos remotos.

Papá estuvo inquieto durante todo el servicio religioso, meditando: “Nosotros habíamos comenzado tan bien con este

1 * Es una especie de planta, que produce un ramillete de flores pequeñas.

muchacho, enseñándole sobre los asuntos espirituales, y ahora su incipiente fe en Dios se hará pedazos. Cuando regresemos a la casa y no haya todavía flores rojas en su planta, probablemente, ya no querrá creer más en ninguna otra cosa que les digamos sobre Dios”. Papá había examinado la planta antes de que saliéramos de la casa, y no le había encontrado tan siquiera un botón. Él decidió llevarnos a un restaurante antes de regresar a casa; así, quizás, yo me olvidaría de mi oración. Después nos condujo a casa pasando por el parque y deteniéndose por acá y por allá. Yo empecé a impacientarme de verdad. Cuando llegamos a la casa, Salí corriendo derecho hacia la planta. ¡Estaba encantando! No había solo una flor roja, la mata había reventado en docenas de florecitas. ¡Lucía primorosa! La admiré durante cinco minutos y luego me fui a entretenerme con mis juguetes. Había esperado que Dios me hiciera quedar bien, y no se me ocurría nada mejor. Mi papá, ni más ni menos, se sentó allí por el resto de la tarde, mirando fijamente a la planta con todas sus hermosas flores rojas. La teología de mi padre empezó a sufrir algunos cambios radicales aquel domingo.

Minneapolis, Minnesota, 1959

Ya tenía cuatro años, y vivíamos muy holgadamente. Teníamos una bonita casa y dos carros, y mi padre ganaba bastante dinero. Acaban de ofrecerle un ascenso para ser uno de los ingenieros directores de la construcción de una represa en la catarata de St. Anthony sobre el río Mississippi, por 30 millones de dólares.

Una noche, después de haber llegado a casa del trabajo, mi padre se sentó en la sala, me subió sobre sus rodillas y empezó a mostrarme un libro de láminas en color sobre los indígenas de Sur América. Papá pensó que debería ampliar un poco mis horizontes y hacerme ver cómo vivía la gente en los países extranjeros. El libro de láminas, sin embargo, resultó ser un poco más diciente de los que papá alcanzaba a entender. En él,

aparecían los indígenas elaborando y produciendo artesanías para venderlas en el pueblo el día de mercado. En la página siguiente podía ver a los hombres gastando el dinero en trago, y a las mujeres y los niños esperando afuera; hombres enfrentados en una discusión de borrachos que terminaba en una sangrienta pelea a machete. En la última escena, una mujer indígena trataba pacientemente de ayudar a su marido, pasado de tragos, para que pudiera llegar hasta la casa, y de este modo le pasara la juma; y después... comenzar de nuevo la misma historia.

Me sentí conmovido. En toda mi placentera vida existencia, nunca había tan siquiera soñado que la gente pudiera vivir de esa manera. El hecho de que todo eso estuviera ocurriendo en las majestuosas montañas andinas lo hacía aún más impresionante. Me volví hacia mi padre y le pregunte: “¿Por qué viven ellos así?” Papá replicó: “Bueno, Russ, creo que porque no conocen nada mejor”. Su respuesta me produjo mucha indignación, y dije: “Bueno, Bueno, ¿por qué no conocen nada mejor?” “Creo”, dijo mi papá, “que porque nadie les ha enseñado o les ha mostrado nunca nada mejor”. Mi indignación iba aumentando y dije: “Bueno, ¿por qué no ha ido nadie allí para ayudarles?” Papá contestó: “Supongo que porque nadie se preocupa por ellos, Russell”. Miré a papá y le espeté: “Está bien, pero a ti te preocupan, ¿verdad, papá? ¿Por qué no vamos nosotros?” Mi papá empezó a sentirse un poco molesto. “Bueno, Russ, nadie puede largarse así como así para un país extranjero. Ese sería un trabajo de misioneros, para el cual se necesitaría que Dios te hubiera llamado y que Él proveyera los medios y preparara el camino. Quizás, tú puedes ser misionero cuando crezcas”.

Papá parecía estar complacido consigo mismo y pensó que se había salido limpiamente del apuro, echándole a Dios toda la responsabilidad. No se dio cuenta de que yo no le estaba escuchando y que me había escurrido de sus rodillas para arrodillarme al lado del sofá y orara en voz alta, diciendo: “Querido

Dios, por favor, llama a mis padres que sean misioneros, así yo no tendré que esperar hasta que sea grande”. Papá estuvo un poco pensativo el resto de la noche.

Cuatro años después, luego de que Dios hubiera hecho muchas otras cosas por nosotros, nos encontrábamos viajando hacia Colombia, Sur América, como una familia de misioneros de la sociedad Wycliffe de Traductores de la Biblia. Mi papá había renunciado a su empleo, vendido la casa y había recibido preparación en lingüística. Ahora se encontraba listo para emprender el estudio de las lenguas indígenas primitivas y traducir el Nuevo Testamento a esos idiomas.

El 3 de enero de 1964, nos encontrábamos volando sobre el mar Caribe, en un avión cuatrimotor, con rumbo hacia Colombia. Con nosotros viajaba otra familia misionera, los Waltons, también de Minneapolis. Mientras pasábamos sobre el mar Caribe, un hermoso amanecer coloreaba el horizonte. Mi hermanito y mi hermanita estaban dormidos, pero yo estaba completamente despierto. Me volví hacia mi padre que estaba sentado junto a mí y le dije: “Qué bien la estamos pasando, ¿verdad papá?”



Me preguntaba si vería de nuevo a mi esposa. *Foto de Russell Stendal*

CAPÍTULO 3

¡Empecé a orar, para que Manuel no muriera!

Agosto 14, 1983, 1:00 P.M.

Tire el arma!”, gritó el jefe de la guerrilla. Yo tiré mi revólver, que estaba vacío. “Ahora, ¡levántese!”, ordenó. ¡Me era imposible! Lo mejor que puede hacer fue voltearme y sentarme. Manuel, el guerrillero a quien había herido, estaba aún debatiéndose en el suelo, tratando de coger su arma con la mano buena para dispararme. Sentí alivio cuando vi que otro de los guerrilleros se la quitaba. Dos más vinieron y me alzaron, poniéndome de pie. Jaime, el jefe, avanzó a paso largo y, pasando junto a mí, se fue derecho hacia donde estaba Manuel, que todavía se encontraba en el suelo, sangrando. “¿Por qué no requisaste bien al prisionero, como te lo he dicho? ¡Esto es lo que te pasa por no acatar mis órdenes!” Luego, se volvió hacia mí y dijo: “¿Por qué hizo esto?” La atmósfera estaba muy tensa. Sabía que si mostraba temor o me humillaba, pidiendo compasión, probablemente me matarían. Los guerrilleros respetan la audacia y el valor, y muy pocas cosas más. Pensé por un momento, sabiendo que mi respuesta sería crucial, y dije: “Póngase en mi lugar. Si usted hubiera sido capturado por un enemigo y tuviera un arma con la probabilidad de usarla para escapar, ¿Qué haría?” Jaime reflexionó por un minuto y luego dijo: “¡Tiene razón!”

Vaciaron mis bolsillos y me quitaron la billetera, el dinero, la peinilla, el reloj de pulso y la chapuza. Luego, me ataron bien y me arrojaron al fondo de la canoa, tapándome con una carpa. Todo lo que podía ver por un hueco de la carpa era la cara de Manuel, y me preguntaba si se iría a morir. Sangraba por la boca, aparentemente tenía un pulmón perforado. Manuel estaba en malas condiciones.

Los que venían en la lancha rápida resultaron no ser de la policía, y continuamos río arriba. Las cuerdas que me ataban los brazos estaban tan apretadas que me cortaban la circulación, y en el fondo de la canoa donde me habían echado, había un clavo que sobresalía de una tabla y se me estaba enterrando en la espalda. Empezó a llover. El agua que se acumulaba en el fondo del bote me empapaba, me helaba y me hacía pensar que todo había terminado para mí. Como piloto que operaba en la selva, yo me había visto muchas heridas de bala a lo largo de los años, y me parecía que Manuel no viviría más de cuatro o cinco horas. No se le veía muy bien y cuando el muera, pensaba yo, sin duda me matarán. ¡Qué iba a pasar si me colgaban de los talones durante un día o si metían mi cabeza en un hormiguero y me torturaban por un tiempo antes de matarme finalmente! Empecé a orar, para que Manuel no muriera y para que yo saliera vivo de tan terrible situación.

Después de tres horas, más o menos nos desviamos del río principal y remontamos otro pequeño. Pasado algún tiempo nos detuvimos, y mis secuestradores me ordenaron desembarcar en la orilla. Tres de ellos me llevaron hasta unos 45 metros dentro de la selva, mientras los otros comenzaban a descargar el equipo y colocaban un toldillo para Manuel. Vagamente pude ver que algunas personas se arremolinaban alrededor de Manuel y parecía que estaban operándole la herida. Los tres guardias que me estaban vigilando me ofrecieron una coca-cola de las que habían sacado del avión, pero daban la impresión de

ser más bien hoscos y estar un poco enojados conmigo. Seguí orando silenciosamente para que todo saliera bien.

Pasado un rato, vino Nancy hasta donde nosotros estábamos y anunció que Manuel iba a vivir, y que no quedaría permanentemente mutilado o incapacitado. La tensión comenzó a suavizarse. Los guerrilleros empezaron a dirigirme la palabra, y muy pronto estuvimos contándonos cuentos y también haciéndonos algunas bromas.

Oscureció pronto. Los guerrilleros comenzaron a terciarse sus morrales, y partimos un guerrillero de aspecto serio llamado Arnual, sostenía el otro extremo de mi soga. Después supe que Arnual, antes de unirse a la guerrilla, había sido estudiante de psicología en la universidad. Jaime vino y aflojó las ataduras de mis hombros y brazos, por lo cual pude caminar mejor. Avanzamos uno detrás de otro en la oscuridad.

Yo me encontraba en la mitad de la columna, con tres guerrilleros por delante y tres por detrás. Nancy se había quedado acompañando a Manuel. Seguíamos la trilla de una trocha para jeep a través de la llanura, cuando vimos las luces de un vehículo que venía hacia nosotros. Mis secuestradores se amontonaron conmigo entre en grupo de arbustos donde nos agazapamos y nos escondimos hasta cuando el carro pasó. Luego, supe que este carro trasladó a Manuel hasta un hospital de campaña de la guerrilla, donde lo operaron y le sacaron la bala.

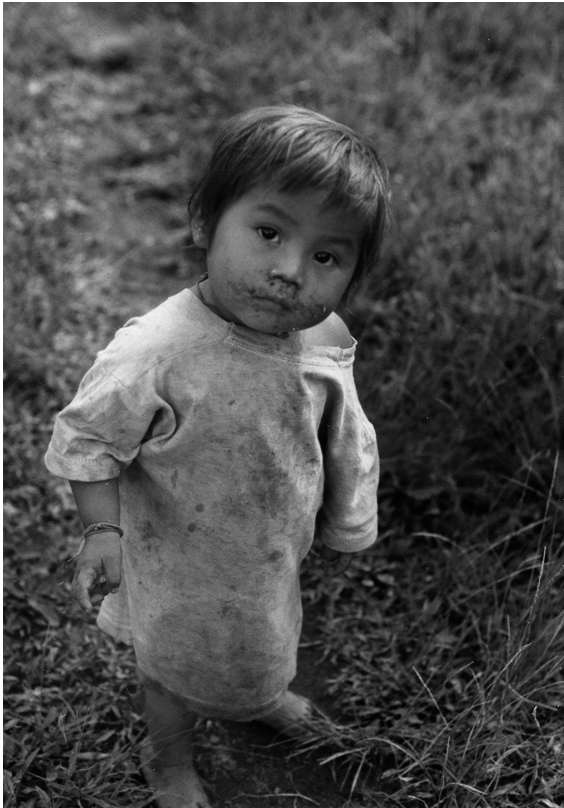
En el momento en que continuábamos la marcha, apareció la luna. Al mismo tiempo pudimos ver el centelleo de los relámpagos en el horizonte, pero no nos llovió. Cuando nos detuvimos para beber algo y descansar un poco junto a una quebradita, me encontré sentado junto a Giovanni, el guerrillero que había tratado de matarme. Giovanni hablaba español con el acento costeño del Caribe y le faltaba dos dientes. Dijo que nunca antes había errado un tiro como aquel, y yo le manifesté que me alegraba de haberme quedado sin balas y de no haber

podido matarlo tampoco. Ambos estuvimos de acuerdo en que Dios había puesto su mano en el acontecimiento y nos había librado de todo peligro. Manifesté que estaba sorprendido al comprobar al comprobar que los guerrilleros no me habían golpeado a torturado por dispararle a Manuel. Giovanni replicó que él también lo estaba. Dijo que Jaime era un comandante estupendo, y que como Manuel no había cumplido la consigna que le habían dado que era la de requisarme, tal vez yo no fuera castigado físicamente. Manuel había supuesto que yo estaba desarmado con solo registrar mi cintura, pues resulta difícil para los guerrilleros imaginar que alguien portara un arma en un chapuza amarrada en el tobillo a causa del barro y del agua por los que ellos tenían que andar a pie durante todo el tiempo. Si ellos llevaran un arma allí, se les mojaría en menos de lo que canta un gallo. Giovanni me advirtió, sin embargo, que si alguna otra cosa sucedía más adelante, yo sería castigado muy duramente. Tomé nota mentalmente de que debía respetar los motivos íntimos de los guerrilleros tanto como fuera posible, agradeciéndoles por no haberme maltratado después de haberle disparado a Manuel y procurando que ellos se sintieran bien por haber procedido así. Me parecía que esto era importante para enfrentar cualquier conflicto en el futuro. Les daba las gracias por todo lo que ellos hicieran por mí, como por ejemplo, traerme un poco de agua. Esto hacía que se sintieran importantes y apreciados como personas.

Seguimos caminando de noche. Después de unas cuantas horas fuimos alcanzados por un Jeep Gaz, de fabricación rusa. Todos nos subimos en él y continuamos viajando por una hora más. A mí me mantuvieron en el piso del carro con la cabeza agachada para que no pudiera ver por dónde íbamos.

Finalmente, nos detuvimos y nos bajamos del vehículo. Mis captores me llevaron hasta un cercano grupo de árboles y prepararon el campamento, lo que hicieron desempacando sus

hamacas y colgándolas entre los árboles con toldillos y carpas colocados de tal forma que pudieran suministrarles un lugar para dormir protegido contra la lluvia y los zancudos. Jaime me indicó que ocupara una de las hamacas y me dijo que habría un guardia vigilándome toda la noche; si necesitaba algo, tendría que llamar al guardián. Me acosté tiritando en la fría y húmeda selva, completamente mojado y con tan solo una delgada sábana para arroparme. Pero, el cansancio era tan grande que me quedé dormido.



La mortalidad infantil entre los Koguis era muy alta, las posibilidades de supervivencia eran escasas aunque un niño hubiera alcanzado seis años de edad. *Foto de Chad Stendal*



Los Koguis construyen alegremente una casa para recibir a la familia Stendal en el pueblo de Mamarongo. *Foto de Chad Stendal*

“Dios me ha devuelto la vida”

Sierra Nevada de Santa Marta, 1967

Por espacio de varios años mis padres habían estado trabajando entre la tribu indígena de los koguis en las escarpadas montañas de la Sierra Nevada, al norte de Colombia. Estas montañas se elevan en una altura de 5.800 metros sobre el nivel del mar con una longitud de apenas unos 56 kilómetros y están separadas de las famosa cordillera de los Andes. Los koguis vivían prácticamente en la Edad de Piedra aun cuando estuvieron entre los primeros indígenas que entraron en contacto con los españoles hace más de cuatrocientos años. Este primer contacto había sido amargo, sangriento y breve, dando como resultado el retraimiento de los koguis hacia sus montañas donde se aislaron del mundo exterior hasta el día de hoy. Se considera como un crimen merecedor de la pena de muerte por envenenamiento el hecho de que un kogui suministre alguna información idiomática o cultural a un forastero.

Papá se encontró con un kogui llamado Santiago, que era bilingüe, y que no estaba bajo el control de ninguno de los principales jefes de la tribu porque vivía demasiado lejos, a dos días de camino de Mamarongo, la aldea más próxima. Santiago aceptó ayudar a mi papá en el estudio y aprendizaje de la lengua kogui. Mis padres estuvieron viviendo durante dos años en la casa que Santiago había construido para ellos junto a la suya. Las paredes eran de bahareque, el piso de tierra y el techo de

paja. El progreso que hicieron en el aprendizaje y análisis del idioma fue constante, pero sobrevino el desastre; Santiago fue envenenado, y parecía que iba a morir por la forma como sangraba internamente. Mi padre se sintió terriblemente mal, sabiendo que era el responsable indirecto del suceso. Mis padres iban para la casa de Santiago con el fin de orar por él, cuando se les ocurrió una idea: Le dieron un laxante llamado Metamusil que absorbió el veneno y lo expulsó del cuerpo. ¡Santiago se recuperó! La fama de papá como médico se regó por las montañas donde vivían casi 10.000 koguis sin ninguna atención médica. Aun cuando papá no tenía una preparación formal en medicina, sí poseía dos buenos libros científicos junto con una provisión de medicinas. La gente acudía a consultarle desde muchos kilómetros a la redonda. Papá los trataba lo mejor que podía suministrándoles drogas de reciente aparición, mientras al mismo tiempo oraba por ellos. Según lo que yo sé, todos ellos se recuperaron.

Un día llegaron unos mensajeros koguis procedentes de Mamarongo. El jefe Mama Nacio (en kogui “Mama” significa “jefe”, lo mismo que en español, ¡según creo!), se estaba muriendo. Poco a poco se había ido empeorando y ahora estaba en peligro de muerte y, como último recurso, él había enviado por mi papá. Después de discutirlo con Santiago, ambos partieron. Este fue un gesto noble de parte de Santiago, ya que dicho jefe probablemente había tenido que ver con su envenenamiento; pues, con anterioridad, también había amenazado a papá con matarlo si alguna vez intentaba entrar en Mamarongo. Dos días después llegaron a Mamarongo, luego de cruzar cinco traicioneros ríos de montaña que bajaban crecidos a causa del invierno.

Papá examinó a Mama Nacio encontrando poco más que piel y huesos con una fiebre ardiente, y diagnosticó una probable tuberculosis avanzada, acompañada de neumonía y parásitos. Papá le dijo al jefe: “Medicamente hablando, creo que he venido

demasiado tarde. Usted debería haberme llamado antes. Sin embargo, Dios, aún puede curarlo, y si usted acepta darle a Él las gracias cuando ya esté sano, entonces, oraré por usted”. El anciano jefe aceptó el trato, y papá oró. Aun cuando no las tenía todas consigo, papá sacó sus medicinas e hizo lo mejor que pudo. Posteriormente, los koguis lo escoltaron montaña abajo hasta dejarlo en una casa al otro lado del río. “Ahora estamos en un buen lío”. Dijo papá a Santiago. “Si el jefe se muere, seguramente no saldremos vivos de aquí, porque nos echarán la culpa”.

Pasaron una noche de angustias. A la mañana siguiente, ¡helo aquí! Mama Nacio subía por el camino hacia la casa apoyándose en un bastón, con un kogui a cada lado para sostenerlo en caso de que se cayera. Vino por sus propios pies hasta donde se encontraba papá, quien estaba asombrado de verlo, y dijo: “*Dios me ha devuelto la vida*”. Mama Nacio mantuvo su promesa y dio gracias a Dios por haberlo sanado. Papá lo examinó por segunda vez y difícilmente podía creerlo: Mama Nacio estaba clínicamente bien. ¡Aunque seguía igual de flaco! El jefe le hizo a papá una invitación incondicional para que viniera y viviera en el poblado kogui de Mamarongo. ¡Esto era exactamente lo que papá quería hacer! Pasó varios días en la aldea tratando al enfermo antes de regresar a la finca de Santiago.

Papá tuvo que esperar hasta el verano para visitar de nuevo a Mamarongo, porque algunos de los grandes ríos solo pueden cruzarse en esta época cuando no son tan profundos. Los koguis lo llevaron a un sitio donde estaban levantando un nuevo poblado, y él observó que detrás de este, había un lote de tierra plana utilizado como potrero. En estas montañas, donde era difícil encontrar un pedazo de terreno plano suficiente para edificar una casa, no se le había ocurrido pensar en un aeropuerto, pero ahí estaba; una extensión plana de casi 400 metros de largo, de conformación y desnivel perfectos para mantenerse

seca. Papá, como ingeniero civil, juzgó que no podría haber diseñado nada mejor.

A la noche siguiente en la casa del Consejo de los koguis (integrado por hombres solamente), papá les habló sobre su idea de construir un campo de aterrizaje. Él sabía que sería imposible para su esposa y sus pequeños hijos emprender ese largo viaje por tierra por los angostos caminos de montaña de los koguis, y el aeropuerto sería la solución del problema. Por aire, el viaje apenas duraría 15 minutos.

Los indígenas no compartieron su entusiasmo. “Ya es bastante malo para nosotros haberle permitido venir aquí”, dijeron algunos de los ancianos de la tribu. “Si aquí aterrizará un avión, el mundo se acabaría”, y se negaron a permitir el inicio de la obras en el lugar escogido para el aeropuerto.

Transcurrido algunos días, llegó el momento para que papá y Santiago regresaran a casa. Se habían retrasado un poco para la salida y Santiago andaba en carreras. En verdad, tendrían que moverse de prisa para hacer el camino hasta el sitio donde Santiago quería pasar la noche. Empezó a llover. Cuando estaban saliendo de la aldea, papá vio a una anciana sentada en el umbral de la puerta del último de los bohíos circulares de los koguis. Aparentaba bastante edad y parecía soportar un gran dolor. Papá se detuvo para averiguar qué le ocurría, pero Santiago insistió en que necesitaban seguir adelante porque estaban retrasados. Papá se compadeció de esta señora y tuvo el sentimiento profundo de que debía hacer todo lo que pudiera para ayudarla, así que estiró el brazo y tiró del nudo corredizo que sujetaba la bolsa de los medicamentos en las costillas del burro de Santiago, dejándola caer al suelo. Esto puso término a la discusión. Papá se regresa para examinar a la anciana, encontrando una seria infección en el lado izquierdo de la cara. Ella no podía ni ver ni oír por el ojo y el oído de ese lado. Le dio unas gotas para el oído, ungüento oftálmico, un antibiótico y

algunos analgésicos; luego, oró por ella. Finalmente, convencido de que había hecho cuanto podía, papá ayudó a Santiago a cargar de nuevo el burro, y continuaron su viaje.

Al llegar a casa, los sentimientos de papá eran confusos, estaba entusiasmado por el hecho de que Mama Nació estuviera bien y lo hubiera invitado a vivir en Mamarongo; sin embargo, se sentía deprimido cuando pensaba que no podía utilizar esa perfecta pista de aterrizaje. Esa idea se convirtió para mis padres en una obsesión durante las dos semanas siguientes. Estando así las cosas, un día se aparecieron unos mensajeros de Mamarongo, y llegando hasta donde estaba mi papá le anunciaron: “Estamos listos para que usted venga y nos diga cómo se construye el aeropuerto”. Papá estaba sorprendido. “¿Qué sucedió para que cambiaran de parecer?”, preguntó. Uno de los koguis respondió: ¿Recuerda a la ancianita a quien usted atendió cuando salía de pueblo? Ella es mi madre. Ahora se encuentra bien y puede oír y ver perfectamente. El lote que usted quiere para construir la pista, es de su propiedad, y ella dice que usted puede venir a construir ese aeropuerto cuando quiera; y todos los demás estamos de acuerdo”.

Papá regresó a Mamarongo con ellos y pronto estuvieron terminando los primeros 200 metros de la pista. La situación de los koguis en Mamarongo era crítica. Tenían solamente dos hachas melladas y una docena de gastados machetes para trabajar y cosechar alimentos para cerca de cuatrocientas personas. Los koguis son casi pigmeos, con una estatura promedio de 1.50 metros. Esto se debe parcialmente a la desnutrición y al hecho de que todos los hombres koguis mascan hojas de coca, que se llevan a la boca mezcladas con cal, produciendo la fuerte droga llamada cocaína. Trascurrido cierto tiempo, esta práctica les produce caries en los dientes y destruye las mucosas de la nariz, los senos y la garganta. Los koguis padecen numerosas enfermedades como la tuberculosis y las producidas por los

parásitos intestinales como los anquilostomas y las amebas. La mortalidad infantil era extremadamente alta: una mujer tuvo trece partos y perdió todas las criaturas; otra, había tenido 10 hijos y solamente vivía uno. He oído conferencias en la universidad, dictadas por antropólogos que hablan acerca de cómo es la vida de los indígenas en su pequeño paraíso tropical y que lo único que tiene que hacer el hombre blanco es dejarlos que vivan a su manera. Este no era el caso de los koguis, pues habían tenido poco o ningún contacto con los blancos por más de 400 años, viviendo en relativo aislamiento del resto del mundo. No obstante, parecía que estaban viviendo en el infierno, y no en el jardín de Edén, como decían los antropólogos.

Mis padres se arremangaron y comenzaron a trabajar: Obtuvieron herramientas del Gobierno para los koguis; se compraron medicamentos y vacunas; se llevaron por avión planticas de árboles frutales; se les proporcionaron semillas de legumbres; se les enseñó a balancear su dieta. Mis padres no hicieron nada que pudiera destruir la cultura kogui; por el contrario; los animaron para que usaran sus blancos vestidos tejidos a mano y su largo cabello negro. Era de extrema importancia que los koguis se sintieran orgullosos de su cultura y de su lengua, pues esto les daría deseos de vivir y los haría mejores que la sociedad que los rodeaba.

Un día, Mama Nacio le obsequió a mi padre un sombrero de los que usan los jefes como distintivo, llamado *numtu*, y lo nombró jefe honorario de la tribu. Cuando los Koguis no lo estaban viendo, papá roció el sombrero con insecticida para matarle los piojos, y luego se lo puso para ir a la casa del Consejo de los hombres aquella noche.

Mis padres se proveyeron de varias cajas de insecticida en su empeño por erradicar las pulgas y los piojos que pululaban en las largas cabelleras de los koguis. Esta campaña tuvo bastante éxito. Puedo acordarme de cuando cogí una de las latas vacías

y leí en uno de los lados: “Para los animales domésticos más consentidos del mundo”.

Mi madre aprendió a sacar muelas para atender a los koguis en sus problemas odontológicos. Algunos de estos indígenas habían estado viviendo con tres o cuatro dolores de muela simultáneos. Papá trabajaba todos los días en el análisis de la lengua kogui y pronto comenzó a traducir a ella partes de la Biblia. Cuando terminó la traducción del Evangelio de San Marcos lo llevó a la casa del Consejo y se los leyó a los hombres. Terminada la lectura, Mama Nacio se puso de pie y pronunció una arenga: “¡Esta es la pura verdad!”, dijo. “Nosotros hemos transmitido oralmente nuestra mitología de padres a hijos por tantas generaciones que hemos perdido la verdad y las cosas se han vuelto enredadas. Tenemos incontables versiones de la misma historia, y todas no pueden ser ciertas. Este libro escrito es exacto y contiene la única verdad que nosotros hemos perdido”.

Mis padres continuaron ayudando a los koguis y participando en la educación de los hombres jóvenes para las posiciones de liderazgo tales como maestros y médicos. Yo acompañaba a mis padres y estudiaba por correspondencia. En mi tiempo libre iba de casería con los indígenas. Los fines de semana se reunían todos los koguis, y todos queríamos trabajar en la ampliación de la pista de aterrizaje. Mientras excavaban para sacar piedras y troncos del aeropuerto y, más tarde, mientras miraba los aviones que aterrizaban y despegaban en esa pequeña pista de la montaña, tomé la decisión que sería piloto cuando creciera.

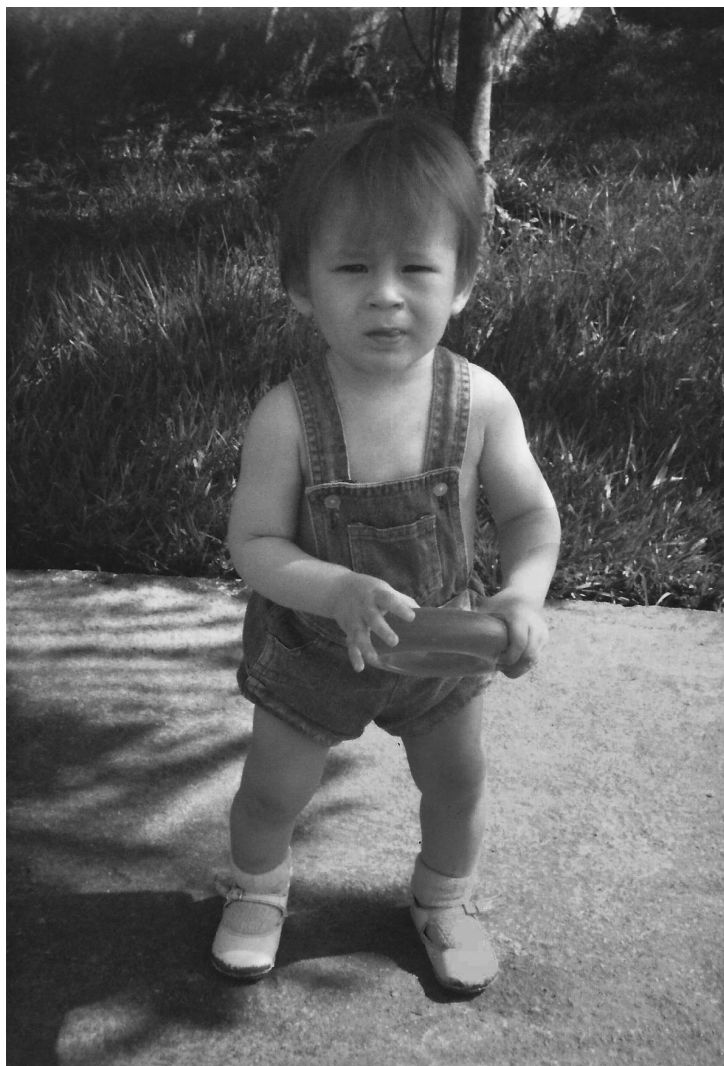


Foto de mi hija Lisa, que llevaba en mi bolsillo, me preguntaba una y otra vez si crecería sin su Padre. *Foto de Marina Stendal*

C A P Í T U L O 5

¡Ahora, tenía la oportunidad de escribir el libro a punta de ametralladora!

Agosto 15, 1983, 6:00 A.M.

Me despertaron los gritos de los loros multicolores posados en una palmera cercana; transcurrieron unos pocos segundos antes de que me percatara de dónde me encontraba. Los sucesos del día anterior me parecían como un sueño hasta cuando me senté en la hamaca y vi, a unos seis metros de distancia, a un joven con fusil de asalto G-3 atravesado sobre sus rodillas. En su mano estaba el otro extremo de la cuerda de nailon atada a mi cuello. El joven guardián se dio cuenta del moretón que me rodeaba la garganta y dio un silbido, exclamando: “¡Caracoles, por poquito lo ahorcan ayer!”

Giovani se acercó y me ofreció un pocillo de café. Luego, me condujeron hasta donde habían improvisado una cocina y me sirvieron salchicha frita, huevos y empanadas. A pesar de tan excelente desayuno, no sentí apetito. Había demasiada adrenalina fluyendo por mis venas, pues yo no estaba acostumbrado a tener gente con el dedo puesto en el gatillo apuntándome todo el tiempo con ametralladoras. ¿Qué tal si se les soltaba el disparador y me pegaban un tiro por accidente? Haciendo de tripas corazón, logré comerme algo así como la mitad del desayuno.

Mi guardián puso un pedazo de plástico sobre un tronco

mojado y me dijo que podía sentarme allí. Así lo hice. Inspeccionado el campamento, observé que la mayor parte de los hombres parecían estar limpiando sus armas que mantenían relucientes. Algunos de ellos empezaron a incluirme en sus conversaciones y hasta a chancearse conmigo. Estaba sorprendido de verlos de tan buen humor, después de haberle disparado a Manuel el día anterior. Bromeaban diciendo: “Esta unidad ha combatido el gobierno de Colombia durante cuatro años sin sufrir bajas; luego, nos encontramos contigo y nos haces más daño en cinco minutos que todo el ejército colombiano en años”. Enseguida, reían y reían. Uno de ellos dijo: “¿Conque no tiró usted ese revólver hasta vaciarlo por completo, ¡ah!?” y soltaron algunas risitas más. Parecía que la idea de mi enfrentamiento contra sus ocho ametralladoras, teniendo tan solo como arma mi revolvito de cinco tiros le hiciera cosquillas a su sentido del humor. Esto hizo que me trataran con respeto, casi como a uno de ellos. Querían saber por qué había empezado a disparar de ese modo. Les respondí que era cristiano y que los cristianos tenían que defender aquello en lo que creían, aunque hacerlo así fuera peligroso²*. Les manifesté que el secuestro es moralmente repudiable, y que si yo me hubiera conformado apenas con acompañarlos pasivamente, me habría considerado a mí mismo como cómplice de mi propio secuestro. Si hubiera sido un “gallina” y no hubiera usado el revólver, me hubiera sentido mal conmigo mismo viviendo con esa amargura por el resto de mi vida. No les había disparado con la escopeta que tenía en la tienda de Carlos porque no estaba seguro de quiénes eran ellos, ni qué era lo que querían. Sin embargo, desde el momento en que supe lo que estaban haciendo, tenía la obligación moral de oponerme, como cristiano, a lo que consideraba como malo. Les hice ver que, por eso, mi decisión inicial había sido la de

2 *Así pensaba yo antes de entender el Sermón de la Montaña.

dispararle a Manuel en el hombro en vez de hacerlo a la cabeza, lo que terminó por impedir mi fuga. Había valorado su vida al no querer matarle, si no era necesario.

Como empezó a llover. Nos refugiamos bajo la carpa que los guerrilleros habían colgado sobre las hamacas. El tiempo aclaró por la tarde y, a eso de las 3:00 P.M., llegaron a pie al campamento tres guerrilleros desconocidos. Uno alto y musculoso con el andar característico de un líder nato, se me acercó dando zancadas y tendió la mano, diciendo: “Hola, me llamo Vicente y soy el encargado de negociar tu libertad. Si quieres cooperar conmigo, las cosas serán mucho más fáciles para todos”. Yo le respondí: “Bueno, haré todo lo posible, pero hay ciertas cosas con las que moralmente no puedo convenir porque soy cristiano”. Luego, me puse a explicarle sobre la labor misionera de mis padres y sobre el negocio de pescado que yo había estado tratando de poner nuevamente en marcha en Caño Jabón con el propósito de darle trabajo a 250 personas. Le dije: “Si usted cree que soy millonario tan solo porque soy norteamericano y vuelo un avión, ¡piénselo dos veces! Yo no soy una persona rica, mi avión es un Cessna 170 modelo 52. Se ve bonito, pero no vale gran cosa. Si ustedes están realmente interesados en el bienestar de la gente de esta región, déjenme ir, porque mi interés es el mismo de ustedes”. Vicente fue muy amable y cordial conmigo, pero dijo que tendría que contarle todo eso a sus superiores y que ellos tomarían la decisión. Después supe que Vicente era el comandante de una compañía de la organización guerrillera y que tenía casi 80 hombres bajo su mando. Él y otro de los hombres que le acompañaban se fueron, pero el tercero, Javier, se quedó. Resulto ser el reemplazo de Manuel y, con 29 años de edad, Javier era el más viejo del grupo. Alto, tenía cicatrices en ambos lados de la cara y llevaba un enorme fusil M1 junto con un Colt 45 automático. Como parecía ser un veterano combatiente y un excelente tirador con el fusil,

tomé nota mentalmente de no tratar de escaparme cuando él estuviera de guardia.

Nancy se reunió con nosotros al atardecer, y con una mirada de felicidad en su rostro anunció que Manuel había sido operado y se estaba recuperando muy bien. Tan pronto como oscureció partimos de nuevo, pues a los guerrilleros les gusta viajar de noche y camuflarse de día. Caminamos en fila india, uno tras otro hasta llegar al borde de una selva virgen. Adentrándonos en ella, nos aproximamos a un arroyo y esperamos mientras dos de los hombres cortaban palo y construían un tosco puente para atravesar el barranco de unos tres metros de anchura. Cruzamos por el puente y acampamos a lo largo de la ribera. Era casi medianoche cuando Jaime me condujo hasta una de las hamacas y me indicó que durmiera allí. Nubes de mosquitos zumbaban en el aire y la lluvia empezaba a caer. Me subí a la hamaca y traté de dormir. ¡De verdad que los guerrilleros sabían cómo instalar una hamaca en la selva! Era agradable y seca y no había mosquitos debajo del toldillo. La lluvia golpeaba sobre el negro plástico que estaba sobre mí.

En la madrugada empezó a hacer mucho frío, y pasé varias horas tiritando hasta que por fin amaneció. Estaba lloviendo todavía cuando Giovani se acercó y me dio un pocillo de café: después, volvió para servirme el desayuno allí mismo en la hamaca. El tiempo empezó a despejarse y pronto puede oír el repiqueteo de los machetes cortándolo todo a mi alrededor: Los guerrilleros estaban preparando un campamento semi-permeable. Después de un par de horas apareció Jaime. “Venga conmigo”, me dijo mientras me conducía al lugar que él había dispuesto para mí. Había limpiado de rastrojo un sitio pequeño en medio del cual se había ingeniado una rudimentaria banca parecida a las del parque, empleando árboles verdes, varas recortadas y tallos de palma partidos, todo eso amarrado con bejucos. Señalándome el banco, me dijo que me sentara.

Otro guerrillero, llamado Alfredo, estaba ocupado haciéndome una mesa. Más tarde averigüé que apenas tenía 14 años; sin embargo, portaba una carabina M1. Trabajando de buena gana, pronto tuvo terminada una bonita mesa empleado horquetas y troncos de palma partidos. Después vino Giovanni y colgó una hamaca provista de un gran toldillo. Durante todo este tiempo Arnual, que era el guardián, se mantuvo a un lado, de pie sosteniendo el otro extremo de la cuerda de nailon que seguía atada alrededor de mi cuello y de mis brazos, mientras mantenía su arma apuntada hacia mí.

Al anoecer vino a Jaime para entregarme una cobija de lana. “Me di cuenta de que usted estaba aguantando frío anoche”, dijo. “Aquí tiene, use esto”. Yo se la acepté agradecido. Después supe que había compartido conmigo su propia cobija, lo que hizo entender mejor aun que los tales guerrilleros eran personas exactamente como yo.

Transcurridos unos pocos días, empecé a conocer mejor a mi captores. Había ocho de ellos asignados para vigilarme. Estaba sorprendido de ver la forma como se llevaban entre sí, pues todavía no había oído ni una palabra ofensiva entre ellos. Podía conversar con los guardianes cuando se hallaban de servicio y, algunas veces, cuando no tenían nada qué hacer, venían y jugaban ajedrez conmigo. Jaime y Nancy se mantenían ostensiblemente reservados, pero los demás fueron tomándose confianza a medida que iba pasando el tiempo. Las discusiones con mis secuestradores solían ser amistosas y calmadas pero solo hasta cuando empezábamos a debatir problemas políticos o mundiales. Quedó completamente en claro que los guerrilleros odiaban a los “capitalistas” con pasión. También odiaban a los Estados Unidos de América. Cuando yo insistía en defender a mi país, la discusión tomaba un cariz desagradable, pues los guerrilleros amenazaban con pegarme un tiro si decía una sola palabra más. Una vez, Mariano, el armero de 21 años de edad

de la unidad guerrillera, me dijo: “No me importaría que usted fuera norteamericano si solamente admitiera lo horrendos que son los Estados Unidos y se avergonzara de ellos”. Le repliqué que no estaba tratando de decir que los Estados Unidos fueran perfectos, pero que aun con sus defectos, el sistema y el modo de vida norteamericanos les llevaban una gran ventaja a cualquier otro sistema de los existentes en el mundo actual. El mismo hecho que tengamos una sociedad libre nos expone a ser desacreditados por aquellos que quieran abusar de su libertad personal.

Tuve que admitirle ante el guerrillero que si bien es verdad que en los Estados Unidos hay drogadicción, homosexualismo, pornografía, prostitución y otras cosas más que no están bien, y que igualmente hay muchos sujetos egoístas que solo se preocupan por ellos mismos y a quienes no les preocupa lo más mínimo el hecho de que en los países del Tercer Mundo haya mucho sufrimiento, nuestro sistema democrático de gobierno, en el cual el pueblo tiene amplia participación y está representado en todos los niveles de la administración, resulta ser la mejor forma para limitar y reprimir las actividades de los sujetos egoístas y corrompidos que están controlados por un procedimiento de examen y ajuste de cuentas. Hay más libertad individual en Estados Unidos que en cualquier otra nación sobre la faz de la tierra.

En este punto fuimos interrumpidos por Giovani que vino para servirme la comida. Pude darme cuenta de la existencia de una tremenda corriente subyacente de amargura y odio de parte de los guerrilleros hacia los Estados Unidos y hacia los norteamericanos en general. Empecé a preguntarme: ¿cómo había ocurrido esto? Parecía haber muchos factores latentes en el asunto, y traté de ordenarlos en mi mente mientras comía. ¿Qué había motivado a cada uno de estos guerrilleros para abandonar las comodidades de la civilización y para andar

de una parte a otra de la selva combatiendo por lo que creían que era la verdadera libertad? Reflexionando sobre mis conversaciones con varios de ellos, encontré que había un tema que parecía destacarse: el de la injusticia social como el factor determinante para que se avivaran las llamas de la rebelión en aquellos corazones juveniles. Habían crecido en un país donde la corrupción, el soborno y el chantaje son un modo de vida; un país donde hay políticos corruptos que roban una gran parte del dinero destinado para vías, escuelas y hospitales; un país donde hay policías corruptos que extorsionan a los cultivadores de droga y le sacaban dinero a los contrabandistas que pasaban por las casetas de control vial o retenes, como los llaman en Colombia. De hecho, la mayor parte de la gente evade de tal forma el pago del impuesto sobre las rentas en Colombia, que se estima que los recaudos por este concepto están por debajo de la mitad de lo establecido por la ley. Existe un porcentaje altísimo de mujeres que están o han estado involucradas en la prostitución en algún momento de su vida; los hijos ilegítimos suman en 40% de los nacimientos, y hay miles de niños que andan vagando por calles de las grandes ciudades, comiendo los desperdicios de las canecas de la basura y, a medida que crecen, aprenden a vivir robando y atracando. Los salarios son muy bajos y es difícil encontrar trabajo. Es por esto por lo que los guerrilleros han reaccionado contra lo que ellos llaman: “capitalismo corrupto”.

En sus mentes, este podrido y corrupto capitalismo es el responsable de todas las desgracias. Sus líderes les han enseñado, de acuerdo con la ideología comunista, que las raíces del capitalismo están en los Estados Unidos. Piensan que puesto que en Colombia es un país capitalista y, puesto que los Estados Unidos lo son igualmente, ambos sistemas son la misma cosa. Yendo un poco más lejos, afirman que el capitalismo de los Estados Unidos es peor que el de Colombia porque tiene alcance

mundial, y lo culpan de todos los problemas del Tercer Mundo. Este modo de pensar le parece lógico y aceptable el guerrillero común y, aun a la generalidad de los estudiantes colombianos de secundaria. Ellos no han tenido la oportunidad de ir a los Estados Unidos y darse cuenta por sí mismos de cómo es actualmente la vida en nuestro país. Les resulta muy fácil evocar en sus mentes la imagen de una nación enorme y poderosa que explota a todos los países del Tercer Mundo arrebatándoles sus recursos naturales. Están completamente convencidos de que el mundo sería un lugar decente para vivir si tan solo pudieran liberarse de los Estados Unidos. Nunca se les ocurre pensar que las raíces y las causas de muchos de sus problemas pueden encontrarse un poco más cerca de casa. No caen en cuenta que la raíz de nuestros propios problemas está en el egoísmo propio de la condición humana en toda la redondez del mundo. No podemos tener una sociedad mejor a menos que tengamos mejores individuos. El estado de la sociedad refleja el estado de los individuos que la integran. Lo mismo sucede con relación a los Estados Unidos.

Mis propias deducciones me ayudaron a entender los argumentos de los guerrilleros. A ellos les gustaba verse a sí mismo como otros Robin Hood, restaurando la justicia social por la fuerza. Estaban financiando, en parte, su revolución por medio del secuestro de aquellos ricos capitalistas que, según ellos, habían estado explotando a la pobre gente del pueblo. Sin embargo, a diferencia de Robin Hood, están gastando el dinero en comprar armas y en hacer terrorismo en lugar de dárselo a los pobres. Según su modo de pensar, si alguien merecía ser secuestrado era un sucio, podrido y corrupto capitalista norteamericano (yo). Mientras descansaba allí en la hamaca oyendo los ruidos nocturnos de la selva, me preguntaba: “¿Cómo diablos me las arreglo para hacerles ver a estos hombres la verdad acerca de quién soy yo y de lo que estoy haciendo en Colombia de una

manera que puedan entenderme?” Y, justo antes de quedarme dormido, decidí que a la mañana siguiente pediría papel y pluma para empezar a escribir este libro. Durante algún tiempo, antes del secuestro, había sentido muy intensamente que debería escribir un libro sobre mi vida y narrar en él, algunas de las extrañas experiencias que me habían ocurrido a través de los años, junto con varias de las lecciones que había aprendido por intermedio de ellas, y, aún más, había prometido a Dios que emplearía una hora todas las mañanas trabajando en ese proyecto, promesa que nunca había cumplido. ¡Ahora, tenía la oportunidad de escribir el libro a punta de ametralladora!



Foto enviadas a mis padres, y tomadas por mis secuestradores el 24 de agosto, diez días después de que me capturaron. Me sentía bastante abatido mientras consideraba mi situación. *Fotos de las F.A.R.C.*

CAPÍTULO 6

¡Está bien, no hay nada entre nosotros!

Septiembre 7, 1983

Las pisadas de las botas de mis captores, junto con la incasante lluvia de la selva, han convertido el terreno del campamento en un mar de barro que da a los tobillos. Llevo tres semanas en cautiverio, y los guerrilleros mantienen sobre mí una vigilancia muy estricta. Tres de ellos se turnan para hacer el servicio de guardia. Todavía me tienen atado con la cuerda de nailon que terminaba con un nudo corredizo alrededor de mi cuello. La cuerda se arrastra por el suelo y me embarra los vestidos y la ropa de cama. Me resulta muy duro acostumbrarme a vivir sin absolutamente ninguna privacidad. A las 6:00 P.M. me obligan a meterme en la hamaca bajo el toldillo. Por la noche hace un calor sofocante, y la hamaca está hecha de lana y el toldillo de tela de cortina, por lo que no deja entrar mucho aire. Permanezco acostado ahí adentro y sudo durante horas hasta cerca de las 10:00 o las 11:00 P.M., cuando la temperatura baja lo suficiente para permitirme dormir algo. El guardián se lleva mis zapatos cuando me acuesto, presumiblemente para hacerme más difícil tratar de escapar por la noche, pues la selva está llena de afiladas espinas. Algunas veces atan una cuerda de mi hamaca y tiran de ella de vez en cuando para cerciorarse por el peso de mi cuerpo de que aún estoy allí, o me alumbran con una linterna de mano cada vez que siente que me muevo o me

volteo en la hamaca. Por la noche, siempre que un guerrillero alumbra con su linterna sobre algo, la coloca al lado del cañón de su fusil con el fin de poder disparar si decide hacerlo; por eso, cada vez que lo hacen conmigo, puedo estar totalmente seguro que también me están apuntando con el fusil. De noche se producen muchos ruidos en la selva. Cada vez que la rama muerta de un árbol se viene abajo crujiendo, o que la hoja seca de una palmera cae al suelo abatida por una ráfaga de viento, los guerrilleros saltan y quitan el seguro de sus armas. Algunas noches resulta algo difícil conciliar el sueño, y estoy empezando a preguntarme cuáles son las probabilidades que tengo de ser baleado por accidente por un guardian nervioso e impulsivo.

Todos los guerrilleros se levantan a las 4:00 A.M. y descolgando sus hamacas, las enrollan y las meten en sus morrales, pues siempre están listos para marcharse al primer aviso. A mí me permiten levantarme a las 6:00 A.M. Giovanni siempre me trae un pocillo de café y luego agua para que me lave la boca. A esto sigue el desayuno a las 7:00 A.M., más o menos.

Algunas veces, hago ejercicio después del desayuno. Alfredo, el guerrillero de 14 años, me proporcionó una barra para hacer flexiones atando una vara entre dos árboles. Mis captores me han dado dos costales viejos para que los extienda en el suelo de modo que pueda hacer ejercicio abdominal y lagartijas sin embarrarme. También paso mucho tiempo paseándome de arriba para abajo hasta donde la cuerda de nailon me permite hacerlo, esto es, como unos diez pasos en cada dirección. Los guardianes se han resignado, atando el extremo de la cuerda a un árbol.

Estoy muy alerta por si se ofrece la posibilidad de escapar, pero, hasta ahora, no se han presentado oportunidades fáciles. Veo que tengo que controlar cuidadosamente mis pensamientos para evitar caer en una grave depresión. Si me pongo a pensar en mi esposa y en mi hijita de diez meses de edad, me

siento terriblemente mal todo el día. La niña apenas acababa de aprender a caminar cuando ocurrió el secuestro; y, para mí, el momento culminante del día había sido tomar a mi hija en los brazos y jugar con ella cuando yo llegaba a casa después de una agobiante labor diaria. Ahora mi esposa, mi niña, mi familia y mis amigos parecen pertenecer a otro mundo, y mis posibilidades de verles pronto en cualquier momento se presentan muy escasas.

Si dejo que mis pensamientos se dispersen por las avenidas del escape, o en la eventualidad de arrebatarse un arma de las manos de algún guardián, la adrenalina empieza a correr por mis venas; y, entonces, pronto me encontraré incapacitado para comer o para dormir. Analizo las probabilidades de éxito para un determinado plan de evasión: ¿Sería mejor hacer mi jugada a la luz del día o por la noche? ¿En tiempo despejado o cuando el cielo esté encapotado? ¿Debería solamente correr o trataría primero de poner fuera de combate al guardián? Si me las arreglo para salir libre del campamento guerrillero, ¿Cuáles son las posibilidades que tengo de encontrar el camino a casa desde aquí sin equipo, sin fósforos, sin alimentos y sin armas? Puedo entrever a mi hijita creciendo sin su padre. Sería mejor que no hiciera ninguna locura que lamentaría más tarde o, peor aún, que no viviera para contarla. Si no puedo conseguir un plan de escape que tenga por lo menos un 80% de probabilidades de volverme completo a casa, lo mejor será quedarme donde estoy.

He comenzado a calcular cuidadosamente todas mis palabras y acciones en un esfuerzo por tranquilizar a los guerrilleros y para que sientan agrado conmigo. Quizá me den una oportunidad de escapar. Infortunadamente, el incidente de haberle disparado a Manuel ha ocasionado que me traten con mayores medidas de seguridad que las que normalmente hubieran sido empleadas. Ellos nos están corriendo albuere conmigo.

Lucho contra la depresión forzando mi mente a ocuparse

en razonamientos positivos. Este secuestro me está dando una perspectiva completamente nueva sobre de mi vida y sobre el mundo. ¿Cómo puedo servirme de este nuevo punto de vista en mi provecho? ¿Qué puedo aprender de experiencia? ¿Es posible que de este secuestro salga algo bueno? Empiezo a elaborar una lista de respuestas que se me vienen a la mente, pues estoy comenzando a preguntarme si puedo influir benéficamente en mis secuestradores. ¿Cómo puedo ponerme en relación con ellos?

Mis sentimientos se enriquecieron a medida que exploro puntos de vista positivos. Recuerdo un versículo de la Biblia que dice: “todas las cosas ayudan para el bien de los que aman a Dios y son llamados según sus designios”³ ¿Puede Dios tener algún propósito al permitir que yo haya caído en manos de los guerrilleros? ¿Si me relajo y confío en que Dios me sacará de aquí, Él, hará que todo concurra para bien?

Mi mente trata de decirme que este punto de vista es un disparate, pues, en mi billetera los guerrilleros han encontrado papeles que me relacionan con el gobierno de Colombia, identificándome como el jefe anterior de la Patrulla Civil Aérea de nuestra zona. Mis captores me han estado interrogando y algunas veces han insinuado que debo ser un agente del gobierno y quizás también, ¡agente de la CIA! He tratado de explicarles que mi labor ha sido apenas la de efectuar vuelos de búsqueda y rescate de aviones civiles accidentados. Mi mente sigue diciéndome que estoy atrapado y que los guerrilleros nunca me dejarán ir con vida.

Sin embargo, muy dentro de mi espíritu siento que Dios podría tener realmente un propósito con este secuestro. Al meditar en mi situación, he decidido considerarla como una oportunidad para lograr una influencia positiva con mis captores, y empiezo a preocuparme por la forma de presentarles la verdad a los guerrilleros de tal modo que pueden entenderla,

3 Romanos 8:28.

en lugar de contentarme con condenarlos sin apelación. He determinado hablarles sobre algunos de los errores que he cometido en mi vida y sobre algunas de las lecciones que he aprendido por “la senda difícil”. De esta manera quizá puedan allegarse a mí; y, posiblemente, con el transcurrir del tiempo, puedan evaluar sus propias vidas y admitir su propios errores también. He comenzado por contarles algunas de las cosas maravillosas que Dios ha hecho por mí en el transcurso de mi vida. Infaliblemente, Él ha venido en mi auxilio siempre que me he hallado en aprietos, y todo cuanto he tenido que hacer es ser apenas sincero con Dios y estar dispuesto a admitir mis problemas y mis faltas para que Él pueda socorrerme. Prosigo diciéndoles que Dios también puede ayudarles a resolver sus problemas.



Trabajando en el libro en el escritorio de troncos de palma partidos, obra de mis captores. ¿Qué más podía pedir? Foto de las F.A.R.C.

Nancy siente rencor hacia el cristianismo. En una ocasión me dijo: “Yo no creo en toda esa basura cristiana sobre la misericordia y el amor, y usted tampoco. Le disparó a Manuel

y por consiguiente usted debe haberlo odiado”. Le repliqué: “No, yo no odiaba a Manuel, aunque le disparé. El secuestro es malo, y no quería permitir que ustedes se salieran con la suya. No tenía nada contra Manuel; y lo que ocurrió, simplemente, fue que él se interponía en mi camino hacia la libertad. Sea sincera con usted misma, Nancy. Usted no hubiera tenido muy buen concepto de mí, si me hubiera limitado a entregar cobardemente mi revólver sin utilizarlo. Sin embargo, siento que sí cometí un gran error que consistió, en primer lugar, en mentirle a Jaime sobre la posesión del arma. No tenía que mentir. Hasta inventé una “afección cardíaca” falsa. Vea lo que ocurre en este campamento guerrillero: La mayor parte de lo que ustedes, los guerrilleros, me dicen es mentira, y también la mayoría de lo que los jefes de ustedes les dicen. Entonces, ustedes no pueden confiar en nadie. Si yo, que proclamo ser cristiano, miento también, eso nos coloca a todos en la misma barca, ¿no es verdad? He puesto mi vida bajo la autoridad de Dios muy temprana edad; por tanto, Él es mucho más estricto conmigo que con alguien que ni siquiera admite su existencia. Si hubiera podido escapar utilizando mi revólver después de haberle mentido a Jaime sobre él, habría llegado a la errónea conclusión de que, para un cristiano, es necesario mentir bajo circunstancias difíciles, es decir, cuando está en un callejón sin salida. Después de que mentí sobre el arma, no había forma que Dios pudiera ayudarme a escapar haciendo uso de ella. En lugar de eso, Él, muy misericordiosamente, mantuvo a salvo a Giovanni y se aseguró de que yo tampoco matara a Manuel. Ahora, gracias a Dios, todos nosotros podemos sentarnos aquí y discutir lo que ocurrió y aprender de nuestras equivocaciones”.

Nancy no replicó, y se fue para atender sus asuntos sin decir, esta boca es mía. Creo que estaba recordando un incidente ocurrido varios días atrás. Era mi vigésimo día del cautiverio y Manuel había regresado al campamento. Él se encontraba

débil a causa de la herida de bala, pero podía hablar. Se acercó donde yo estaba y me miró sin decir una palabra, y los dedos de su mano izquierda tocaron la culata de una pistola de 9mm., metida en la parte trasera de sus pantalones. Lo saludé y hablamos durante unos cinco minutos. Se veía claramente que él mantenía un deseo de venganza contra mí cuando se fue. Yo había orado por Manuel esa noche y le había pedido a Dios que cambiara su actitud. Rogué para que él pudiera perdonarme, y para que yo pudiera estrechar su mano. Manuel, regresó a la tarde siguiente y charlamos durante tres horas. Cuando terminamos, supe que él no guardaba ningún resentimiento hacia mí por haberle disparado, ni yo sentía rencor hacia él por haberme secuestrado. Manuel me dijo que personalmente estaba en contra del secuestro, pero que era miembro de una organización militar, y tenía que acatar órdenes aunque no estuviera de acuerdo con ellas. Yo le aclaré que no tenía nada personal en contra suya y que le había disparado solamente porque lo consideré necesario para escapar. Cuando se levantó para irse, nos estrechamos las manos y dijo: “Está bien, no hay nada entre nosotros”. Al día siguiente, Manuel fue trasladado río arriba hasta el campamento principal de la guerrilla para recuperarse. No lo volví a ver durante más de un mes.

Cierto día, un guerrillero me preguntó si esta experiencia era la peor cosa que me hubiera ocurrido jamás. Medite sobre mi vida y tobe que decirle que no. He tenido varias ocasiones en mi existencia en las que me han sobrevenido dificultades mucho peores y, de hecho, varias veces el terrible apuro ha sido obra enteramente mía. En esta oportunidad, el aprieto en que me encuentro no es precisamente por mi culpa, y estoy sintiendo dentro de mí la convicción creciente de que Dios está controlando esta situación. Si Él ha intervenido antes en mi vida y me ha perdonado cuando el problema se ha debido enteramente a una falta mía, ahora estoy convencido, que con mayor razón, hará que todo se resuelva.

Estoy empezando a entrar en diálogos significativos con mis captores. Descubro que si hablo con ellos en forma personal, de uno en uno, se me franquean hasta cierto punto. Si les hablo en grupo, se cierran obstinadamente como individuos y simplemente repiten como loros su adoctrinamiento comunista. Parecen estar asombrados que una persona educada como yo, pueda creer en Dios, en lugar de hacerlo en la evolución.

Hoy, me enredé en una discusión con Giovani, y descubrí que el ateísmo es el fundamento sobre el cual se sustenta la ideología comunista. Me he estado dando cuenta de que cada mañana todos los guerrilleros que no estén de guardia deben asistir a una reunión de formación ideológica de dos horas. Giovani me dijo que Dios y la religión son hábiles falsificaciones ideadas por individuos muy talentosos para obtener poder y dinero.

“¡Pruebe la existencia de Dios!”, me exigió. “Yo puedo demostrar con seguridad que la evolución es verdad”.

Le pedí que siguiera adelante y me probara lo de la evolución. Entonces dijo: “Bueno, todo el mundo sabe sobre la huella fósil, y hay ejemplos de evolución por toda la naturaleza. El hombre es el producto del medio que lo rodea, y el siguiente e inevitable paso en el proceso evolucionista es derrocar por la fuerza los gobiernos capitalistas del mundo e imponer un nuevo orden de socialismo mundial. Cuba y Nicaragua han sido ya “libertadas”. El Salvador está ahora en el proceso de libertarse del capitalismo. Por el momento, nosotros somos todavía demasiado débiles para poder “libertad” a Colombia, pero estamos ayudando a nuestros hermanos en El Salvador enviándoles tantos hombres como podemos y tanto dinero como nos es posible ahorrar. Después de que nuestros hermanos triunfen en El Salvador, la totalidad de los recursos de nuestros amigos en Cuba, Nicaragua y El Salvador se concentrarán en la liberación de otro país, que probablemente sea Colombia, México, y las otras naciones latinoamericanas seguirán después. A la larga triunfaremos, y

es inevitable que los Estados Unidos caigan finalmente. Luego, nuestro nuevo orden mundial acabará prontamente con todos los problemas del orbe. Redistribuiremos todos los recursos de la tierra y eliminaremos por completo el hambre, la enfermedad, el analfabetismo y la pobreza. También nos empeñaremos en condenar a todos los corruptos capitalistas y en eliminarlos y, especialmente, a todos aquellos que encontremos cometiendo el delito de este terrible fraude religioso sobre Dios, pues consideramos que la “religión” es un crimen contra el “pueblo”.

“Déme un ejemplo de evolución en la naturaleza”, le pedí.

“¿Cómo le parece una oruga que se convierte en mariposa?”, porque con seguridad, eso es evolución”, me replicó Giovanni.

Yo le dije: “Si la mariposa pudiera poner huevos de los que salieran directamente las maripositas, entonces usted tendría un tanto a su favor. Sin embargo, la verdad es que los huevos de mariposa vuelven a producir orugas que hilan capullos y se transforman en mariposas otra vez. Este proceso se llama metamorfosis, no evolución. Los científicos evolucionistas han sudado la gota gorda tratando de explicar cómo evolucionó la metamorfosis. Por otra parte, un creador se hubiera deleitado inventándose un ciclo vital como ese. En cuanto a la huella fósil, su evidencia está lejos de ser concluyente. Por ejemplo, si los esqueletos fósiles mostraran un gorila o mono cuya cola se hubiera ido acortando hasta convertirlo finalmente en una criatura por completo sin cola, sería un argumento más consistente. Como están las cosas, lo que nos muestran son esqueletos de monos progresivamente más y más grandes con sus colas completas, y luego dan un salto para presentarnos osamentas de hombres pequeños sin ninguna cola y otras de hombres cada vez más y más grandes”.

“Tomemos los kognis, por ejemplo, cuyo promedio de estatura es de menos de 1.50 metros. Si un arqueólogo desenterrara uno de esos esqueletos sin haber conocido nunca a

un verdadero kogui vivo, podría pensar que había encontrado el eslabón perdido. Sin embargo, conociendo a los koguis, es fácil ver que son exactamente tan inteligentes y humanos como nosotros, aunque de estatura muy pequeña”.

“Otra cosa que está enredada, es el sistema de datación. Supe de un importante hallazgo arqueológico que fue enviado a dos laboratorios diferentes para determinar su edad. Uno de ellos informó que los huesos tenían un millón de años; y el segundo, que tenía dos millones. La precisión de las técnicas de determinación de fechas, empleando las matemáticas analíticas para el caso, es de un millón de años, más o menos un millón de años para el primer informe de laboratorio. En otras palabras, que el espécimen podría tener entre 0 y dos millones de años.

Entre más estudie usted algunas materias como genética, microbiología, ecología y cadenas alimenticias, más difícil le resultará defender la evolución. A medida que las cosas se hacen más pequeñas, todo se vuelve más complicado. Un animal unicelular aparentemente sencillo como la ameba, es ciertamente tan complicado como cualquiera de las células que integran el cuerpo humano. Cuando alguien empieza a comprender la tremenda complejidad del funcionamiento interno de apenas una simple ameba, las posibilidades de que todo esto se junte por casualidad parece imposible. Resulta fácil ver cómo una determinada especie pueda adaptarse hasta cierto punto a su medio ambiente dentro de su conformación genética. Los genes de una especie dada, sin embargo, solo pueden ser usados en esa especie y no se pueden transferir a otra distinta. Cada especie de planta o animal está genéticamente comprendida dentro de una determinada variación del tamaño, el color y otros atributos. Así, un criador de perros puede obtener perros grandes, pequeños, de pelo largo, de pelo corto, o variar algún número de sus características; pero es genéticamente imposible engendrar un perro en un gato, o en cualquier otro animal. Mientras que la

investigación científica avanza en lo referente a la genética y a la microbiología, defender la evolución se vuelve más y más difícil en lugar de ser al contrario. Por supuesto, si iniciamos nuestra búsqueda para descubrir cómo fue que llegamos a existir con la suposición dogmática de que Dios no existe, bien, entonces nos veremos obligados a creer en algo como la evolución”.

Giovani se quedó sin palabras. Aunque aún seguía creyendo que yo estaba errado, mi objeción a la evolución lo había dejado callado y pensativo.

Yo continúe hablando: “Examinemos las cosas desde su punto de vista”, le dije. (Arnuval se nos había reunido, pero yo continúe con la misma línea de pensamiento): “Si la evolución es verdadera, vamos a pasar un mal rato tratando de reconciliarla con sus argumentos sobre la justicia social como la principal fuerza motivadora. Si “la selección natural” y “la supervivencia del más fuerte” están provocando el derrocamiento de los gobiernos capitalistas del mundo por la fuerza, como el siguiente nivel de “progreso” evolucionista, entonces no confundamos las cosas diciendo que la causa es la injusticia social. Por su propia naturaleza, la evolución es cruel. “La supervivencia del más fuerte” significa que el que tenga más fortaleza o poder sobrevive y reemplaza al animal más débil o pacífico. El hecho de que el animal más fuerte mate o reemplace al más débil, no tiene nada que ver con la justicia. Si sacamos a Dios del planteamiento, entonces la justicia es simplemente lo que nos agrada en el momento, y la injusticia es lo que no nos gusta. Igualmente, para poder hablar de justicia e injusticia, debemos tener un ser Bueno y Supremo en quien podamos afianzar nuestros criterios. De otro modo, todo se vuelve relativo”.

Arnuval y Giovani estuvieron en silencio por unos minutos, mientras las tremendas contradicciones que yo acababa de poner en claro empezaban a calar en ellos. De repente, estaban siendo enfrentados por primera vez con la posibilidad de que,

quizás, hubiera realmente el ser Bueno y Supremo llamado Dios, que verdaderamente había creado todas las cosas. ¿Qué tendría que decir este “Dios” sobre los procedimientos y actividades de su guerrilla?

Arnuval rompió el silencio: “Bueno, nosotros los guerrilleros integrantes de la tropa apenas somos miembros de una organización militar. Si nuestros jefes nos mandan secuestrar a alguien o tratar de matarlo, tenemos que obedecer esas órdenes. Si simplemente estamos “cumpliendo órdenes”, entonces cualquier cosa que pase no es culpa nuestra. No nos gusta secuestrar gente, pero nuestros jefes dicen que es necesario para financiar la revolución”.

Repliqué diciendo que algunas veces se necesita que una persona tome una posición moral firme en un determinado asunto, sin importarle las consecuencias. Si fuera verdad que Arnuval y Giovani se habían unido al movimiento guerrillero, en primer lugar, debido a un deseo de combatir la injusticia social, y de levantarse contra la corrupción en la actual sociedad colombiana, entonces, ¿por qué no se alzaban contra lo que sabían que estaba mal dentro de la organización guerrillera? Durante un rato, ambos dieron la impresión de estar más bien serios, y Arnuval lucía un poco pensativo. Finalmente dijo: “Bien, usted todavía no nos ha probado la existencia de Dios, aunque admito que sí nos ha dado mucho en qué pensar acerca de estas cuestiones”.

“El primer sitio donde podemos buscar a Dios”, le respondí, “es en su creación. No creo que la belleza y los artísticos diseños que vemos en la naturaleza puedan haber ocurrido por casualidad. La tierra está exactamente a la distancia adecuada del sol para permitir que las temperaturas ambientales sean óptimas para la vida humana; hay justamente la cantidad exacta de oxígeno en el aire; el equilibrio entre la extensión superficial terrestre y la extensión superficial acuática es perfecto en este

planeta para las necesidades meteorológicas y de régimen de lluvias de la mayor parte de las zonas; la tierra gira sobre su eje y tiene el grado exacto de inclinación para permitir la sucesión de los días y de las estaciones y la utilización óptima de un porcentaje muy alto de la superficie terrestre. La manera como todo se interacciona en la naturaleza parece apuntar a un plan maestro ideado por el Creador, y las probabilidades de que todo esto se haya realizado conjuntamente por obra del azar, son tan remotas como para considerarlas completamente ridículas. La explicación cristiana de que este mundo fue en otro tiempo una creación perfecta, y de que el egoísmo básico humano ha sido la causa de que en alguna forma se estropeará, se hace más y más verosímil si estamos dispuestos a dejar a un lado lo que nos agrada pensar, y cada uno de nosotros está dispuesta a aceptar su parte de culpa en el lío en el que todos estamos metidos. Si enterramos la cabeza en la arena y rehusamos admitir nuestros propios errores, no podemos progresar, hagamos lo que hagamos, hacia el descubrimiento de Dios, y solamente nos sentiremos más y más amargados al ver las equivocaciones que los demás están cometiendo en torno nuestro y sufriremos la frustración de no poder enmendarlas. Esto puede conducirnos a tomar la ley en nuestras propias manos y tratar de arreglar las cosas mediante el uso de la fuerza. Este uso de la fuerza en manos de los particulares se vuelve casi siempre es su contra, puesto que la gente que se toma la justicia por sí misma, está lejos de ser perfecta, su propia imperfección personal interferirá con su capacidad para hacer uso de la fuerza de una manera justa, y el resultado final puede ser peor que el comienzo”.

Giovani me miró sombríamente con el ceño fruncido y me advirtió que tuviera cuidado con lo que estaba diciendo, porque él podía matarme cuando le diera la gana. No le puse mucha atención a su amenaza, porque ahora comprendía lo que ellos habían estado diciendo acerca de “solo cumplir órdenes”, y sabía

que Giovani no podía coger y dispararme así como así, ya que esas no eran sus órdenes. Sin embargo, si hubiera tratado de escapar, las cosas hubieran sido a otro precio.

“¿Sabe una cosa?, si Dios está realmente allá como se lo estoy diciendo”, continué, “si Él realmente hizo esta tierra y todo lo que está en ella, si Dios nos ama a cada uno de nosotros como individuos y tiene un plan para cada una de nuestras vidas, entonces, no tengo que probarles su existencia. Si Dios existe, Él mismo se encargará de probárselo a ustedes. Todo lo que tienen que hacer es hablar con Él y autorizarlo para que intervenga en la vida de ustedes y gobierne todas las circunstancias que los afecten. Estoy convencido que Dios mismo es capaz de probar su propia existencia de una manera mucho más convincente de lo que podría hacerlo yo. ¿Qué van a perder? Y tienen todo para ganarlo.

El día anterior habíamos trasladado el lugar de nuestro campamento unos cuantos centenares de metros por entre la selva hasta un terreno más alto. Los guerrilleros me habían hecho un escritorio con troncos de palma partidos, y Jaime colgó encima de él una carpa sobrante, de tal modo que pudiera escribir aun cuando lloviera. Mariano, el armero, dispuso sus herramientas y empleó como banco de trabajo el viejo tronco de un árbol caído. Su “taller” está a unos veinte metros de mi “escritorio”, y hoy, ¡maravilla de las maravillas!; se presentó con una máquina de escribir. Arnual, por su parte, proclamó que yo debo mecanografiar mi libro en español para que los guerrilleros lo lean. Si lo hago así, me dejarán que lleve conmigo a casa una versión manuscrita en inglés, cuando me vaya. Escribí la mayor parte del día, traduciendo este libro al español para que mis captores lo leyeran. De vez en cuando, levanto la vista y veo trabajar a Mariano. Está adaptándole una nueva caja a una carabina automática M2, y estoy asombrado de la calidad de su trabajo a pesar de las limitadas herramientas que

dispone. Tiene que llevarlo todo en su morral, junto con la ropa de cama, su comida y sus efectos personales.

Estaba bastante cansado cuando me subí a la hamaca aquella noche. Es agradable estar en un nuevo campamento donde no haya barro que le llegue a uno hasta los tobillos; además, los guerrilleros han lavado también mi ropa de cama. Debido a que el sitio donde está el campamento ha sido recientemente desmontado, hay una cantidad anormal de mosquitos, y uno enorme, de cuerpo grisáceo, con velludas patas azules desproporcionadamente largas descendió sobre mi brazo como un vehículo de aterrizaje lunar en miniatura. Con prontitud, lo aplasté de un manotazo y revisé el interior de mosquitero para ver si había más. Al moverme, el guardián me alumbró con su linterna, y yo aproveché la luz para cerciorarme de que la abertura del mosquitero estuviera bien cerrada. Luego, me acomodé nuevamente en la hamaca para relajarme, medité sobre los sucesos del día transcurrido. Reflexionando sobre mi conversación con Arnual y Giovani, empecé a reírme para mis adentros, mientras recordaba otra ocasión en la que había sugerido a alguien que Dios era perfectamente capaz de defenderse a sí mismo y de probar su propia existencia a nosotros los humanos.

Cuatro años antes, había estado transportando pescado por avión desde un alejado aeropuerto de la selva llamado Tomachipán. Mi amigo, Fernando Suárez, había colocado una trampa pescar en las cataratas del río Inírida. Allí se había construido una pista de aterrizaje en la cima aplanada de un erguido cerro de lava volcánica que sobresalía de la selva. Fernando había dispuesto la trampa de tal manera que algunos de los peces que trataban de saltar las cataratas iban a parar a ella, y todo lo que él tenía que hacer era vaciarla todas las mañanas y almacenar el pescado en un cuarto frío que había construido al lado del aeropuerto. Me vendía el pescado puesto

en la pista, y yo le traía en el avión todas las provisiones y la gasolina para el motor de su cuarto frío. Me complacía pasar la noche en Tomachipán, porque era un lugar encantador; el agua era clara y los mosquitos escasos, y las esplendorosas cataratas caían formando varios escalones de suave pendiente, aunque hacían mucho ruido.



Instantánea Polaroid tomada por Vicente, en la que aparezco sosteniendo la Biblia que me habían enviado mis padres. Fue enviada a mi familia junto con una nota sobre mi rescate. *Foto de las F.A.R.C.*

Un día llegué a eso de las 5:00 de la tarde. Fernando bajó por el río hasta el aeropuerto y me recogió en su canoa impulsada por un motor fuera de borda. Ese mismo día había arribado cierto profesor de un colegio de una importante ciudad situada en la cabecera del Inírida, después de realizar, río abajo, un viaje de día y medio en una chalupa cargada de estudiantes. Los excursionistas decían que habían venido a estudiar la formación volcánica del cerro, y a ver las cataratas y la trampa pesquera. Mientras todos estábamos esperando que prepararan la comida y la sirvieran, me vi metido en uno de esos debates eruditos de evolución-contra-creación con el profesor. El tipo

tenía unos 45 años, casi calvo y de hecho, se estaba luciendo ante sus alumnos. La discusión se fue acalorando más y más; y en el momento en que de verdad estábamos alcanzando los más altos decibeles de la escala, se apareció Fernando y trató de calmar los ánimos diciendo que, en su concepto, ambas partes teníamos algo de razón y que, además, ya era hora de comer y de olvidar la polémica. A modo de cierre de debate, le dije a mi oponente que yo no necesitaba defender a Dios y que si él, el profesor, quería autorizarlo a Él para que interviniera en su vida y se le manifestara por sí mismo, yo creía que Dios estaría encantado de hacerlo así y de convencerle más allá de toda sospecha, haciéndolo de una manera mucho mejor que la empleada por mí en el altercado. La Biblia dice que Dios es Espíritu y que debemos adorarle en espíritu y en verdad. Si no tenemos ninguna idea de Dios y somos incapaces de concebir un mundo espiritual imperceptible para nuestros sentidos físicos, porque no hemos desarrollado nuestras facultades espirituales, entonces, tenemos que ser honrados y buscar la verdad. Si seguimos la verdad, nuestra búsqueda terminará, a la larga, con la revelación de Dios mismo a nosotros de una manera que podamos percibir y comprender. Le dije al profesor que si quería obrar con honradez, podíamos pedirle al mismo Dios que zanjara nuestro pequeño debate.

El profesor se irguió cuan largo era y replicó: “Bien autorizo a Dios, dondequiera que este, para que se me revele por sí mismo, si puede, ¡pero hasta entonces, yo continuaré creyendo en la evolución!”

Todos los estudiantes se rieron ante esta salida y creyeron que era muy graciosa. Había algunas pocas más que yo hubiera podido decir, pero decidí dejar el asunto como estaba y continuar con la comida.

Partí temprano la mañana siguiente con mi cargamento de pescado congelado, y no regresé a Tomachipán hasta dos

después. Fernando salió a encontrarme al aeropuerto y noté que estaba un poco pálido.

“¿Qué pasa, Fernando”, le pregunté, “no te sientes bien?”

“No vas a creer lo que le ocurrió al profesor”, me respondió.

“¿Qué sucedió?” Inquirí de nuevo.

“Esa misma mañana, después de que te fuiste”, continuó Fernando, “todos volvimos a las cataratas, y lo estudiantes me ayudaron a limpiar el pescado que estaba en las trampas del otro lado del río. Cuando terminamos, emprendimos el regreso, y subí orillándome con la canoa hasta una distancia prudente arriba de las cataratas antes de cruzar el río, como siempre lo hago. El profesor y los estudiantes no lo hicieron así, y pretendieron atravesar la corriente en el mismo comienzo de las cataratas. El motor se apagó a mitad de camino, y antes de que pudieran ponerlo nuevamente en marcha, fueron arrastrados por encima de ellas. Sé de 13 personas que anteriormente sufrieron el mismo percance, y todas ellas murieron.

“Afortunadamente, también mantengo otra canoa con motor fuera de borda en el sitio donde terminan los raudales, así que corrí hasta allá, y el viejo cachivache que normalmente tarda quince minutos para arrancar por falta de compresión, encendió al primer chispazo. Me dirigí hacia los rápidos de la parte baja de las cataratas y comencé a pescar estudiantes. . . Pronto tuve a los siete dentro del bote, y, ¡todos estaban vivos! Registramos por ambas orillas del río, pero no encontramos al profesor por parte alguna. Los muchachos me dijeron que ni siquiera sabía nadar, por lo que supuse que tenía que haberse ahogado. De pronto, observamos algo que flotaba en medio de la corriente, río abajo. . . Cuando nos acercamos más, apenas podíamos dar crédito a nuestros ojos. Era el profesor encaramado encima de la canoa volteada, de donde estaba colgado con la vida de un hilo, hundiendo sus uñas en el fangoso casco cubierto de lama de la canoa, mientras esta se precipitaba por los rápidos.

“Lo que ocurrió fue que él cayó por uno de los saltos de la cascada; y la canoa, por el otro lado. Al fondo de las cataratas hay un tremendo géiser, y el chorro de agua había lanzado al aire al profesor, en el justo momento en que la gran canoa, que venía disparada en ángulo recto desde el otro salto, pasaba por allí. El profesor había aterrizado encima del madero flotante en que se había convertido la canoa, y se agarró de ahí con todas las fuerzas de su alma. Cuando por fin logramos soltar por la fuerza sus aferrados dedos, estaba completamente agotado”.

“Empleamos la mayor parte del día siguiente arrastrando por tierra la gran canoa sobre maderos rodantes hasta el atracadero. Hallamos el motor todavía atornillado al travesaño de popa, y yo lo solté para secarlo. Rebusqué entre toda mi ropa y les di un par de pantalones a cada uno para que pudieran retornar a casa, porque todos sus vestidos se perdieron en el río, y les suministré gasolina en un viejo tanque mío, ya que el suyo se había perdido también. Esta mañana han emprendido el regreso. Es una lástima que te lo hayas perdido. Lo último que el profesor dijo antes de partir fue: “¡Dígale a Martín que ahora yo también creo en Dios!”

“Los estudiantes tampoco se rieron esta vez”, continuó Fernando, “todos ellos se fueron de aquí esta mañana tan serios como magistrados. Creo que la gente haría bien en tener mucho cuidado con lo que dice acerca de Dios”.

Mientras pensaba en este suceso que había ocurrido cuatro años antes, empecé a orar de verdad para que algunos de mis captores pudieran tener el valor de ser honrados con Dios. Pensé en Giovanni y algo se agitó en los recovecos de mi memoria. Su cara me era conocida, pero no podía precisar dónde me había encontrado con él antes del secuestro. Había algo en su modo de expresarse, y su habla tenía un acento extraño. Quizás, ni siquiera fuera colombiano. Seguí dándole vueltas al asunto en mi cabeza, tratando de saber de dónde podría ser él. El acento

con que hablaba el español parecía ser del Caribe. ¿Sería acaso un cubano? Entonces recordé que al comienzo de mi cautiverio él me había preguntado si lo recordaba, diciéndome que había conversado conmigo en un remoto aeropuerto de la selva hacía varias años. Le pedí que me dijera el lugar y la fecha exactos, pero no quiso hablar claro.

De pronto, un escalofrío me recorrió el espinazo y encajaron las piezas del rompecabezas: ¡Giovani había estado entre el grupo de estudiantes que cayeron por las cataratas en Tomachipán hace cuatro años! ¡Qué coincidencia! Un momento. . . quizás no fuera coincidencia. ¿Qué tal si aquellos estudiantes realmente no hubieran estado haciendo excursión? ¿Qué tal si estuvieran siendo reclutados por los guerrilleros tan pronto como terminaran sus estudios? ¿Era Giovani un agente de Cuba? ¿Qué edad tenía? Hice rápidamente algunos cálculos mentales y llegué a la conclusión de que nos encontrábamos ahora a menos de 40 kilómetros de Tomachipán. A la mañana siguiente, les narré a los guerrilleros la historia del profesor y los estudiantes: luego, mirando directamente a Giovani, le pregunté que cómo le estaba yendo al “profesor” y si este todavía creía en Dios. Giovani se sobresaltó, y visiblemente confundido, respondió que no sabía de qué le estaba hablando. Sin embargo, a medida que pasaban los días, se le veía más y más pensativo. Estos periodos de ensimismamiento estaban matizados con mordaces diatribas contra mí y contra los norteamericanos en general. Vociferaba y disparataba con respecto al presidente Reagan, poniéndole todos los remoquetes despreciables que se le ocurrieran, y cada vez que yo intentaba defenderlo, amenazaba con ametrallarme. Entonces, yo me ponía furioso en vez de asustarme. Cuando me desentendía de sus amenazas, Giovani se ponía pálido y temblaba de odio y de rabia.

¿Acaso yo estaba tratando de inventar una nueva técnica de sacrificar pollos?

Abril de 1978, Finca Chaparral, Colombia

E staba dando los toques finales a un cuarto frío⁴ de grandes proporciones que había construido a orillas del río Guaviare en Chaparral. Mis planes consistían en comprarles la producción a los pescadores del río. Los grandes valentones podía congelarse, y luego transportarlos en avión hasta el mercado. Las ganancias en esta operación de venta de pescado al por mayor serían suficientes para sufragar los costos de todo el servicio aéreo que se necesitara con urgencia para el público y para las misiones, aunque ningún usuario pudiera pagarlo. Con la ayuda de mi hermano Chaddy, habíamos hecho una pista de aterrizaje a lo largo de la ribera, empleando un viejo bulldozer D2 Cat y nuestro tractor Ford 5000. Esto nos permitiría llevar sin demora el pescado desde el cuarto frío para cargarlo en el avión.

Después de analizar varios negocios de venta de pescado al por mayor establecidos en la selva, que habían fracasado por el alto costo del combustible, proyecté las facilidades de cuarto frío para obtener la máxima capacidad de enfriamiento conjuntamente con un bajo consumo de gasolina. Utilicé un diesel

4 El cuarto frío – se utiliza para refrigerar grandes cantidades de pescado.

Lister de 750 revoluciones por minuto acoplado, mediante una banda de impulsión, con un compresor Tecumpsah de 10 H.P que giraba a 450 revoluciones por minuto. Me serví de controles manuales en un cien por ciento, eliminando el empleo de delicados sistemas electrónicos que pueden, algunas veces, destruirse en la selva. El resultado fue que se logró una capacidad operativa muy eficiente y confiable que podía almacenar seis toneladas de pescado, dentro de una gama de temperaturas uniformemente bajas hasta los 30 grados bajo cero.

Si alguna vez sentía nostalgia por mi nativa Minnesota, pasar algún tiempo dentro del cuarto frío se encargaba de arreglar el problema.

El proyecto llegó a causar mucha expectativa entre la gente del lugar, pues iba a proporcionarles una fuente de ingresos de la que estaban muy necesitados. Mi entusiasmo crecía a medida que progresábamos, y me endeudé excesivamente con el banco y con personas particulares para terminar el cuarto frío y la pista de aterrizaje.

Cuando la obra estuvo terminada, tuve que solicitar más dinero prestado para disponer de capital de trabajo y así poder comprar el pescado y, además, la provisión de alimentos, los aparejos de pesca y el combustible para los pescadores. Muchos de ellos necesitaban equipo o provisiones a crédito para poder empezar a pescar. Era necesario comprar canoas y motores, y correr de una parte a otra en un ajetreo diario, recogiendo el pescado a medida estuviera listo y transportarlo hasta el cuarto frío antes que se echara a perder.

Pronto me vi metido en deudas hasta la coronilla. Al principio, no me preocupé mucho, porque me imaginé que Dios, automáticamente, estaría muy contento conmigo y que bendeciría nuestro negocio para que no hubiera dificultad en pagar todas esas deudas, ya que los motivos que me habían impulsado para hacer todo esto eran los de conseguir fondos para financiar el

servicio de ambulancia aérea, ayudar a la obra misional, y proporcionar trabajo a todas esas pobres gentes para que pudieran mejorar su modo de vida. Si el negocio hubiera sido solo para mi propio beneficio, no me habría metido en tales compromisos; pero, ya que en realidad era para Dios, conseguí prestado tanto dinero como pude, porque contaba con que Él lo pagaría.

Resultó que una operación de esa naturaleza llevaba envuelta una tremenda cantidad de pormenores de procedimientos. Había más de 50 pescadores de tiempo completo y cerca de 200 de medio tiempo que nos vendían su producción, la cual significaba que teníamos que manejar por separado cerca de 250 cuentas. Todos los pescadores que ya poseían motores fuera de borda, esperaban que nosotros les suministráramos combustible, repuestos, y mantenimiento; muchos más querían comprar motores o cambiar el que ya tenían por otro de mayor potencia, y todo esto a crédito, por supuesto. Mi hermano y yo nos hicimos cargo de una distribuidora de motores Johnson, y pronto estuvimos debiéndole también una gruesa suma a esta compañía.

Entre tanto, yo transportaba pescado tan rápido como el pequeño Cessna 170 lo permitía, y su motor empezó a quejarse. Cierta mañana se me apagó tres veces cuando iba para la finca, lo que ocasionó que tuviera que realizar tres aterrizajes de emergencia que, afortunadamente salieron bien. Examiné el motor y le cambié algunas mangueras múltiples de admisión que estaban deterioradas y partidas. También encontré sucio el filtro del combustible. Pensando que tenía que encargarme del problema, cargué el pescado y partí para Villavicencio. A mitad del camino, el motor empezó a recalentarse y cuando llegué a la ciudad, los indicadores de temperatura habían pasado la línea roja y alcanzado el nivel superior de la escala, por lo que decidí que ya era hora de cambiar la desgastada máquina, que

había cumplido finalmente hasta sobrepasar, incluso, el tiempo de operación recomendado.

En este asunto cometí otro error. En lugar de comprar un motor sin uso para el 170, le hice caso a un distribuidor local de aviones Cessna, que quería venderme un aparato completamente nuevo. Estaba en un estado de tensión muy grande, porque la capacidad de almacenamiento del cuarto frío se había copado por la superabundancia de pescado en Chaparral, y mis deudas con los bancos estaban para vencerse, por lo que necesitaba darle salida al pescado inmediatamente. Además, para recuperar el dinero que les había facilitado a los pescadores, estaba obligado a recibirle más pescado. El vendedor me mostró un bonito Cessna 182, modelo del año anterior que valía \$50.000 dólares, y me dijo que no me preocupara si se me vencía alguna cuota, pues podía cancelarla más tarde.

Era un lindo aparato, capaz de transportar un 50% más de carga que el 170 y casi un 40% más veloz. Esto, unido a una amplia autonomía de vuelo por tener tanques de combustible más grandes, la convertía en el avión ideal para mis necesidades y me llevé sin detenerme a pensar dos veces en las implicaciones de esta nueva deuda a un interés muy alto.

Al mes siguiente, después de haber comprado el 182 se inició el verano, época en la cual la pesca disminuía mucho, hecho que me era desconocido. El pescado se entierra en el barro fresco del fondo del río en una especie de hibernación hasta la llegada del invierno. Si el río es poco profundo como ocurre en otros lugares de Colombia, la pesca se vuelve excelente; sin embargo, el Guaviare tiene mucha profundidad (más de 27 metros en algunas partes) y, por esto, nuestra principal temporada de pesca se realiza durante el invierno. Atravesamos tres meses de muy poca producción, en las cuales perdimos dinero y no pudimos dar cumplimiento a nuestras obligaciones.

En abril, cuando se inició el invierno, era de absoluta

necesidad que todo marchara bien durante la temporada de pesca para que el negocio pudiera salir a flote. Me di cuenta que necesitábamos obtener una mayor margen de utilidad en la venta de pescado para ayudarnos, y convencí a mi viejo amigo Ricardo Trillos para que se viniera a trabajar conmigo en el negocio como socio en las ventas. Ricardo estaba atravesando una crisis profunda en su matrimonio y la idea de unirse a trabajar conmigo lo animó muchísimo. Comenzamos a trabajar duro, y pronto empezamos a ponernos al día en los pagos. Tomé como punto de partida mi confianza en la habilidad comercial de Ricardo para que nos sacara de nuestro enredo financiero, pero, desafortunadamente, él no resultó mejor que yo en la administración mercantil, aunque era un vendedor excelente.

Poco más o menos por esta época cometí otra equivocación y terminé aprendiendo, de la peor manera, una lección sobre la política colombiana. En una pequeña población me vi envuelto en una pelea entre adversarios de los diferentes partidos políticos y acabé en la cárcel bajo acusaciones falsas. Ricardo hizo cuanto pudo por liberarme y finalmente lo logró después de casi una semana de lucha. Durante la semana que estuve prisionero, uno de nuestros empleados se volcó con el Jeep y lo desbarató, perdiéndose un cargamento de pescado que estaba transportando.

Inmediatamente después que estos sucesos, regresó mi padre de los Estados Unidos y tomó las medidas necesarias para arreglar nuestra situación financiera. Justamente nos encontrábamos al borde de la bancarrota, y cualquier otro incidente podría lanzarnos al precipicio. Papá culpó a Ricardo por algunos de los problemas mercantiles y por la mala contabilidad que llevaba, y lo despidió para recortar los gastos generales. Realmente, yo era el único responsable de nuestra precaria situación. Pero no acepté mi parte de culpa, y Ricardo “pagó el pato”.

Volví a trabajar más duro que nunca, tratando de compensar

el tiempo perdido. Estábamos casi en la mitad del invierno, y el pescado abundaba realmente. Una mañana despegué de San Martín en el 182 con un cargamento de provisión para los pescadores, y mientras daba el último giro para tomar la pista de la pesquería, me sorprendiendo ver un gran avión de dos motores en el extremo más alejado del campo. Aterricé y carreteé con precaución hasta la casa. Guillermo, el empleado encargado de la compra del pescado, se me acercó y me contó la historia: El gran bimotor (era un Howard 350 con motores de 2500 H.P.) Había aterrizado al atardecer del día anterior, pues e le había agotado el combustible y le había sido imposible dirigirse a cualquier otros lugar debido al mal tiempo. Traía a bordo cuatro norteamericanos. Y el piloto había informado que era un coronel retirado de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y que él y su tripulación trabajaban en la Agencia para la Represión de la Droga (DEA). Debido a lo corto de la pista, el gran avión se había salido de ella y se había incrustado hasta la mitad de un terreno arado al final de la misma; allí se había enterrado en el suelo húmedo y removido, sin remedio. Mi hermano Chaddy y Guillermo habían bregado con el tractor la mayor parte de la noche tratando de sacar el avión del barro, pero sin éxito. Por la mañana temprano había venido una chalupa a recoger a los pilotos, y estaba tripulada por un personal que parecía pertenecer a la mafia. Acababan de partir antes de que yo llegara.

“Guillermo”, le dije, “creo que este avión pertenece probablemente a la mafia; y esos pilotos te mintieron para que los ayudarás. Mejor voy y traigo la policía, de este modo no seremos culpados por la aparición en nuestra propiedad de este avión con matrícula de los Estados Unidos”.

Afortunadamente, el avión de la “mafia” estaba vacío y no llevaba drogas. Tal vez había venido desocupado para recoger un cargamento de marihuana o cocaína. Rápidamente me

dirigí a la nueva estación de policía de Mapiripán, situada a 15 minutos de vuelo. Allí le referí al comandante del cuerpo la historia y le pedí que pusiera un puesto de vigilancia en el río y detuviera la chalupa, de la mafia. Él pareció más interesado en el avión, por lo cual lo llevé de regreso conmigo a Chaparral, junto con uno de sus hombres, en el Cessna 182. Me sentí alivio con la perspectiva de que él cargara con la responsabilidad por la presencia de ese enorme aeroplano en mi propiedad.

Apenas íbamos caminando desde el 182 hacia el imponente avión cuando apareció de repente, salido de quien sabe dónde, un jet T 33 de combate y empezó a disparar sus seis ametralladoras de calibre .50 contra nosotros. Les dije a los policías que se colocaran donde el belicoso piloto pudiera ver sus uniformes, y así lo hicieron pero el T 33 continuaba dando pasadas sobre nosotros, y ellos se vieron obligados a correr para protegerse. Algunas de las balas dieron más allá de mi flamante Cessna 182, pensé, yo no voy a permitirles que tiroteen mi avión de \$50.000 dólares; todavía no está asegurado contra algo como esto.

Sabía que el jet gastaría algo así como un minuto para virar y dar otra pasada sobre nosotros; por tanto, me subí en el 182 tan pronto como el T 33 se alejó, y encendí el avión, mientras el comandante esperaba en el otro lado. Tan pronto como el motor cogió fuerza, aceleré y despegué, pero no sabía que había un segundo de combate a 9.000 metros por encima de nosotros. Este segundo T 33 se nos vino en picada en el momento es que despegamos. Nos hallábamos a unos 30 metros en el aire cuando lo vi. Venía hacia nosotros para interceptarnos con sus ametralladoras escupiendo fuego. Los trazos de seis tenues líneas convergían desde alguna parte por debajo de mí a la izquierda. Instintivamente, bajé la nariz del avión e hice un viraje forzado hacia la derecha. El atacante trató de seguir mis movimientos, y puede ver las alas del T 33 que se estremecían mientras el jet se aproximaba a gran velocidad en sus

esfuerzos por continuar la persecución. De las ametralladoras de sus alas salían bocanadas de humo, pero, afortunadamente, las seis líneas de las balas trazadoras convergían ahora detrás de nosotros, pues podíamos virar mucho más rápido que el T 33, cuya tremenda velocidad hacia que nos sobrepasara. Estabilicé el 182 volando a un metro de altura, aproximadamente, sobre un extenso pantano. No podía creer que estuviéramos todavía con vida.

De repente. . . bang, bang bang, el primer T 33 había regresado y ahora nos estaba disparando por detrás con ametralladoras y posiblemente con cohetes. Algo chocó contra el pantano justamente debajo de nosotros, lanzando al aire los restos de la voladura que alcanzaron al 182 en la cola, causando daños menores. Empecé a zigzaguear el avión tan rápidamente como pude mientras bordeaba la selva. El comandante de la policía estaba gritando algo con toda la fuerza de sus pulmones. Le dije que se callara y que se encargara de la ventanilla de atrás y me avisara cuando el atacante volviera a perseguirnos. Así lo hizo.



Tanqueo el 182 en Chaparral mientras lo cargan con pescado congelado.
Foto de Marina Stendal

Los T 33 harían varias pasadas sobre nosotros hasta que o los perdiéramos de vista, o se quedaran sin munición, por lo cual volé toda la distancia hasta Mapiripán zigzagueando a baja altura. Cuando fui a reducir la potencia para aterrizar, me encontré con que todos los controles estaban adelantados hasta el máximo, hasta la posición de máxima potencia. Me había ofuscado tanto por la acción de los atacantes que se me había olvidado retrocederlos al iniciar el recorrido después del despegue. Afortunadamente, el motor de la 182 está capacitado para operar con máxima potencia continua.

Aterricé y me estacioné fuera de la pista. Después de que apagué el motor y empecé a bajarme del avión, fue cuando comencé a sentir realmente el impacto de todo lo que me había sucedido. El estado del comandante de la policía era peor que el mío. Sus rodillas se entrechocaban de tal forma que debieron trascurrir varios minutos antes de que pudiera caminar. Él no estaba acostumbrado a viajar en avión y mucho menos a las maniobras que hacer para mantenernos fuera del alcance de los atacantes. La mayor parte de sus observaciones sobre la Fuerza Aérea Colombiana eran impublicables.

Regresamos apresuradamente a la estación de la policía con el fin de informar por radio de la situación al cuartel general y pedirles que sacaran de Chaparral a los de la Fuerza Aérea antes de que mataran a alguien. El otro policía se había quedado allí cuando nosotros despegamos.

Después supimos que los pilotos de la Fuerza Aérea pensaban que los pilotos del avión de la mafia estaban siendo evacuados en el Cessna 182, y por eso fue por lo que me atacaron. Al día siguiente fui a la base de la Fuerza Aérea y hable con el coronel que estaba al comando, quien me dijo que lamentaba lo ocurrido y que los pilotos de los aviones de combate que nos habían disparado se encontraban ahora detenidos en la brigada. Aseguraba que él les había dado permiso de disparara solamente

una descarga de advertencia en el río. ¡No me quedó muy claro, si los pilotos fueron encarcelados por haberse dejado llevar por su propio entusiasmo, o si lo fueron a causa de su mala puntería!

Después, en esa misma semana, el coronel envió una compañía de cadetes para que montara la guardia al avión de la mafia y para que repararan los daños causados por los aviones de combate en nuestra pista. Ellos rellenaron todos los huecos, ancharon y alargaron la pista con el objetivo de prepararla para el despegue del Howard 350 super Ventura y llevarlo desde Chaparral hasta la base de la Fuerza Aérea. Pronto tuvimos una pista extremadamente bonita por cortesía de las Fuerzas Armadas de Colombia.

Cuando la pista estuvo concluida, vino un piloto de la Fuerza Aérea para llevarse el enorme avión de la mafia. Contempló el avión y midió la pista; luego, buscó el sitio por donde pudiera pasar por lo menos con un metro de luz entre el extremo de las alas y el techo de la casa. Dijo que este no era un margen suficiente de seguridad para él, que el largo de la pista era secundario y que si algo salía mal, habría un accidente. También manifestó que el gran Lockheed Howard 350 era un avión muy bonito, pero que según su opinión, parecía más bien un lindo ataúd de 5.000 caballos de fuerza.

Los cadetes fueron relevados y reemplazados por una patrulla de seis guardias de la Fuerza Aérea. Estaba impresionado con la disciplina, la preparación y los modales de los cadetes, pero estos nuevos personajes eran algo especial. Decidieron establecer un puesto de vigilancia en el río. Si una embarcación pasaba sin detenerse, ellos disparaban sus fusiles como advertencia; y si los dueños no aparecían rápidamente ya fuera con cigarrillos, o con licor así sea para los guardias, se exponían a una prolongada demora. Nuestro negocio del pescado empezó a sentir los efectos. La mayor parte de la pesca se hacía de noche, cuando estos guardias de la Fuerza Aérea se ponían

muy nerviosos y disparaban sus armas contra cualquier cosa que se moviera. Después de un par de escapadas milagrosas, los pescadores se negaban a traer pescado por la noche. Por otra parte, muchos de ellos, por vivir en regiones apartadas del país, no tenían cedula o libreta militar, por lo cual estaban asustados y no se dejaban ver en ningún momento por los guardias. La producción de pescado bajo cerca de un 25% de lo que había sido antes, y comencé a tener dificultades para pagarles a todos mis acreedores. Estaba tan atrasado en el pago de las cuotas del avión, que era un milagro que no me hubiera iniciado un juicio ejecutivo sobre el Cessna 182.

Durante todo un año soportamos era situación, y tuve que buscar otras fuentes de ingreso para evitar que llegara la bancarrota. Comencé llevando por avión provisiones y carne a los pequeños caseríos de la selva a los cuales solo se podía llegar por aire; y, de regreso traía el pescado seco. Fue durante este periodo cuando tuve la idea de hacer un contrato para comprar la producción pesquera de Tomachipán. Por el momento, me encontraba tan atrasado en el pago de mis deudas que me era difícil cancelar tan solo los intereses de todo lo que debía. Muchos de los pescadores que me adeudaban dinero habían dejado por completo la pesca para dedicarse al cultivo de la marihuana. Infortunadamente cuando vendían su lucrativa cosecha, se olvidaban de pagar sus deudas; pues se daba el conocido caso de que aquello que viene fácil, fácil se va. A despecho de la gravedad de la situación, era divertido ver las cosas en que esta pobre gente gasta su plata cuando, de repente, les caía en las manos una gran suma de dinero por primera vez en sus vidas. Muchos de los más necesitados se habían metido en el cultivo de la droga porque eso les parecía como una maravillosa oportunidad para tener las cosas con las que ellos siempre habían soñado antes. Ahora podría alimentar y vestir a sus familias adecuadamente y, aun, podrían enviar a sus

hijos al colegio. Si algún miembro de la familia se enfermaba, ahora podrían pagar las recetas del médico y la hospitalización. Me parecía que era una terrible paradoja que el dinero gastado en drogas por algún acaudalado muchachito norteamericano (con probables consecuencias desastrosas para su vida y para su personalidad) pudiera servir en la lejana Colombia para pagar la educación de un pobre muchachito que nunca antes había tenido la oportunidad de ir a una escuela.

Cuando esta desdichada gente conseguía realmente un poco de dinero que siempre había soñado poseer, era decepcionante ver cómo empleaban apenas un pequeño porcentaje en algo que valiera la pena y que pudiera servirles en el futuro. Gastaban el dinero en pequeñas plantas eléctricas portátiles, en veloces y extravagantes embarcaciones, en equipos de televisión y en cualquier clase de basura que les iba a resultar completamente inútil después de que reventara la pompa de jabón de la marihuana, y otra vez quedaran en la pobreza.

El negocio de la marihuana se convirtió en algo tan productivo que todo el mundo en esa región empezó a luchar por tener un pedazo de la torta. Ellos se dirían: “Si los ricos norteamericanos quieren comprar yerba, ese es su problema. Nosotros no le estamos haciendo mal a nadie. ¿Por qué no hacer un poco de dinero por primera vez en la vida? No estamos consumiendo drogas aquí en Colombia”.

Por nuestra parte, nos encontrábamos allí en el último límite de la resistencia tratando de ganarnos la vida de manera honrada, y nos hallábamos a un pelo de distancia de la bancarrota. Todos mis amigos venían y se empeñaban en convencerme, diciendo: “Es posible que una persona pueda ganarse la vida en esta zona si no toma parte en el comercio de la droga”.

Traté de hacerles ver las consecuencias negativas de los que estaba ocurriendo. Les hablé del terrible daño que la droga

estaba causando a la juventud norteamericana, pero mis palabras cayeron en oídos sordos.

El comercio de la droga también comenzó a tener algunos efectos negativos sobre la cultura colombiana. Los funcionarios locales encargados de la represión del narcotráfico fueron corrompidos prontamente por los traficantes. Un alto porcentaje de la bonanza de la droga se gastaba en licor y en vicios. Los peores elementos de la sociedad colombiana empezaron a invadir la región en busca de obtener el dinero fácil. Las figuras prominentes de la mafia solicitaban los servicios de guardaespaldas y de pistoleros a sueldo. Las peleas y la violencia fueron haciendo su aparición a medida que las diferentes facciones de la mafia⁵ luchaban por el predominio y por el derecho de comprar marihuana en un área determinada. Las guerrillas comunistas empezaron a movilizarse hacia los sitios más productivos, exigiendo una contribución a los cultivadores de la droga para financiar el terrorismo y la revolución. Puesto que el cultivo de marihuana era ilegal, las pobres familias campesinas que se ocupaban en esto estaban expuestas a la extorsión por todos lados: Estaban obligados a pagarle al personal oficial encargado de la represión del delito, a la mafia y a las guerrillas comunistas. Los sueños y las ilusiones que se había forjado el agricultor colombiano común y corriente sobre el cultivo de marihuana, comenzó a tornarse en una pesadilla.

Mi situación financiera se deterioraba continuamente. A pesar de haber aceptado, al menos, parte de la culpa por el concepto que mereciera por mi pésima planificación y por sobrepasarme en los préstamos, culpaba de todo a la “mafia”. Ella tenía toda la culpa por haber llevado ese avión hasta mi pista de la pesquería; también la hacía responsable por la lucrativa

5 En lugar del crimen organizado, el nombre apropiado para el que opera en Colombia sería el del crimen desorganizado. Habla más de 25 facciones principales operando en nuestra zona.

industria de la marihuana, que estaba atrayendo a los pescadores y sacudiéndolos para que sembraran la yerba y para que se olvidaran del dinero que me debían, y quería hacerle pagar por todos los prejuicios que me había ocasionado. Me estaba volviendo loco tratando de librarme del avión de la mafia estacionando en Chaparral, con sus guardias de la Fuerza Aérea que estaban desbaratando mi negocio de pescado. Era como estar en el limbo: La Fuerza Aérea no quería sacar el aparato de allí, pero tampoco era su intención abandonarlo. Pensé en sacarlo yo mismo, pero tampoco era su intención abandonarlo. Pensé en sacarlo yo mismo, y la Fuerza Aérea, hasta cierto punto, me autorizó para hacerlo, pero algunos pilotos amigos míos objetaron el proyecto: y, a medida que vuelvo a pensar en ello, me alegro de haber seguido su consejo. En ese momento de mi carrera como aviador, no tenía la experiencia necesaria para pilotear un avión como ese y sacarlo de una pista tan corta y tan angosta.

Cierto día, oí el rumor que la mafia estaba negociando con el gobierno para pagar la multa que debía por la violación del espacio aéreo colombiano con un avión de matrícula de los Estados Unidos. El Howard 350 sería devuelto a la mafia cuando pagaran la multa. Supuse que, por ley, deberían estar obligados a pagar todos los prejuicios que me habían ocasionado. Estuve hablando sobre esto con mi amigo Pedro, quien era el jefe de la Defensa Civil para el oriente de Colombia. Él me había nombrado jefe de la Patrulla Civil Aérea para nuestra zona hacía varios meses, y los dos habíamos estado juntos en varias misiones arriesgadas de búsqueda y salvamento, que habían dando de qué hablar en la ciudad. Acostumbraba a quedarme en la casa de Pedro cuando iba a Villavo, pero no sabía que él estuviera también involucrado con la mafia. Pedro hizo la observación de que “por casualidad conocía” a la gente

que había aterrizado el avión en Chaparral, y se ofreció para arreglar una entrevista con ellos.

El mafioso tenía un aspecto cruel y despiadado y su guardaespaldas lucía peor aun. Sí, él lamentaba que el avión me hubiera causado tantos inconvenientes; sí, él me pagaría los daños tan pronto como recuperara la posesión del aparato y pudiera sacarlo de mi propiedad. Si yo le hiciera algunos pequeños favores como el de transportar unos mecánicos para que examinaran el avión antes de que sus pilotos fueran por él, me lo agradecería. Por supuesto, quedaba entendido que yo debía tener cuidado de mantener cerrada la boca sobre todo esto, pues si soplaba una palabra acerca de lo dicho a la prensa, o a las autoridades en Bogotá, o al gobierno de los Estados Unidos, él tendría que matarme en seguida. Nuestra reunión duró menos de cinco minutos. Yo me asusté y le pregunté a Pedro si estos tipos realmente matarían a alguien en un abrir y cerrar de ojos por una equivocación de poca monta o por un rumor. Pedro replicó: “No te preocupes por esto; esos tipos siempre hablan de esa manera”. Sin embargo, yo no me sentí muy tranquilo, pues había algo en esos dos sujetos que hacía que un escalofrío me recorriera toda la espina dorsal, de arriba abajo.

En este momento, decidí que tenía la obligación moral, como cristiano, de hacer algo para tratar de detener el tráfico de drogas. Anteriormente había intentando trabajar con las autoridades colombianas en este asunto, pero la corrupción era una amenaza en todas las agencias estatales antinarcóticos, y resultaba extremadamente peligroso para mí suministrarles alguna información. De cuando en cuando encontraba un honrado funcionario colombiano antinarcóticos, pero nunca podía estar seguro de que no hubiera una manzana dañada que le repitiera a la mafia cualquier cosa que yo dijera.

Resolví ponerme en contacto con la Agencia Americana para la Represión de la Droga (DEA) en Bogotá. Un oficial

colombiano de la policía, a quien yo respetaba, me presentó al agente norteamericano de la DEA, a quien le conté la historia de todo lo que había sucedido en la región, y lo invité para que fuera conmigo y lo viera por sí mismo. Con alguna frialdad, me contestó que no tenía tiempo para confirmar todos los rumores que la gente le llevaba a su oficina.

Tratando de convencerlo de que yo estaba diciendo la verdad, le hablé sobre la reunión que Pedro había arreglado para mí con personajes de la mafia, y le dije sus nombres. El agente de la DEA expresó: “Por el momento, estoy realmente ocupado; tengo que atender gran cantidad de papeleo. ¿Por qué no va usted y recoge más información, y luego regresa y me busca. Si esta gente de la “mafia” le piden que le haga un vuelo en el que usted no tenga que transportar drogas, siga adelante y hágalo, y vea qué puede averiguar”.

Ahora llego a una parte de mi historia de la que quisiera olvidarme y no relatarla. Si no fuera por el hecho de que estoy escribiendo esto en un campamento guerrillero, con guardias armados vigilando cada uno de mis movimientos, me vería tentado a omitir esta parte. La mayoría de quienes lo lean no la creerían de ningún modo. Ahora mismo, las probabilidades que tengo de salir con vida de aquí no parecen buenas. Los guerrilleros se han interesado extremadamente en este libro, y todos los que no están de guardia se paran alrededor de mi máquina de escribir esperando que termine la página siguiente. Algunos de ellos leen por encima de mis hombros y me hacen preguntas que algunas veces, escribo inmediatamente en el libro, y las respondo.

Un guerrillero llamado Elkin, de 19 años de edad, experto en explosivos, acaba de preguntarme si alguna vez había estado comprometido en el tráfico de marihuana, y yo decidí decirle la verdad, pues quizás estos jóvenes guerrilleros puedan aprender

algo de mis errores. Realmente les gustó mucho el relato del ataque que me hicieron los T 33.

La verdad es que yo nunca participé realmente en el tráfico de la marihuana. Aunque ciertamente faltó poco para que lo estuviera muy estrechamente. ¡Y qué lección la que aprendí para siempre!

Esto fue lo que ocurrió: En la mañana esplendorosa de un sábado, yo estaba haciendo la siesta en una confortable hamaca en el local de Pedro cuando sonó el teléfono. Él fue a contestar, pero yo estaba demasiado soñoliento para poner atención a lo que él decía. Después de un rato vino y me despertó para preguntarme: “¿Diez mil dólares serían suficientes para evitar que los de la Cessna inicien el juicio ejecutivo contra ti por el 182?

Me senté en la hamaca y paré las orejas.

“Serían suficientes”, le respondí.

“Bien”, replicó. “Mi amigo de la mafia acaba de llamar y desea que me encargue de algunos asuntos urgentes suyos. Si tú quieres hacernos un vuelo en el 182, hay \$10.000 en moneda de los Estados Unidos para cada uno de nosotros”.

“Cómo se te ocurre, Pedro” le respondí, “tú sabes que tengo en el avión un reglamento del plan de acción contra el transporte de drogas. Tendrás que conseguirte a cualquier otro”.

“No tienes que llevar el avión ninguna droga para ganarte diez de los grandes”, aclaró Pedro. “El asunto es así: Un avión procedente de los Estados Unidos que viene por un cargamento de droga, se está dirigiendo a una pista equivocada y, puesto que ya está en el aire, no se le puede hacer volver. Todo lo que tienes que hacer es llevarme hasta allí. Yo me subo al avión y lo guío al sitio correcto, donde la mercancía está lista y se consigue combustible. Me aseguraré de que sea cargado y tanqueado. Tú puedes recogerme de nuevo al día siguiente por la mañana, después de que la droga haya salido. Es demasiado tarde para que yo pueda buscar a cualquier otro, pues tenemos

que partir ahora mismo. Si no vas, ese pobre piloto perderá su avión e irá a la cárcel. Ni siquiera hay gasolina en la pista a la cual se está dirigiendo. Míralo de esta manera: todo lo que tienes que hacer es únicamente transportarme a determinado sitio y recogerme al día siguiente en el otro. Se trata apenas de un simple vuelo de aerotaxi, y te haces a diez de los grandes. Has perdido mucho dinero últimamente, y eso se debe a ese avión de la mafia que aterrizó en tu finca. Ahora es tu oportunidad para recuperar algo. Realmente este dinero te está buscando. Saquemos provecho de esta situación”.

Pedro, finalmente me convenció después de una hora o algo así de discusión. Bueno, pensé, tal vez podré conseguir alguna evidencia de verdad concluyente para la DEA. Entonces me creerán y comenzarán por desbaratar todo este tráfico de drogas. Salimos directamente para el aeropuerto donde yo había dejado el Cessna 182. Mientras despegábamos, me sentía muy intranquilo con esta situación pero era demasiado tarde para acobardarme.

Nos dirigimos primero a la pista correcta, para que yo pudiera saber dónde debía recoger a Pedro al día siguiente. Este les hablo a los hombres que estaban allí para que estuvieran listos para cargar y encender una fogata en cada extremo de la pista en caso de que él llegara después de oscurecer, pues ya era bastante tarde. Continuamos después para la pista donde se suponía que iba a llegar el otro avión, allí estaba. Era un Beechcraft Queen Air. El piloto se llamaba Joe y se alegró al vernos. Eran ya las seis de la tarde y empezaba a oscurecer. Comencé a decirle a Pedro que no era buena idea volar después que anoheciera, y que debería esperar hasta la mañana siguiente, pero él insistió en que tenían que ir a la otra pista en seguida y me pidió que los acompañara en mi avión. Él quería que yo guiara a Joe hasta la otra pista, porque él no sabía encontrar la ruta en la oscuridad; por el contrario, yo estaba acostumbrado a la región así que no

tendría ningún problema. De repente, llegó corriendo un niño y dijo: “hay una lancha patrullera del ejército subiendo por el río. Si no se van inmediatamente, serán capturados”.

Yo no quería sentarme a explicarle al ejército lo que estaba haciendo en una pista clandestina sin un plan de vuelo. Escasamente tuve tiempo de sincronizar una radio frecuencia con Joe, el piloto de Queen Air, y partimos inmediatamente. Pedro estaba a bordo del avión de Joe. Le pregunté a este que tal estaba de combustible y él me dijo: “Bien”. Tenía suficiente para más de dos horas.

Volábamos ala con ala con la sola ayuda de nuestros faros giratorios centelleando en la creciente oscuridad. Cinco minutos después estaba completamente oscuro. Empecé a ver algunos relámpagos que destellaban en el horizonte, y tuve la osadía de pensar que esto iba a ser algo así como un paseo. Comenzamos por tener alguna turbulencia, y después una ligera lluvia. Los relámpagos fulguraban ahora mucho más cerca. Descendí hasta unos 60 metros a nivel del suelo, y volé así enfocando las luces de aterrizaje sobre el terreno de allá abajo. Joe volaba detrás por encima de mí.

Encontré la pista que estábamos buscando. La tempestad ya estaba encima, y fuertes ráfagas de viento me apartaban del rumbo cada vez que trataba de efectuar la alineación final. No podía ver muy bien, porque las fogatas no habían sido encendidas en los extremos de la pista. Resolví dar una pasada zumbando por la casa y averiguar por qué no había nadie esperándonos. Se empleaba una hora a pie o diez minutos en jeep desde la casa hasta la pista. Una linterna. Coleman estaba encendida en la casa, y me guíé por su luz. Desafortunadamente, al mismo tiempo Joe y Pedro tuvieron la misma idea. La casa estaba situada en una alta colina, y de noche es imposible saber por dónde va otro avión mirando únicamente un fato giratorio sin tener luces de posición. Cuando finalmente me di cuenta de que

el Queen Air se dirigía hacia mí, ya lo tenía encima. Venía en un ángulo muy difícil de observar por la fuerza de arrastre de la lluvia. Como parecía que ellos estaban un poco más arriba, me bajé tanto como pude, cometiendo un pequeñísimo error, pues la turbulencia del aire creada por el avión más grande sacudió al 182 y lo lanzó aún más abajo. Choqué con algo que resultó ser la antena de radio de la casa, pues un pedazo de alambre estaba enredado en mi tren de aterrizaje, silbando al impulso de la corriente de aire en retroceso. Encendí las luces de posición, y Joe hizo otro tanto. Ambos experimentamos un estremecimiento: Allá abajo, los hombres que estaban en la casa iban para la pista en un jeep, pero el conductor estaba mirando los aviones en vez de mirar la carretera y se desvió hacia la pendiente de una colina, volcando el vehículo. Esto los ponía fuera de servicio durante varias horas.

Allá en la casa estaba una señora y sus dos hijos. Por temor de morir cuando los dos aviones zumbaban sobre la casa, ella cogió la linterna Coleman y la lanzó contra la falda de la colina, apagándola, y haciendo que Joe y yo perdiéramos nuestro punto de referencia. Es ese momento, nos alcanzó la oleada principal de la tempestad. Joe y yo tuvimos que hacer todo lo que podíamos para mantenernos el uno al otro en el rumbo justo. Era una tempestad violenta, y los relámpagos brillaban tan cerca que me enceguécían, y varias veces estuve a punto de perder a Joe.

Yo tenía suficiente combustible en el tanque izquierdo para volar hasta la base de la Fuerza Aérea y hacer una aproximación por instrumentos. Se lo mencioné a Pedro, y decidimos que teníamos que hacerlo así. Pedro apelaría a su condición de jefe de la Defensa Civil para sacarnos del aprieto. Tendría que decir que había capturado a Joe y lo traía para que fuera arrestado. ¡Pobre Joe!, perdería su avión e iría a la cárcel, pero eso era mejor que estrellarse en la selva por falta de gasolina, en medio de una tempestad.

Le explicamos todo esto a Joe, y solamente había una dificultad: el Queen Air tenía muy poco combustible para llegar hasta la base aérea, y en ningún otro sitio del oriente colombiano se utilizaban instrumentos de aproximación. En esa zona, los vuelos nocturnos están legalmente prohibidos por razones obvias.

Ahora tenía que tomar una decisión difícil. Podía parir para la base de la Fuerza Aérea y salvarme a mí mismo y al 182, o podría quedarme con Pedro y Joe, y valerme de mi experto conocimiento del área para encontrar una pista fuera del alcance de la tormenta. ¿Si me escapaba, qué le iba a decir a la esposa de Pedro? Y decidí quedarme.

Hablé por radio con Joe y le dije que viráramos hacia el sur. Quizás podríamos encontrar un río y acuatizar. Esto sería mejor que hacernos pedazos en la selva. La intensidad de la tormenta disminuyó más o menos en la mitad. Miré hacia abajo y vi dos luces. Parecía que fuera una pista. Le dije a Joe que volara en círculo mientras yo descendía e inspeccionaba las cosas. Todo parecía estar bien, y me preparé para aterrizar, reduje la potencia y apliqué todos los flaps. Mi luz delantera de aterrizaje escogió este momento para fundirse, y la que quedaba alumbraba verticalmente en ángulo hacia abajo. No vi la casa hasta que estuve exactamente encima de ella. Con rapidez apliqué toda la potencia justo en el momento en que el tren de aterrizaje derecho rozaba la viga del caballete del tejado. El avión necesitó unos pocos segundos para responder, y continué el descenso hacia el patio trasero de la casa, yéndome directamente contra una cerca de troncos de palma partidos y de hojas de palmera recostadas contra ella. El 182 estaba elevándose nuevamente e íbamos casi a un metro de altura cuando chocamos contra la parte superior de las hojas de palma que tapaban la cerca . . . Después deduje que allí debía quedar el gallinero. No sé cuántos pollos se metieron por entre la hélice, ¡pero deben haber sido unos cuántos! El cuerpo intacto de un pollo atravesó la

hélice y pegó en el parabrisas con un golpe resonante. Las despedazadas hojas de palma se fueron al suelo, y salí al otro lado volando de nuevo.

Comprobé los daños. El motor parecía estar bien, y la hélice no vibraba. Le informé por radio a Joe que no había ninguna pista, y tan solo dos casas separadas por unos 1600 metros.

Me elevé hasta donde estaba el enorme Queen Air dando vueltas, y reiniciamos nuestro viaje hacia el sur. Joe estaba por debajo de los 15 minutos en combustible, y yo tenía para un poco más de 30. Aún estaba lloviendo ligeramente, y nuestra situación parecía desesperada. Pedro se encargó de la radio del Queen Air para que Joe pudiera dedicarle toda su atención al avión. Pasaron cinco minutos . . . Y empecé a orar fervientemente. Le dije a Dios que si Él nos permitía aterrizar a salvo a todos nosotros, nunca jamás en mi vida tendría nada que ver con el narcotráfico.

Observé mi ADF y, de acuerdo con el faro de San José, estábamos perdidos sin remedio sobre la selva. Preferí ignorar el ADF. Algunas veces los depósitos de mineral de la zona hacían que la lectura fuera equivocada. Pedro llamó para decirme que uno de los motores acababa de parársele por falta de combustible. En este momento salimos del alcance de la tormenta. Reconocí las luces de Mapiripán al frente y el borroso contorno del río Guaviare. Joe encendió de nuevo el motor apagado valiéndose del otro tanque. Estaba utilizando los últimos residuos de cada uno de los depósitos. El motor se apagó otra vez, y tuvo que emplumarlo. (Este es un procedimiento de emergencia que se emplea para reducir la resistencia al avance, colocando las paletas de la hélice de un motor apagado en sentido paralelo a la corriente de aire en retroceso). Localicé la pista de la que habíamos despegado casi tres horas antes, y descendí en picada con el 182, esperando que alguien pusiera algunas luces en ella. Una débil luz apareció en un extremo de la pista, pero Joe no

podía verla, por lo cual lo guié hasta allí. El Queen Air volaba a poca altura y cargado hacia un lado de la pista; además, es difícil aterrizar de noche con un motor inutilizado. A corta distancia del final, pasaron rozando la copa de un árbol de mango, lo que causó un desperfecto menor en el ala izquierda. Al fin, estaban en tierra.

Me preguntaba ¿por qué sacaban el avión de la pista? Esperé, y finalmente decidí aterrizar el 182, aunque el Queen Air estuviera en medio de la vía. Aterricé y me hice a un lado. El 182 tenía reserva de combustible para menos de 20 minutos. Empecé a carretear hacia la casa. Había un silencio impotente y, pensé, ¡es extraño! ¿Dónde están Pedro y Joe?

En ese momento eran cerca de las 9:00 de la noche, y una luna de tres cuartos empezaba a elevarse en el horizonte. El tiempo había aclarado y podía ver unas pocas estrellas. Lejos y a un lado de la pista había una casita. Vi el débil resplendor de un fogón de leña apagado en la cocina abierta, situada en la parte de afuera de la casa. Tal vez era allí donde Pedro y Joe habían ido, pensé. Mientras tropezaba atravesando el matorral que bordeaba la pista, encontré un camino que parecía conducir hacia la casa. Era inexplicable. La pista había sido iluminada, aparentemente, con linternas de mano, pero ¿dónde estaba la gente? Empecé a temer que algo andaba mal. Había demasiada quietud. De pronto, oí el golpe seco de una carabina M 1 cuando se le quita el seguro, y la luz de una linterna me dio directamente en los ojos. Cinco policías salieron del matorral, apuntando con sus armas hacia donde yo estaba. “¡Quédese dónde está. No se mueva!”, me gritó uno de ellos. El corazón se me paralizó. Después de lo que pareció toda una eternidad de silencio, aunque probablemente solo fueron unos pocos segundos, el comandante de la policía me llamó por el nombre, y reconocí su voz. Era el mismo hombre que había estado conmigo en el 182 el día que nos atacaron los aviones de la Fuerza Aérea,

tratando de matarnos. Entre tanto, Pedro surgió del matorral, por detrás de los policías. Tenía un enorme Colt magnun .44 de 6 tiros. “Ustedes nunca nos cogerán vivos”, anuncio Pedro con calma y con un suave tono de voz. “Mis hombres los tienen completamente rodeados”, fanfarroneó. “Ahora, seamos razonables y discutamos esto”. Detrás del matorral Joe tosió, y la situación se puso muy tensa. Los policías no sabían cómo reaccionar. Esperaba que el tiroteo empezara en cualquier momento, cogiéndome en la peor posición posible. Le dije a Pedro que el comandante de la policía era amigo mío, y que apartara su arma. Los policías, a una orden de su jefe, bajaron las carabinas. Mi amigo se adelantó y me dio un gran abrazo. Luego, me presentó ante sus hombres como la persona que le había salvado la vida durante el ataque aéreo. Por mi parte, le presente a Pedro, y todos se estrecharon las manos. En América Latina opera un sistema de confraternidad, y este incidente fue un primer ejemplo de ello. Por mi amigo me enteré de que ellos, los policías habían sido los que iluminaron la pista con sus linternas. Habían recibido un informe sobre nuestro despegue a las 6:00 de la tarde y se encontraban investigando lo ocurrido cuando aconteció nuestro regreso tres horas después. El comandante, que conocía la posición de mi familia, quería saber cómo diablos me había visto envuelto en lo que era un evidente tráfico de drogas, aunque los aviones estuvieran vacíos. Todo el afable razonamiento de Pedro que unas pocas horas antes había hecho que me tragara el anzuelo, el sedal y la plomada, parecía completamente estúpido mientras trataba de explicarle al jefe de la policía como había llegado a enredarme en todo este lío. Nunca me había sentido tan avergonzado y tan desconcertado en mi vida. Mi amigo me escuchaba y finalmente dijo: “Bien, un favor se paga con otro favor, y yo en verdad le debo uno. Por tanto, voy a dejarlos ir a todos ustedes por esta vez. Aunque usted haría mejor en tener cuidado, pues está

expuesto a matarse volando por ahí en una noche como esta”. Los policías me informaron que la lancha patrullera del ejército que nos había preocupado antes, había abandonado la zona.

Oí que alguien esta renegando en inglés, y no era Joe quien hablaba. Di unos pocos pasos en dirección al lugar de donde venía la voz, y me encontré cara a cara con otro norteamericano llamado Peter. Tenía cerca de veinticinco años y estaba furioso. Se fijó en mí y me incluyó en sus improperios: “Ustedes pueden pensar que son buenos pilotos, Aguafiestas Blanco”, exclamó, “pero lo que ustedes hicieron esta noche fue Aguafiestas Blanco, Blanco, Blanco Estúpido”. Lo que sucedía era que Peter pretendía utilizar la pista en la que nosotros acabábamos de aterrizar para despachar un DC-7 cargado con 25 toneladas de marihuana. Cuando nosotros llegamos, sus hombres estaban trayendo bultos de yerba y tambores de gasolina de aviación desde el río. Él estaba extremadamente disgustado con nuestra presencia. Nos dijo que habíamos puesto en peligro toda su operación, aunque había sobornado a todo el personal antinarcóticos de kilómetros a la redonda.

Peter quería librarse de nosotros a como diera lugar, y nos dio siete tambores de gasolina que llevamos sin pérdida de tiempo hasta nuestros aviones para tanquearlos. Joe examinó el desperfecto del ala izquierda del Queen Air, y lanzó algunas expresiones impublicables. No encontramos gota de combustible en los tanques del aparato. Ni siquiera conseguí sacar algo de los drenajes del lado que inspeccioné. Bombeamos seis tambores de gasolina en el avión de Joe, y luego le echamos el tambor restante al 182.

Joe quería saber de dónde habían salido las plumas de gallina que encontró colgando de la cola y de los lados del 182. Le conté lo del gallinero, y ambos nos reíamos sin poder creer lo que había pasado, calmando la tensión. Nuestros nervios habían

estado a punto de explotar y ahora nos relajábamos de nuestra frustración reprimida.

Tan pronto como terminamos de tanquear, Pedro manifestó que como el cielo estaba despejado y había luna, podíamos volar hasta la pista donde estaba la marihuana. Joe dijo: “De ningún modo”. Para él había concluido el asunto. Era la primera vez que se veía metido en algo así, y había aprendido la lección. Todo lo que quería era dormir algunas horas y luego regresar a casa vacío. Pero se volvió hacia mí y me ofreció una cantidad adicional de dinero si realizaba dos viajes hasta la otra pista en el 182, y traía la carga para el avión de Joe. Le expliqué lo de mi oración y la promesa que le había hecho a Dios, recalcándole que debíamos estar agradecidos de que Él hubiera juzgado conveniente salvar nuestras vidas.

Peter había estado escuchando nuestra conversación todo el tiempo. Por lo cual se dirigió a mí y me preguntó: “¿Para quién diablos trabajas tú, sea lo que fuere?”

No dije nada. Simplemente lo miré. Peter me contempló por un momento, y creo que empezó a darse cuenta de que yo era diferente a la clase de tipos con los que él estaba acostumbrado a tratar. “No, no me lo digas”, dijo finalmente: “tú trabajas para Dios. Todos en mi familia son consagrados cristianos y todos ellos oran por mí. Soy la única oveja negra. Cada vez que trato de hacer algo como lo que estoy haciendo ahora, Dios manda a alguien para que lo desarregle todo para mí. Algunas veces siento que Dios no se detendrá hasta que yo me rinda ante Él y me enderece”.

Peter se rehusó a darle a Pedro algo de su marihuana a crédito. Joe dijo que no podía transportar la yerba aún cuando Pedro se las arreglara para conseguir alguna, porque ya había vencido el término para su re-entrada en los Estados Unidos. Los funcionarios a quienes había sobornado para que lo dejaran salir, estaban ahora fuera de servicio.

Joe y yo nos acostamos dentro del Queen Air y tratamos de dormir un poco. Sin embargo, Pedro parecía tener algo en mente. Alquiló una chalupa y se marchó. Empleó el resto de la noche tratando de negociar algo de yerba para cargar el avión de Joe, ya sea que este quisiera transportarla o no. La misión de Pedro no tuvo éxito, pues nadie quiso fiarle un cargamento.

Joe despegó al amanecer. Pedro y yo partimos unos pocos minutos después en el 182. El seguía tratando de convencer a Joe para que aterrizara en la otra pista y cargara. Sin embargo, una vez que estuvo en el aire, Joe se fue directamente para su casa. Había aprendido su lección.

La profecía de Peter se cumplió. Su DC-7 llegó por la mañana, y nos vio a Joe y a mí despegando. El piloto pensó que nosotros éramos de la policía, por lo cual se devolvió y se fue para casa vacío. Peter se convenció de que no podía ganar, luchando contra las oraciones de su familia, así que renunció y regresó a los Estados Unidos. Esto lo supe después.

Pedro y yo nos marchamos para casa también. Nos detuvimos en el camino para averiguar por qué los tipos de la otra pista no habían encendido las fogatas para nosotros la noche anterior. Los encontramos a todos aporreados por causa del accidente del jeep. Pedro no estaba muy contento con ellos, y esto lo expresaba suavemente. Nos desayunamos y despegamos para Villavicencio. A la llegada, llevé el 182 al hangar e hice que los mecánicos inspeccionaran los daños. Me derrumbé en una hamaca en un extremo del hangar. Me encontraba extremadamente frustrado y confuso. Comencé a pensar en los últimos sucesos. También estaba un poco furioso con Dios. No era justo. Cualquier otro en toda la región estaba haciendo dinero con facilidad procedente del tráfico de drogas. Aquí estaba yo con una desesperante situación financiera, y Dios ni siquiera me permitía conseguir unos miserables diez de los grandes para evitar que tuviera de que devolver mi avión. Me había metido

en deudas, en primer lugar, porque sentía el deseo de iniciar el negocio del pescado y hacer grandes cosas para el Reino de Dios con las ganancias. Nunca me hubiera endeudado de una manera tan exorbitante si solo hubiera sido para mí mismo. La mafia había sido responsable de que el negocio del pescado no fuera lucrativo últimamente. Al hacer este vuelo había sentido la justificación de que iba a recibir un dinero que realmente me estaba buscando. Parecía que fuera una oportunidad para recuperar algo de mis pérdidas. Muy claramente, Dios había sido de una opinión diferente. Podía haber muerto varias veces durante los episodios de la noche anterior. Obviamente, Dios no me tenía en la misma categoría que a cualquier otro. Yo había puesto mi vida bajo su autoridad desde muy temprana edad. Ahora Él acababa de darme una lección objetiva de transparente claridad de que Él no quería que me involucrara en el tráfico de las drogas de ningún modo, ni de ninguna manera o forma, ni siquiera para lograr información para el gobierno.

En este punto, mi línea de pensamientos fue interrumpida. El mecánico se me acercó con una sonrisa estúpida en su rostro. Quería saber cómo habían venido a parar cabezas y pedazos de polo en el motor del 182 por debajo de las rejillas y por encima de los cilindros. ¿Acaso estaba yo tratando de inventar una nueva técnica de sacrificar pollos? Si quería patentar mi nuevo procedimiento, debería aprender primero a desplumar y a limpiar las aves, ¡porque pasarlas simplemente por la hélice resultaba algo demasiado cochino! Sonreí con tristeza al recordar el incidente de la noche anterior en el gallinero. Le dije al mecánico que se metiera en sus cosas y que regresara a trabajar.

Varios días después me detuve cuando pasaba por la casa de Pedro. Este me informó rezongando que me hallaba metido en un buen lío. Su amigo de la mafia no solamente se había rehusado a pagarnos algo por nuestro trabajo nocturno, sino que me estaba acusando de estar relacionado con la DEA, y amenazaba con

matarme. Pedro los había convencido de que tuvieran primero una reunión conmigo, a pesar de que ya habían convenido un pacto contra mí, como ellos normalmente lo hacían.

La reunión fue muy tensa y violenta. Traté de negar que tuviera conexiones con agentes del gobierno. El jefe de la mafia me miró fríamente y me informó que su organización “tenía” varias personas en la DEA, y que poseía completa relación sobre mi entrevista con ellos. Pedro intervino en este momento por mí y les dijo se me había causado una gran cantidad de inconvenientes y que, realmente, se me estaba culpando en algunos círculos por el avión de la mafia que había aterrizado en nuestra pista de la pesquería. Pedro expresó que él podía comprender lo que yo quería al rondar por varias oficinas del gobierno con el propósito de librarme de algunos cargos levantados contra mí. Con furia le dije también al jefe de la mafia que él había sido el responsable de muchos de mis problemas, tanto financieros como políticos. De algún modo me las arregle para salir del apuro. Regresé a casa esa noche con el alma enferma por la espantosa revelación de que ni aun los agentes norteamericanos de la DEA estaban exentos de ser corrompidos por las enormes sumas de dinero que movían los traficantes de la droga.

La lección que aprendí fue provechosa para mí durante los pocos años que siguieron. De ninguna manera tenía deseos de verme mezclado en negocios raros de uno o de otro lado de la ley. Ahora era de una claridad absoluta para mí que la moraleja de toda esta historia es que “el fin NO justifica los medios”.

Desafortunadamente, Pedro no aprendió su lección. Se mató un año después en un aterrizaje de emergencia de un DC-6 cargado de droga, en el Caribe. El Howard 350 que estaba en Chaparral fue devuelto a la mafia por el gobierno colombiano mediante el pago de una multa. Un piloto de la organización lo sacó de nuestra pista casi un año después de su aterrizaje allí. Llevaron el avión hasta Mapiripán, y le hicieron algunas

reparaciones mecánicas antes de regresarlo a los Estados Unidos. Luego, lo cargaron con 1400 galones de gasolina y cuatro toneladas de marihuana. Se estrelló al despegar, incendiándose y muriendo todos los que estaban a bordo.

Durante el resto de los años 1978 y 1979, el gobierno de los Estados Unidos dió la impresión de que tomaba una actitud muy débil contra la represión de la droga. Pero me sentí satisfecho al ver que la administración Reagan asumió una posición mucho más firme contra los dineros provenientes del narcotráfico e hizo grandes avances en el manejo de este tipo de problemas. Sin embargo, la solución verdaderamente real para la gente de los Estados Unidos sería la de abstenerse simplemente de comprar la droga. Nosotros, los norteamericanos, necesitamos despertar para que veamos y tratemos la adicción a la droga como el horrible crimen que es. El hecho de que la adicción avance lentamente, no debería hacernos cerrar los ojos ante la realidad de las consecuencias del uso de la droga en la sociedad moderna.

C A P Í T U L O 8

¡Triunfé; ese dulce rojo, tenía
veneno ... ahora todos ustedes
morirán en cinco minutos!

Octubre 1 de 1983

Me encontraba sentado en mi escritorio de troncos de palma partidos, en la selva, tecleando sin parar en la máquina de escribir que me habían proporcionado mis secuestradores, y la traducción al español de este libro seguía adelante con esmero. Ayer llegó Vicente al campamento y me tomó algunas fotografías instantáneas con una cámara Polaroid, para probarle a mi familia que yo estaba vivo aún. Parecía que las negociaciones para mi liberación ya se habían iniciado. Los guerrilleros le habían pedido a mi familia que enviaran una prenda de vestir que pudieran reconocer para retratarme con ella. En vez de eso, mi padre mandó una Biblia, y Vicente me tomó una bonita fotografía con la Biblia en mis manos. También recibí un libro de dibujos animados de Phil Saint, otro sobre la caza de osos en Alaska, y algunos caramelos. Cuando la página siguiente de este libro estaba para concluirse, los guerrilleros se reunían alrededor mío para leerla tan pronto como la sacaba de la máquina. Comprendiendo que tenía un auditorio cautivo, resolví darles a todos una dosis de su propia medicina. Comencé por hablarles de los dulces que había recibido. Era una caja de Giant Sweet Tarts de los Estados Unidos. Les dije que los caramelos hechos en los Estados Unidos eran muy

superiores a cualquier cosa que hubieran probado antes. La caja contenía tres grandes caramelos de colores rojo, amarillo y morado. Cogí el morado y empecé a masticarlo, chupándome los labios, mientras les repetía todo el tiempo lo sabroso que estaba. Luego, tomé el rojo, lo partí en pedacitos y le ofrecí una parte a cada uno de los guerrilleros. Aceptaron golosamente. Esperé con calma hasta que todos hubieran terminado de comerse sus caramelos. Entonces, poniéndome de pie con una sonrisa de felicidad en el rostro, exclamé: “¡Triunfé! Ese dulce rojo tenía veneno, y ahora todos ustedes morirán en cinco minutos!” Nancy se puso blanca como un papel, y miradas de pánico se reflejaban en todos los rostros. Uno de ellos, creo que fue Mariano, me apuntó con su arma y me dijo que si él moría, no se iba solo, pues cargaría conmigo también. Sonreí débilmente y terminé de mecanografiar la página. Después de que hubieran pasado los cinco minutos de tensión, les aseguré que todo estaba bien y que solamente me estaba chanceando con ellos. Les dije: “Ahora que ya saben lo que se siente, comprenderán que no está bien aterrorizar a la gente”. Y empecé a reírme. Sin embargo, no parecía que mi pequeña broma les hubiera hecho mucha gracia. Durante cierto tiempo no recibí más dulces, pero me imagino que valió la pena.

Jaime, el jefe del grupo, me había dicho anteriormente que él se había unido al movimiento guerrillero porque quería luchar por la paz y por la libertad. Le respondí que no es posible cosechar la paz si sembramos la violencia y el terror. Si queremos la paz, debemos sembrar misericordia y reconciliación. La única manera de lograr todo esto es acabar con nuestra rebeldía contra Dios. Jaime cogió la Biblia y empezó a hojearla. Me dijo que siempre había sentido curiosidad por ese libro, pero que nunca lo había leído. Durante los días siguientes, Jaime venía y charlaba conmigo de cuando en cuando. Algunas veces me pedía prestada la Biblia y la leía casi por una hora sin detenerse.

Un día se me acercaron Arnual y Giovani y comenzaron a preguntarme sobre mis creencias. “Si el cristianismo es la solución para todos los problemas del hombre, objetaron ellos, ¿cómo es que no lo ha logrado? El cristianismo ha tenido casi 2000 años para cambiar el mundo y, obviamente, ha fallado. Los problemas del mundo se empeoran cada vez más. Toda esa lavadura de patas religiosa de la que usted está hablando solamente confunde los asuntos reales”.

Pensé un momento y les contesté: “Me parece que hay una diferencia entre el verdadero cristianismo y la religión organizada. Esta puede seguir uno de dos caminos fundamentales: El primero, es cuando los hombres tienen una idea de Dios y la utilizan para construir su propio reino en lugar del Reino de Dios. En esta clase de religión, los hombres determinan cuáles son las creencias esenciales sobre Dios y establecen cómo debe funcionar la iglesia. Llevada hasta su lógica conclusión, esta filosofía viene a parar en que los hombres astutos utilizan la iglesia para su propia complacencia, sea esta dinero, poder o prestigio.

El segundo camino es cuando los hombres que organizan la religión o la iglesia creen verdaderamente en Dios y quieren ser aprobados y aceptados por Él. Luego, proceden a elaborar sus propios planes para acrecentar el Reino de Dios. Enormes cantidades de tiempo, dinero, esfuerzo y talento se gastan en estos importantes proyectos para Dios. Esta gente devota cree que Dios estará muy contento con ellas por todos los inmensos favores que les están haciendo. En esta categoría estaba yo cuando empecé el negocio del pescado. Estaba seguro de que Dios bendeciría mi negocio a causa de los maravillosos favores que yo iba a realizar para Él con todo el dinero que iba a conseguir.

El verdadero cristianismo es un poco diferente. El verdadero cristianismo es el Reino de Dios. El Reino de Dios puede definirse como cualquier cosa en la que Dios sea el Rey. En

otras palabras, si queremos funcionar en este Reino de Dios, entonces tenemos que recibir a Jesucristo como Rey, y como Rey, Él tiene el derecho de hacer los planes, no nosotros. Él es el Único que nos hace grandes favores, no al contrario. Él puede ver el futuro y nosotros no. Dios podía haber previsto todos los problemas que yo tendría que afrontar cuando inicié el negocio del pescado, yo no podía, y por eso tuve que equivocarme al encararlos y resolverlos. No hay un gran número de nosotros que querramos que Dios sea el Rey, pues siempre pensamos que podemos hacer las cosas mejor por nosotros mismos. Esta es la razón por la cual la religión organizada que llamamos cristianismo no ha operado. No podemos culpar de todos los problemas del mundo a Dios, si rehusamos permitirle que Él haga los planes. Los problemas de nuestro mundo son el resultado de nuestro propio y miope egoísmo humano. Sea lo que fuere, no tenemos ningún motivo contra Dios.

A medida que pasaban los días, empecé a observar sutiles corrientes ocultas de temor y de terror en el campamento guerrillero que no se apreciaban a primera vista. Estos hombres y mujeres jóvenes que habían demostrado tan buen carácter y parecían tan felices al principio, realmente no eran así de ninguna manera. De cuando en cuando podía captar indicios de que algo muy siniestro estaba ocurriendo detrás del telón. El joven Alberto alcanzó a oír algunas de las conversaciones que yo sostuve con varios guardas, y les había repetido de manera distorsionada a sus superiores. Algunos de los guardias fueron castigados a consecuencia de ello, y se me informó que ya no podía hablar más con estos hombres. A pesar de eso, varios de los guardias querían conversar conmigo en voz baja, pero teníamos que estar alerta continuamente por la presencia de “Orejas de Conejo”, como yo apodaba al joven Alberto. Este era demasiado joven, tenía 14 años, para cuestionar seriamente la ideología de las guerrillas. Había convertido en su héroe a

Vicente, el comandante guerrillero, tributándole una adoración absoluta y manifestándole obediencia y lealtad a toda prueba. Los jefes contaban con los guerrilleros más jóvenes, tales como Alberto, para que los mantuvieran informados de cualquier cosa anormal que ocurriera en el campamento. Alberto fue entrenado y estimulado para que espíara a sus propios camaradas y llevara chismes de ellos. La disciplina era tan estricta en el campamento, que nadie se atrevía a sostener una discusión con otro, pues las consecuencias eran demasiado graves. Por lo tanto, la única alternativa para el guerrillero común y corriente era chancearse y hacer chistes superficialmente, mientras la amargura, el resentimiento, el odio y el rencor estaban ardiendo muy dentro de sí mismo.

Gradualmente llegué a enterarme de la forma como marchaban en realidad el campamento guerrillero. Un amistoso guardián me contó confidencialmente que el castigo con la pena de muerte se empleaba, de cuando en cuando, entre los mismos guerrilleros. Si un guerrillero tenía problemas por el uso de la droga, o del licor, o discutía una orden de sus superiores, o cuestionaba la ideología marxista que le inculcaban, por lo menos, durante dos horas diarias, el castigo por la primera falta era una rígida disciplina, como por ejemplo, no fumar, no ir a la ciudad, prestar servicio extra de guardia, etc. La sanción por una infracción frecuente o repetida era la muerte, y la persona involucrada era fusilada frente al resto de la tropa. Esto producía un efecto bastante notable en cualquier otro de los posibles transgresores. Los miembros de la tropa guerrillera vivían con el temor de no saber nunca cuando algún joven fanático como “Orejas de Conejo” pudiera decidirse a denunciarlos por alguna infracción seria, así fuera real o inventada. A medida que lograba conocer, cada vez mejor a mis captores, me sentía horrorizado con algunas de las historias que ellos me relataban sobre sus vidas. Mis guardianes decían que les gustaría que los

interrogara y los dejara hablar, por lo cual empecé a preguntarle a cada uno sobre su familia y su vida personal. No tengo tiempo para referir todo lo que oí, así que un ejemplo tendrá que ser suficiente.

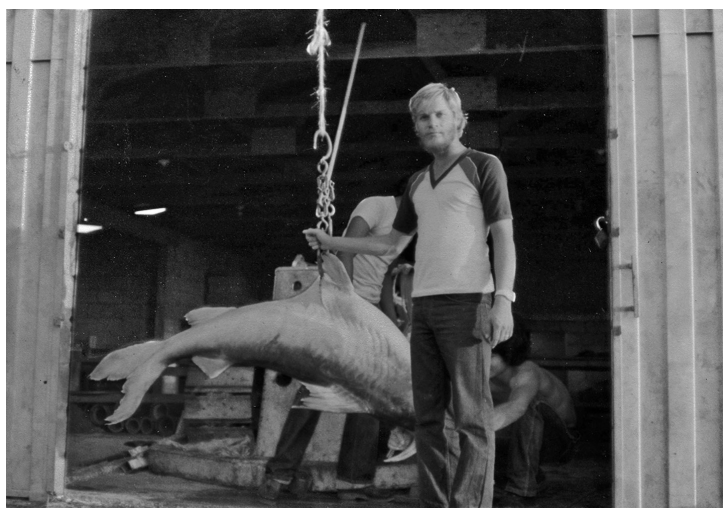
Elkin, el joven de 19 años, experto en explosivos del grupo, era hijo de un oficial del ejército colombiano. Su padre demostró una verdadera actitud de *macho* hacia su esposa y sus hijos. Durante los primeros años de existencia de Elkin, su padre repetidamente había maltratado y abusado de su madre. Finalmente, el hermano de esta, como venganza contra su cuñado, y enfurecido por lo que veía, había tomado a Elkin y a sus tres hermanos y se los había entregado a los guerrilleros para que los adiestraran como terroristas. Elkin me dijo, con un ceño de amargura en su rostro, que mataría a su padre si alguna vez se lo encontraba. Su hermano menor había recibido en el pecho cuatro impactos de ametralladora en una emboscada del gobierno a los guerrilleros. Se había recuperado algo, pero estaba inválido, lisiado de por vida. Lágrimas de odio recorrían sus mejillas mientras me contaba todo esto, y mi corazón lo compadecía. Llevaba seis años con los rebeldes guerrilleros sin saber nunca una sola palabra sobre su madre, sobre su paradero o su situación.

Por algún tiempo me resultó difícil hacer encajar las cosas negativas que estaban ocurriendo en el campamento con Jaime, el jefe. Obviamente, el joven jefe le caía bien a todos sus hombres que le seguían con gran entusiasmo sin importar las circunstancias. Me tomó tiempo hacerme a la idea de lo que realmente estaba pasando. Otra persona distinta de Jaime era responsable de la disciplina del grupo. Identifiqué a Giovanni como el encargado de tal menester. Jaime era solamente el jefe militar. Giovanni ejercía el poder real detrás del telón. Los hombres querían verdaderamente a Jaime, pero no demostraban, en absoluto, ningún afecto para con Giovanni. Me enteré, por uno

de los guardias, que este concepto de doble jefatura regía en todos los niveles de la organización guerrillera. Gradualmente, comencé por aprender todas las tretas en lo concerniente a cómo sobrevivir en el campamento guerrillero. Debía tener mucho cuidado con lo que les dijera a Giovanni y a Alberto, pues de lo contrario me exponía a terminar quemándome con agua caliente.

Resultó que nuestro campamento, localizado en la selva, estaba cerca de grandes plantaciones de coca. Con el fin de recoger las hojas de la planta para la elaboración de la cocaína, se enviaban tantos guerrilleros como podían ser retirados del servicio de guardia o de otras labores domésticas. De hecho, más adelante durante mi cautiverio, me tuvieron detenido por algún tiempo en un laboratorio para procesar cocaína que estaba siendo operado por los guerrilleros. Esto era en extremo interesante para mí, dada mi preparación universitaria en química. Todos los materiales necesarios para la operación: bicarbonato de calcio, gasolina, permanganato de potasio, ácido sulfúrico e hidróxido de amonio, pasaban por nuestro campamento en su ruta hacia el destino final.

Cierto día le pregunté a Giovanni por qué se habían involucrado los guerrilleros con la cocaína. ¿No era este uno de los corruptos e inmorales problemas que estaban causando la injusticia social? Si ellos realmente estaban tratando de lograr que el mundo fuera un lugar mejor para vivir, ¿por qué no suprimían el tráfico de narcóticos, en lugar de ejercer su predominio? Me replicó que el uso de la cocaína le estaba prohibido al personal integrante de la guerrilla. Pero, dijo, con una amplia sonrisa: “Si los corrompidos capitalistas de Norte América quieren comprar cocaína, nosotros la produciremos y les enviaremos toda la que necesiten. Así destruiremos su sociedad corrompida con su propio dinero. ¡La revolución está siendo financiada por los norteamericanos adictos a la cocaína!”



Pesando pescado para venderlo en San Martín. ¡Algunas veces el avión venía completamente cargado con solo tres o cuatro pescados! *Foto de Pat Stendal*

De repente, me encontré con ella entre mis brazos y empecé a decirle que la amaba

Javier, el guerrillero alto, con cicatrices en la cara, que había reemplazado a Manuel, era la personificación del tipo fuerte y silencioso. Bajo su rudo aspecto exterior se ocultaba una persona tímida y sensitiva. Un día se me franqueó un poco y me contó que se había unido a la guerrilla después de que su esposa lo había abandonado por otro hombre. Tenía una hija pequeña a la que hacía tres años no veía. Se había hecho guerrillero en un precipitado arranque depresivo, pero ahora recordaba con nostalgia su vida de casado y a su hijita a quien probablemente nunca volvería a ver. A los guerrilleros rasos como Javier no se les permitía casarse, pues solamente los jefes de alta graduación como Vicente podían tener una esposa. Yo tenía en el bolsillo una fotografía de mi mujer y de mi hija. Todos los guerrilleros estaban muy interesados en discutir el asunto del matrimonio, enfrentándolo con su política de mantener relaciones sexuales sin tener un compromiso a largo plazo con la otra persona y la mayoría parecía sentir una intensa y profunda soledad interior. Con burlas y chanzas triviales trataban de disimular su situación pero, de vez en cuando, yo podía ver la necesidad de realizarse como individuos que cada uno guardaba muy dentro de sí. Consideré que mi propio caso era el mejor ejemplo que podía darse de felicidad personal y de realización interior en un compromiso matrimonial para toda la vida.

Villavicencio, Colombia, 1979

En Villavicencio había trabado amistad con un hombre de negocios llamado Carlos Herrera⁶ que pertenecía a una rica y poderosa familia de la alta sociedad, y quien era dueño de una compañía de fumigación aérea. Empleaba los mejores mecánicos de aviación de la ciudad y el mantenimiento de sus aviones era de primera calidad. Un día yo había volado hasta la base de operaciones de su empresa en el 170, y surgió entre nosotros una perdurable amistad. Carlos me tomó bajo su protección y me proporcionó un excelente mantenimiento para el anticuado y decrepito 170 a un precio módico. También me enseñó mucho sobre la forma de volar en la selva, pues era un extraordinario instructor con más de 9.000 horas de vuelo en aviones DC-3, PBY y de fumigación. Se sentaba a mi lado y pacientemente me enseñaba las tretas del vuelo en la selva. Cuando me sorprendía haciendo alardes o piruetas con el avión, su modo de ser de ordinario tranquilo se tornaba en serio, y me decía: “La aviación no es un circo. Ahora hazlo bien y vuela como se debe”. Para la época en que compré el 182, Carlos había hecho de mí un reposado piloto profesional, capaz de permanecer calmado aún en la peor emergencia. Mejor todavía, me había enseñado a ser previsor y a evitar las situaciones más peligrosas.

Poco después, Carlos decidió hacerme otro favor. Se empeñó en que yo necesitaba conseguirme una esposa, escogida entre una de las familias ricas de la alta sociedad. Pronto empecé a ser invitado a todas las principales fiestas sociales, pues Carlos estaba muy atareado haciéndome la propaganda entre las muchachas ricas y elegibles. En breve tiempo fui motivo de atracción en las reuniones. Se daba por entendido que, en el momento en que resolviera casarme, debería hacer mi elección entre varias jóvenes principales pertenecientes a familias poderosas y adineradas.

6 No tiene relación con Carlos el mencionado en el capítulo 1 de este libro.

Sin embargo, muy dentro de mí familia había un sueño: Con los ojos de la imaginación, podía hacerme el retrato de la muchacha a la que deseaba para esposa como un conjunto de atributos físicos, intelectuales y morales, y ninguna de esas señoritas de la alta sociedad parecía ajustarse a esta imagen. Era como si nunca pudiera llegar muy lejos en mi relación con una muchacha determinada, sin que descubriera algún defecto notorio que me hiciera pensar dos veces en casarme y, por consiguiente terminaba el asunto. Vacilaba en casarme solamente por dinero o poder. Mi papá también se preocupaba por mí en aquel entonces, y siempre tenía una muchacha norteamericana para metérmela por los ojos. Me presentó muchas candidatas excelentes, pero ninguna de ellas alcanzaba a encajar en mi sueño.

En ese momento tenía 24 años, y empezaba a perder la esperanza de encontrar algún día “la mujer de mis sueños”. Quizás lo que tenía que hacer era solamente comprometerme de la mejor manera posible. Había reducido las posibilidades matrimoniales a cuatro opciones. Todas las noches empleaba algún tiempo orando para que Dios me permitiera hacer la elección correcta. Me sentía intranquilo y con un temor mortal ante el riesgo de casarme con la persona equivocada. Una noche me dije a mí mismo: “Si Dios pudo hacer que me formara una imagen mental de una muchacha determinada con la que pudiera satisfacer completamente mis aspiraciones matrimoniales, entonces creo que también puede hacer la muchacha que, personificando mi sueño, sea perfectamente compatible conmigo en todo. Incluso, podría ser que no le pareciera perfecta a cualquier otro, pero ella estaría hecha especialmente para mí”. Pensé: “si esto es así, entonces haría mejor en dejar que Dios escoja la mujer con la que voy a casarme. Si yo hago la elección y me equivoco, como suele ocurrirme tantas veces, mi vida será desgraciada”. Oré de nuevo y le rogué al Señor que yo quería que Él me escogiera una esposa. Esperaba que

probablemente eligiera una de las cuatro muchachas que yo había estado considerando como opciones finales. No salía de mi asombro cuando mi cerebro fue inundado por pensamientos que se orientaban hacia una muchacha completamente diferente. “¡Imposible!”, le dije a Dios. “Tú no puedes pretender que sea ella, pues pertenece a una familia católica pobre, y su madre es casi de ascendencia indígena. A mí no me importa, pero en Colombia no es socialmente aceptable que yo emparente con una familia como esa”. Una voz interior parecía decirme muy dentro de mí: “Bueno, me pediste que hiciera la elección por ti, y ella es la escogida. Si yo fuera tú, me pondría en acción y la enamoraría antes de que alguien se adelante y te la quite. Ni siquiera has sido amable con ella últimamente”.

Continué pensando en Marina, la muchacha que había surgido de pronto en mi mente. En realidad era muy atractiva. De hecho, era definitivamente bella, mucho más que las otras muchachas en las que había estado pensando. Todavía absorto en mis pensamientos, casi de repente caí en cuenta de que, las veces en que habíamos salido juntos, Marina era la única muchacha que nunca había presentado un defecto notorio en su carácter, tal como ser presumida, o mentirme sobre algo, o perseguirme. Nunca antes había pensado en casarme con ella, y apenas la había tratado como una amiga . . . ¿cómo podía haber estado tan ciego? Lo de la última parte sobre que no había sido amable con ella recientemente, me dejó viendo un chispero. Recordé nuestro último encuentro.

Fue el 10 de noviembre de 1979, durante la celebración de las fiestas anuales en nuestra ciudad de San Martín. Tenía una cita con Marina para recogerla a las 7:00 de la noche y llevarla al concurso musical de coplas llaneras. Cuando iba para su casa, me encontré con unos conocidos a quienes no había vuelto a ver desde hacía años, y cuando por fin pude despedírmelos, eran las 8:00 P.M. Me apresuré para llegar a la casa

de Marina con la intención de disculparme por mi tardanza. Cuando toqué, ella salió a abrirme la puerta, y me sorprendió ver que tenía puesta su levantadora. Luego dijo fríamente que si esperaba salir con ella, tendría que regresar al día siguiente por la noche a las siete en punto y que, por el momento, se iba a acostar. Diciendo esto, cerró de un golpe la puerta en mis narices. “Seguro que las mujeres son raras algunas veces”, pensé mientras me alejaba. A la noche siguiente llegué a su casa a las 6:55 P.M. Marina estaba muy bien arreglada, y salimos, dirigiéndonos a la plaza del pueblo donde se presentarían unos conjuntos de danzas folclóricas. Cuando llegamos allí, ¡a quien más podíamos encontrar sino a mi amigo Carlos Herrera! Estaba acompañado por su esposa y por varias muchachas de la sociedad que me conocían. Desafortunadamente, en este preciso momento se les ocurrió saludarme cada una de ellas con un beso. Cuando por fin logré zafármeles y me volví, Marina se había ido. “Esto es raro” pensé, “ni siquiera tuve tiempo de presentársela a Carlos. Bueno, si quiere portarse así, allá ella”, rezongué para mis adentros.

Bob y Carol Geiger, una pareja de norteamericanos que estaban trabajando con mi padre, se nos unieron y buscamos un sitio para ver el colorido festival folclórico. San Martín es un pueblo pequeño que tiene mucha historia, ya que fue fundado hace más de 450 años. Estaba distraído siguiendo la conversación con Carlos y sus amigas, cuando Carol se inclinó hacia mí y me susurró: “Qué hiciste para que esa muchacha que vino contigo (Martina) se enojara tanto. Acabó de pasar acompañada por otro tipo, se detuvo justo frente a ti y e dio un largo beso. Estabas tan distraído en la conversación que no te diste cuenta. Se fue muy enojada, taconeando”.

Un par de semanas después todavía me sentía mal a causa del incidente y deseaba poder disculparme, ero Marina se había ido con algunos parientes y se encontraba en la ciudad de Cali, en el otro extremo de Colombia.

Habían transcurrido varios meses, y no sabía qué hacer. Podía haber viajado por toda Colombia buscándola. ¿Qué tal si ella estaba todavía enojada conmigo? Comencé a sentirme deprimido mientras me preguntaba qué camino coger. “No puede ser posible”, me dije, “o Dios nunca me habría revelado todo esto”. Tomé la decisión de ir a la casa de Marina la noche siguiente. Quizás alguien de su familia pudiera decirme dónde estaba ella.

Sentía como si tuviera mariposas revoloteándome en el estómago mientras me dirigía a su casa a las 7:30 de la noche, más o menos. San Martín es un pueblo pequeño, y yo iba a pie. Al aproximarme a la última esquina, quedé sorprendido al ver a Marina y a una de sus amigas que venían caminando calle abajo hacia mí. Temblando de miedo me acerqué a ellas y les dije: “Hola, ¿para dónde van?”

“Vamos para una fiesta”, contestó Marina. Observé que iban muy bien arregladas. Con el corazón en la boca, pregunté: “¿Tienes una cita?” “No”, replicó Marina. “Apenas regresé anoche de Cali y nadie sabe aún que volví”. Ocurrió que su amiga había venido donde Marina con el solo propósito de invitarla a la fiesta que se daba en su casa. Tímidamente le pregunté a Marina si quería aceptarme una invitación a la heladería para que habláramos, y después la llevaría a la fiesta. La amiga dijo que ella tenía que regresar enseguida, así que pasamos por su casa primero, y luego Marina y yo nos fuimos paso a paso para la heladería. No sé si fue por efecto de la luna llena, o por el encantador vestido de encaje blanco que Marina estaba usando, pero el caso es que nunca llegamos donde nos habíamos propuesto. Caminamos sin rumbo hasta la plaza municipal de ferias, desierta en esa época del año. De repente, me encontré con ella entre mis brazos, empecé a decirle que la amaba. Ella me dijo que me había echado de menos. Estuvimos paseando y hablando a la luz de la luna. Después la acompañé de regreso

a su casa, y ella me dio el beso de las buenas noches. Regresé a mi casa caminando por el aire.

A la mañana siguiente me desperté y mentalmente me reproché duramente a mí mismo. “Ahora sí que las has hecho”, me acusé, “has metido verdaderamente las patas. ¿Qué fue lo que te pasó para que le dijeras a Marina todas esas cosas anoche? Si alguna vez tiene que terminar esta relación, le romperías el corazón”. Empecé a preguntarme si Marina sería realmente la muchacha conveniente para mí. Mientras meditaba sobre esta situación, recordé dos cosas que mi padre me había enseñado acerca de cómo escoger la esposa adecuada.

“Primero”, me había dicho papá, “mira bien a la madre de la muchacha. Si no puedes aguantar a tu futura suegra, entonces piensa dos veces con respecto a casarte con su hija, porque después de 20 años tu esposa probablemente se parecerá muchísimo a como es su madre en la actualidad”.

“Segundo, pon atención a cómo trata tu posible esposa a su padre. Si ella lo sigue respetando y admirando, aunque conozca sus debilidades y defectos, las posibilidades son las de que ella te respetará y te admirará aún después de que llegue a conocer tus debilidades y tus zonas conflictivas”.

Decidí aplicar estas dos pruebas en el caso de Marina. Estaba tremendamente impresionado con su madre después de que llegué a conocerla. Era un maravilloso ejemplo de dedicación como esposa y como madre. Mantenía arreglada con esmero su bien conformada figura aun después de haber tenido ocho hijos. Pensé: “Si Marina se parece y actúa como su madre dentro de 20 años, estaré más que satisfecho”.

Después dirigí mi atención hacia su padre. Superficialmente, daba la impresión de ser el típico politiquero del pueblo; pero, debajo de esa apariencia, pronto empecé a ver un carácter moral muy fuerte, orientado hacia su familia. Era evidente que Marina lo respetaba y lo admiraba. De hecho, ninguno de los

ocho hijos de mi suegro se había revelado nunca contra él, pues sus sentimientos hacia su padre eran los mismos de Marina. Pensé que este era un hecho notable en su favor en esta época de conflictos entre los padres y sus hijos adolescentes.

Mis padres estaban planeando viajar a los Estados Unidos en el término de una semana, más o menos. Estarían allí tres meses o más, y mi hermano y mis hermanas los acompañarían. Me quedaría solo en Colombia “montando la guardia en el fuerte”. Me resolví presentarles a Marina antes de que se fueran, porque cuando regresaran, ya podía estar comprometido con ella.

“Inmediatamente mi papá me llevó aparte y me mostró la conveniencia que tenía para mí pensar en una muchacha norteamericana”. Después de saber cómo pensaba mi papá, resultaba imposible explicarle mis verdaderos sentimientos hacia Marina, por lo cual no dije nada. Pero si tuve una conversación franca con mi madre antes de que partiera, y ella me prometió tratar de aclararle las cosas a papá en mi lugar.

Durante el año escolar, Marina tenía que permanecer con su abuela en San Martín, pero casi al mismo tiempo que mis padres se fueron para los Estados Unidos, ella se trasladó a Mapiripán para estar con sus padres. Este lugar no queda lejos de Chaparral. Por mi parte, tenía que transportar una gran cantidad de pescado en avión desde Chaparral y Tomachipán. Durante todo el día, mis pensamientos parecían centrarse de algún modo en Marina, y después de tan duro trajinar, había algo que arrastraba automáticamente al 182 hacia Mapiripán por la noche. Puedo recordar que intentaba sopesar fríamente los pros y contras de mi matrimonio con Marina, hasta cuando comprendí que estaba locamente enamorado de ella. De hecho, la cosa me había agarrado tan fuerte que no tenía tranquilidad ni para comer, ni para dormir, ni para volar. En varias ocasiones me escapé por un pelo de accidentarme; en otras, terminé volando en medio de violentas tempestades de truenos, nada

más que para ir a visitarla a Mapiripán. Al fin, decidí que lo mejor sería pedirle que se casara conmigo prontico antes de que terminara matándome. Era peligroso andar volando por ahí en un estado de aturdimiento permanente por pensar en ella todo el tiempo.

A la semana siguiente fui invitado a un paseo campestre con Marina y su familia. Ya había hablado con mi futuro suegro sobre mis intenciones para con su hija. Él me había dado su bendición pero, por supuesto, la decisión final le correspondía a Marina. La llamé aparte durante el paseo y le pedí que se casara conmigo. Mi petición la sorprendió, pues acababa de cumplir los dieciocho años y había pensado en el matrimonio como en algo distante en su futuro. La presioné para que me respondiera, pero no dijo ni que sí, ni que no. Quería tener tiempo para pensar en mi proposición.

Pasaron dos semanas más. La espera era insoportable para mí, pues había llegado a la conclusión de que no podría vivir sin Marina. Ella era única entre un millón, y si la perdía, sabía que nunca volvería a ser el mismo. Comencé por contarles mi problema a las hermanas de Marina, tratando de conseguir que ellas intervinieran en mi favor y la convencieran de que se casara conmigo antes de que me volviera loco. Las cosas se definieron cuando fui invitado a la fiesta de cumpleaños de la hermana menor de Marina. Clemencia, que cumplía los 14. Era una fiesta nocturna y yo llegué a las 7:00 P.M. Ignoraba que una de las muchachas invitadas había ideado un plan diabólico para acabar con mi relación con Marina y poder ella intentar algo conmigo. Para lograr su propósito utilizó una poción de amor de los indígenas llamada *chundú*, y puesto que le correspondió servir los refrescos, le quedó fácil mezclar un poco en mi bebida antes de servírmela. Pensó que el *chundú* haría que me enamorara de ella en lugar de Marina.

Me había tomado como la mitad del contenido del vaso

cuando empecé a sentirme raro. Me levanté y salí de la sala, dirigiéndome a la cocina. Cuando llegue allí, mi sentido del equilibrio me había abandonado. Vi un poste en centro de la cocina para sostener una de las vigas del techo. Extendí el brazo y me agarré del poste con una mano para sostenerme, mientras se me aclaraba la cabeza.

Mi futura suegra entró en la cocina. Escasamente le dirigí una débil sonrisa, al tiempo que pensaba interiormente: “¡Oh no! ¡Qué tal si ella cree que llegué borracho a la fiesta de su hija!” Me miró y me dio un poco de café. Traté de bebérmelo de la mejor manera que pude, sabiendo muy bien que si me soltaba del poste me iba al suelo. Finalmente vino Rosario, la hermana mayor de Marina, y se dio cuenta de mi situación. Observando que yo estaba pálido y mareado, me preguntó si quería acostarme. Le conté lo que yo creía que había ocurrido, y ella me ayudó a llegar hasta uno de los dormitorios y me acostó en la cama. La muchacha responsable de este pequeño episodio, se asustó cuando vio que Rosario me metía en la cama y desapareció de la fiesta.

Permanecí acostado en la cama, pues me sentía tan mareado que no podía sentarme. Sin embargo, por dentro, mis emociones estaban tirando de la cuerda, y le pedí a Rosario que llamara a Marina. Sentía un enorme deseo de estar con ella. Marina vino, permaneció un par de minutos conmigo y después salió. Estaba acostumbrada a vivir en un pueblo pequeño y temía permanecer en el dormitorio mucho tiempo, pues le preocupaban las murmuraciones. Por esto, decidió quedarse en la sala con todos los invitados y evitar cualquier chisme.

Mi deseo de Marina se hacía más y más intenso a medida que iba empeorando. Este *chundú* era una mala cosa y debían haberme dado una sobredosis. No podía entender por qué razón Marina no podía permanecer conmigo. La sospecha surgió en

mi mente. ¿Qué estaba haciendo en la sala? ¿Con quién estaba hablando? ¿Había alguien más tratando de quitármela?

Era casi medianoche cuando mi cabeza se aclaró finalmente lo suficiente para permitirme regresar a la cocina haciendo eses. La mayoría de los invitados se habían marchado, pero unos pocos estaban todavía en la sala. Me senté sobre la mesa de la cocina (todas las sillas se hallaban en la otra pieza) con la espalda apoyada en la pared. La mesa estaba colocada cerca de la puerta de salida hacia el comedor. Marina entró por allí y yo la retuve rodeándola con mis brazos a la manera de un abrazo de oso. “Suéltame, que me metes en un lío”, dijo en voz baja. Le contesté: “No, no voy a dejarte ir hasta que me digas francamente si te casarás conmigo o no”. “Me estás apretando mucho”, dijo entre dientes. “Déjame ir y hablaremos por la mañana”. “No te dejaré ir hasta que me digas si te casas conmigo”. “¿Estás borracho!”, exclamó. “No es culpa mía”, dije. “Alguien me dio una poción de amor y de verdad que me dejó volando, pero su efecto ya está pasando y me siento mejor cada vez”. “Tú solamente quieres casarte conmigo porque soy bonita”, dijo con tristeza. “Cuando te des cuenta de algunos de mis problemas y debilidades, entonces, no querrás tener nada conmigo. ¿Por qué te quieres casar con una mujer de condición humilde como yo, cuando puedes escoger entre la más alta sociedad?” Le contesté: “Te quiero exactamente como eres, con problemas y todo. No puedo enfrentar la vida sin ti. Creo que tú eres la que Dios escogió para mí”. Ella dijo: “Sigo creyendo que todavía estás borracho, pero sí”. “¿Sí qué?, le pregunté con brusquedad. “Sí me casaré contigo”, susurró. “Ahora, ¿quieres soltarme y dejar de hacer teatro?” La apreté más todavía contra mí y empecé a llorar. Ella perdió su fortaleza y empezó a llorar también, y realmente dimos un espectáculo. No recuerdo cuánto tiempo duró todo esto, pero la noche por fin terminó cuando uno de mis cuñados colgó una hamaca en el corredor y me ayudó a

meterme en ella. Marina me arropó con una cobija y me dio el beso de las buenas noches.

A la mañana siguiente cuando me desperté me sentí como un tonto. “Ni hablar de lo que mis futuros parientes van a pensar de mí”, me dije. Afortunadamente, todos ellos sabían lo del *chundú* y parecía que no me culpaban por el incidente de la noche anterior. Mejor aún, salí a dar un paseo con Marina y ella me confirmó su decisión de casarse conmigo. “Te amo de verdad y quería ser tu esposa desde hace tiempo”, dijo. “Entonces, por qué me atormentaste de ese modo?”, le pregunté con rabia. “Solamente quería saber si en realidad me amabas”, replicó, sonriendo dulcemente.

Le dije a Marina que creía necesario que nos casáramos enseguida. Le horrorizaba la idea de que la boda se realizara mientras mis padres estuvieran aún en Estados Unidos. “Tu familia nunca me aceptará si hacemos eso”, dijo preocupada. “Solo confía en mí”, le respondí. “Así es como tiene que ser, yo sé lo que estoy haciendo”.

Yo sabía que en Colombia solo hay dos maneras de contraer matrimonio legalmente: ante un juez, procedimiento que puede tardar hasta seis meses por el papeleo; o por la iglesia católica. Sabía que la familia de Marina quería el matrimonio católico; y también que mi papá preferiría la ceremonia civil, seguida de la religiosa en una iglesia protestante. Comprendía que no podía esperar seis meses para la boda mientras existiera esa especie de situación explosiva entre nuestras familias. Si sencillamente íbamos y nos casábamos, estaba totalmente seguro de que mi familia aceptaría a Marina, y evitaríamos un problema que podía dañar en forma permanente las futuras relaciones entre las dos familias. Después de que convencí a Marina de todo esto, me las vi negras para lograrlo con su madre, y cuando conseguí esto, me encontré con otro inconveniente.

El sacerdote católico a quien consulté, me informó que

era imposible que pudiera casarme por la iglesia, porque no era católico, y algo así no podía hacerse de ninguna manera. Le pregunté a otros sacerdotes y recibí la misma respuesta. Solamente podía casarme por la iglesia católica si permitía que me bautizaran como tal. Tenía la convicción de que mis votos matrimoniales debía hacerlos directamente ante Dios; por otra parte, sería un error que me hiciera católico solamente para que pudieran casarme. A mi papá ya le iba a resultar suficientemente difícil tener que aceptar mi boda católica. Parecía que no hubiera solución a la vista. Mis padres debían regresar de los Estados Unidos en menos de cuatro semanas. Empecé a orar. Le dije a Dios que ya que este matrimonio parecía ser idea suya en primer lugar, Él tendría que arreglar las cosas, pues, por lo visto yo no lo había podido conseguir en ninguna parte.

Recuerdo que había un sacerdote a quien no le había hablado todavía. Era el padre Joel Martínez y tenía a su cargo la parroquia de San Martín. Se decía que era muy estricto y, por tal motivo, yo no había pensado en plantearle el asunto. Finalmente fui a verlo y me encontré con que era carismático. Me escuchó y decidió ayudarme, pues creía que podía convencer al obispo para que nos diera una dispensa especial para un matrimonio mixto. Era viernes, y el padre Martínez prometió darme una respuesta el lunes siguiente por la mañana.

Marina y yo fuimos a verlo muy temprano ese lunes. La respuesta era que sí, y todo el papeleo estaba en orden. Después nos informó que teníamos que hacer un cursillo de orientación prematrimonial y que, el próximo, debería comenzar dentro de tres semanas. Nerviosamente le expliqué al padre Martínez que no podíamos esperar todo ese tiempo. Él nos miró maliciosamente y Marina se ruborizó. Me apresuré a contarle lo de la situación con mis padres, por lo que yo juzgaba importante que la ceremonia se realizara tan pronto como fuera posible. El padre dijo: “Bueno tengo una agenda muy congestionada

este mes, pero sí me queda una noche libre y ocurre que es precisamente la de mañana. Si quieren venir a las 9:00 P.M. en punto, les daré un cursillo especial de orientación matrimonial y, entonces, podré casarlos el jueves”.

Al día siguiente empezamos febrilmente los preparativos para la boda. Marina necesitaba algunas cosas, así que fuimos a comprarlas a Villavicencio. Al regreso, había una terrible tempestad y el bus en que viajábamos se dañó. Eran las 11:45 de la noche cuando llegamos finalmente a San Martín. Parecía que la suerte nos había dado la espalda, pues el padre Martínez ya estaría acostado y, además, era muy estricto en cuanto al cumplimiento de las reglas. Acabábamos de perder nuestra única oportunidad para hacer el cursillo prematrimonial, y sabía que el padre Martínez no haría ninguna excepción para casarnos sin él. Nuestras esperanzas se habían frustrado.

Marina dijo: “Bueno, vamos a tocarle la puerta de todos modos. ¿Qué tenemos que perder?”, conscientes que era el colmo de la desconsideración, tocamos la puerta de la casa cural a medianoche. El padre Martínez se levantó, y nos abrió. Nos hizo seguir y nos preparó café porque se dio cuenta de que estábamos mojados y tiritando. Luego permaneció hasta las tres de la madrugada dándonos el curso prematrimonial. Sus sanos consejos nos fueron de mucho provecho en varias ocasiones durante nuestro primer año de casados.

La boda se celebraría dos días después, el jueves por la mañana, en la misa de las cinco. Mi situación financiera era un completo desastre en ese momento. Muchos de los préstamos bancarios estaban vencidos, y los abogados de uno de los principales bancos me estaban persiguiendo judicialmente. Había tenido que pagar con cheques posdatados en las tiendas para conseguir crédito, y así mantener funcionando el negocio del pescado. La fecha para el cobro de algunos de estos cheques ya se había vencido y, un cheque sin fondos podía motivar una orden de arresto,

sin el beneficio de excarcelación mediante fianza. Para colmo de males, nuestro mecánico puso a funcionar el motor del 182 para calentar el aceite antes de cambiárselo, desentendiéndose luego del avión, que estaba en la rampa. El freno de parqueo se soltó y el aparato salió disparado chocando contra un carro estacionado, cuyo dueño amenazaba con demandarme por los daños. La hélice se desbarató y el motor se averió, y la reparación costaría casi U.S. \$12.000. Afortunadamente, había reconstruido el 170 y lo tenía trabajando con un motor de cromo reparado que nos habían regalado unos amigos de los Estados Unidos.

Ahora debía una gran cantidad de dinero y, con mi crédito arruinado, no había posibilidad de conseguir la plata para reparar el 182, y sin el 182 yo estaba acabado. El 170 no tenía ni la capacidad de carga ni la autonomía de vuelos suficientes para llegar selva adentro desde donde podían realizarse los vuelos que producción ingresos. Solo sería cuestión de tiempo antes de que me iniciaran un juicio ejecutivo y, probablemente, me encarcelaran por girar cheques sin fondos. Si de algún modo podía poner en funcionamiento el 182 habría una remota posibilidad de que pudiera conseguir lo suficiente para contentar a mis acreedores. El motor y la hélice del 182 ya habían sido reparados, pero la compañía Cessna se negaba a entregármelo hasta cuando les pagara completos los U.S. \$12.000, porque les debía muchas mensualidades vencidas del avión; y la compañía de seguros también se negaba a cubrir el accidente.

En este preciso momento, un día antes de la boda, se apareció mi amigo Armando. La última vez que nos habíamos visto era el jefe de la policía secreta de nuestra zona. Me informó que había renunciado a su puesto, y que ahora estaba haciendo una fortuna con el contrabando de marihuana y cocaína. Había sabido que me encontraba en dificultades, así que había venido para ver si necesitaba ayuda. Le conté lo sucedido con el 182, y me dijo: “No hay problema. Si consigues el dinero, ¿Cuánto tiempo

tardarás en tener listo el avión?” “Unos tres días”, le repliqué, “Trato hecho”, concluyó Armando. ¿Cuál trato?”, le pregunté.

Él continuó: “Te daré el dinero que requieres para desempeñar el motor y la hélice. Necesito que dentro de cuatro días lleves en el avión un cargamento de drogas hasta la península de la Guajira en el norte de Colombia y estaremos en paz. De vez en cuando requeriré algunos vuelos más, y creo que puedo pagarte por adelantado, si lo necesitas. De hecho, ahora tengo mi maletín lleno de billetes. Mira, no estoy bromeando . . . No tienes que preocuparte por nada, pues represento a gente muy rica e influyente. La seguridad no es ningún problema para nosotros, y es imposible que te atrapen en este trabajo. Todo está bajo control”.

“No puedo hacerlo, Armando”, le repliqué. “Voy a casarme mañana y, además tú sabes que mis principios son muy estrictos en contra de la droga, como para tener algo que ver con ella”. Armando no quiso aceptar una respuesta negativa, y me propuso que aplazara la boda por una semana. Me dijo: “¿Qué sacas con casarte si después vas a la bancarrota? Piénsalo y discútelo con tu novia. Volveré dentro de dos horas por la respuesta”.

Si no me hubiera encontrado bajo tan terrible presión financiera, nunca habría considerado la oferta de Armando. En ese momento pensaba en las consecuencias que tendría declararme en quiebra, y en la vergüenza de mi familia y de mi futura esposa. Quizás debería hacer este único viaje que me proporcionaría con qué volver a volar el 182. Luego, podría continuar con mis vuelos normales en la selva para pagar mis compromisos. De repente recordé mi vuelo nocturno con Pedro varios años atrás. Recordé también que el fin no justifica los medios, y que Dios me había enseñado muy claramente esa lección. Supe lo que tenía que hacer. Cuando Armando regresó le dije firme y enérgicamente que no podía aceptar su propuesta de ninguna manera, forma o modo. Finalmente, se cansó de discutir, cogió

su maletín y se largó. Lancé un suspiro de alivio, y sentí la firme convicción de que había hecho lo correcto. De hecho, después de que Armando se hubo marchado, me parecía una locura incluso haber considerado su “oferta”. Después de vivir la experiencia de que la mano de Dios estaba interviniendo claramente en mi matrimonio, empecé a sentir una creciente confianza en que Él también me ayudaría a salir de esa crisis económica si tan solo permanecía con las manos limpias.

Marina y yo nos casamos el jueves 28 de agosto de 1980. El padre Martínez ofició la ceremonia en la misa de las cinco de la mañana. El ceremonial católico me pareció muy significativo. Me estremecí de la emoción cuando llegamos a la parte en que Marina y yo juntamos las llamas de nuestros dos cirios para que se unieran en una sola. Ambos nos sentimos fuertemente comprometidos el uno con el otro, y ambos con Dios. El hecho de que perteneciéramos a diferentes iglesias parecía no tener importancia.

Había tratado de mantener la boda en secreto, pero cerca de cincuenta de mis más íntimos amigos lo averiguaron y nos ofrecieron un desayuno como recepción nupcial en uno de los hoteles del lugar. Desde allí iniciamos un recorrido de cinco horas, en un taxi alquilado, a través de las pintorescas montañas andinas hasta Bogotá, la capital de Colombia. Marina estaba feliz, aunque muy cansada. Se quedó dormida con su cabeza reclinada en mis rodillas mientras viajábamos por la sinuosa carretera. Era un día claro, y yo me sentía admirado por la majestuosa belleza de esas montañas de 4200 metros de altura. De cuando en cuando, ríos de aguas cristalinas corrían a lo largo de la vía y, en determinado lugar, pude ver al tiempo tres espectaculares cataratas. Contemplé el rostro dormido y casi angelical de mi flamante esposa y me invadió un profundo sentimiento de responsabilidad, pues ella confiaba completamente en mí. ¿Podría yo corresponder a esa confianza? ¿Podría

proveer lo necesario para ella y para nuestros futuros hijos? Decidí olvidarme de mis dificultades financieras hasta después de la luna de miel.

Por la noche abordamos en Bogotá un Jet de línea para un vuelo de dos horas hasta la isla de San Andrés en el Caribe. Le había dado otro cheque posdatado a un agente de viajes amigo mío por los dos pasajes. Pasamos dos semanas muy agradables en esa isla tropical paradisíaca, pues acababa de recibir una nueva tarjeta de crédito en la cual pude cargar todos nuestros gastos.

Al tercer día de nuestra luna de miel, estaba leyendo el periódico cuando, de pronto, llamó mi atención un artículo determinado. Se había producido un arresto por tráfico de drogas en la Guajira. Los detalles no eran muy claros, pero parecía que se trataba de mi amigo Armando y del piloto que él había contratado. Una patrulla especial del ejército los había capturado cuando aterrizaban con un cargamento de drogas. El avión había sido confiscado, y ellos se enfrentaban con la posibilidad de una prolongada condena. Empecé a darle gracias a Dios por no haberme dejado seducir por Armando.

Le envié un telegrama a mi hermana Sharon en el que apenas decía: "Luna de miel San Andrés te amo Russ". Luego, les escribí una extensa carta a mis padres explicándoles la situación. Allá en los Estados Unidos, todos pensaron que el telegrama no era más que una tomadura de pelo, pero la carta los impresionó. Mis padres estaban disgustados porque ni siquiera los invitamos a la boda; sin embargo, tomaron el asunto por el lado noble.

Marina y yo regresamos a San Martín. Empecé a trabajar con renovados bríos para hacerle frente a mis acreedores. Conseguí varios contratos bien pagados con el 170. El dinero empezó a entrar y pude pagar lo de la tarjeta de crédito y algunos de los cheques posdatados. Estaba asombrado por la forma como había cambiado el matrimonio mi perspectiva de los negocios. Dios empezó a tirarme la rienda en lo referente a la

responsabilidad financiera. Ansiaba verme totalmente libre de deudas, pues podía darme cuenta de que, en realidad había sido esclavo de mis acreedores. Debía tanto dinero, que hasta antes de mi matrimonio no había sido capaz ni siquiera de ganar lo suficiente para pagar los intereses de todos los préstamos relacionados con el negocio del pescado. El interés compuesto es algo muy sutil en la manera de cambiar una situación económica aparentemente estable en una pesadilla, si los negocios sufren unos pocos reveses imprevistos. Los gerentes de los bancos que habían sido tan cordiales y se habían mostrado tan ansiosos por hacerme su cliente, no demostraban ninguna compasión ahora que me encontraba en graves aprietos económicos. Los trámites de embargo se iniciaron contra mí en varios grados. Tan solo los honorarios de los abogados eran astronómicos. Pronto quedó muy claro que tendría que conseguir rápidamente una suma muy grande de dinero o nos hundiríamos por completo.

Mis padres habían permanecido en los Estados Unidos todo este tiempo, pero finalmente recibí un telegrama en el que me anunciaban su llegada. Decidí viajar a Bogotá acompañado de Marina para recibirlos en el aeropuerto. Esto originó nuestra primera pelea de casados. Marina tenía un temor mortal de ir conmigo para enfrentarse a sus suegros, y tuve que presionarla mucho para que me acompañara. Recibimos a mi familia en el aeropuerto y todo transcurrió normalmente, tal como lo había supuesto cuando me casé con Marina. Papá nos invitó a un restaurante de lujo para que almorzáramos con él como su forma de demostrarnos que no nos guardaba rencor.

Varios meses después, papá me llevó aparte y me dijo que había hecho bien con relación a mi matrimonio. Yo estaba contento de oírle decir esto, porque en toda mi vida raramente había hecho algo en contra de sus deseos. Me dijo que creía que Marina era la esposa adecuada para mí y que ni siquiera podía imaginarse cómo y dónde la había encontrado. También

manifestó que yo había realizado un matrimonio ideal y que estaba muy contento de que nadie hubiera tenido la oportunidad de entrometerse en él.

Desde el principio y por decisión mutua. Marina y yo habíamos establecido muy claramente que queríamos que Dios estuviera en el centro de nuestro hogar. Cierta noche comentamos sobre el creciente y lucrativo tráfico de drogas, con el cual varios de nuestros amigos estaban haciendo mucho dinero. Los estigmas morales y sociales contra el cultivo de la coca y el comercio de la cocaína parecían estar perdiendo importancia en Colombia, hasta el punto de que daba la impresión de que casi todos nuestros amigos o estaban metidos en el tráfico o querían estarlo. Marina y yo decidimos cortar nuestros lazos de amistad con algunos de ellos para evitar que nos asociaran con el narcotráfico. Marina temía que yo pudiera verme arrastrado al negocio de la droga debido a la enorme presión financiera bajo la cual me encontraba mientras trataba de salvar mi negocio de la quiebra.

A la mañana siguiente llegó a nuestra casa un viejo amigo conduciendo un costoso carro nuevo. Lo acompañaba un rico “mafioso” de la ciudad de Medellín, la capital suramericana del narcotráfico. Querían darme \$6.000.000 de pesos colombianos para que comprara base de coca, es decir, cocaína sin refinar para ellos. Como piloto, podía volar a los lugares donde la droga se conseguía barata. Era otra oportunidad para que ganara mucho dinero, pues querían hacer un trato de las mismas proporciones varias veces al mes, y traían la plata con ellos, lista para serme entregada sin restricciones de ninguna clase. Regresarían al cabo de una semana por la base de coca.

Esta vez ni siquiera pensé dos veces la respuesta. Les dije en términos suficientemente claros que mis relaciones con Dios no me permitían en modo alguno considerar su propuesta. Luego, de manera diplomática, les expresé lo que pensaba sobre el

tráfico de drogas. Traficar con la droga es, en realidad, traficar con las almas de los seres humanos que se están destruyendo con su uso. Sabía que el favor de Dios era más importante para mí que la solución de los problemas financieros. Tenía el íntimo convencimiento de que muy pronto los mafiosos traficantes de droga y las autoridades corrompidas que los complacían recibiendo sobornos, cosecharían inevitablemente el fruto de lo que habían sembrado. Ellos terminaron advirtiéndome que guardara silencio respecto de la oferta que me habían hecho, y se marcharon.

Empecé a pedirle a Dios que interviniera en mi situación financiera y admití ante Él que la mayor parte de mis dificultades económicas, se debían a la carencia de una planeación adecuada por mi parte. Le dije a Dios que si Él me ayudaba a salir de las deudas, nunca pediría prestado un solo centavo más sin su aprobación.

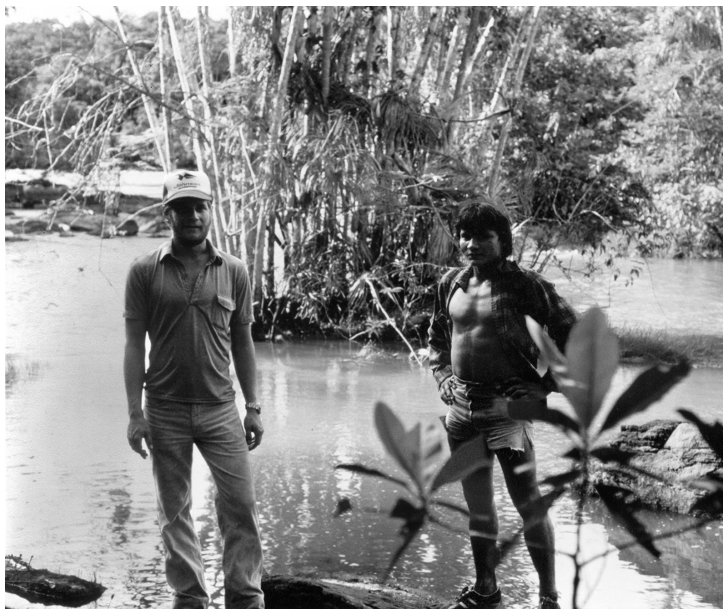
En mi siguiente visita al banco que me estaba embargando, me encontré con una gran sorpresa: El abogado y el gerente que me habían tenido con la soga al cuello, estaban en la cárcel acusados de fraude y extorsión. Seis personas distintas habían presentado cargos contra ellos, y el banco era un hormiguero de auditores de la oficina principal. Ocurrió que en el manejo de mi caso también habían existido irregularidades. Me entrevisté con el jefe de auditores y con el gerente regional del banco, quienes se disculparon conmigo y me refinanciaron el préstamo. Para colmo de dichas me rebajaron la mayor parte de los intereses acumulados y la totalidad de los honorarios del abogado, ahorrándome así mucho dinero. Estas buenas noticias fueron seguidas por la subienda de pescado en Chaparral. Por primera vez en la historia de nuestro negocio, podíamos no solamente pescar en grandes cantidades, sino que estábamos vendiendo el pescado a doble precio del normal, debido a la escasa producción de otras regiones de Colombia. En diez días

habíamos hecho casi lo suficiente para pagar las reparaciones del 182. Cuando saldé esta deuda, el distribuidor de la Cessna me refinanció el préstamo vencido por el avión. Empecé a dar gracias a Dios por haber tenido tanta bondad conmigo.

Ahora que tenía nuevamente en servicio el Cessna 182, comencé a trabajar duro para pagar todas mis obligaciones. Me puse a llevar carne y alimentos a los caseríos remotos de la selva, que no tenían acceso por carretera. Igualmente vi la oportunidad de hacer plata llevando gasolina para los motores fuera de borda y para las plantas eléctricas portátiles. Transportar gasolina en avión a la selva era peligroso, y apenas había unos pocos pilotos que quería correr el riesgo. Esto hacía que los precios de los vuelos subieran escandalosamente, por lo que me fue posible pagar todos mis compromisos financieros.

Durante más de dos años estuve llevando gasolina por avión. Cargando más de 150 galones de combustible en la cabina y 80 en los tanques del avión, la situación se volvía realmente muy explosiva, pues cualquier clase de accidente podía determinar que el avión estallara en llamas. Todas las pistas de aterrizaje que utilizaba eran cortas y angostas, además de estar rodeadas de árboles. Durante el invierno eran muy traicioneras por el agua y el barro que se acumulaban en ellas. A veces, al pensar en que podía estrellarme y morir quemado, me torturaban con un miedo aterrador. Cualquier falla en el motor, volando sobre la selva impenetrable, podría significar mi fin. La región se caracterizaba también por su mal tiempo, y si no me hubiera encontrado bajo tan terribles compromisos, nunca hubiera siquiera soñado en hacer algo tan peligroso como esto.

El miedo es un terrible enemigo. Aprendí a manejarlo, pero nunca pude librarme de él por completo. Cuando sentía que ese nudo helado se me formaba en el estómago, me encomendaba a Dios y me ponía a cantar tan alto como podía para sobrepasar el ruido del motor.



Hay algunos lugares encantadores en la selva, pero para disfrutarlos se necesita estar libre. *Foto de Chad Stendal*

Temía que cualquier día, una de nuestras peleas fuera demasiado lejos y perdiera a Marina

Con el paso de los años me daba cuenta de que me había formado un alto concepto de mí mismo. Por naturaleza soy optimista y me había considerado como un joven cristiano bastante decente hasta cuando me casé. Los problemas que había podido disimular estando soltero, no pudieron seguir ocultos por más tiempo en la nueva situación. Aunque amaba a Marina con todo mi corazón, pronto me di cuenta de que ella parecía tener una misteriosa habilidad para encontrar y exacerbar todos mis conflictos interiores. Comenzamos a pelear por incidentes aparentemente insignificantes. Algunas veces nuestras discusiones se iban acalorando hasta convertirse en grescas de padre y señor mío. Afortunadamente, ambos nos dábamos cuenta de que era importante que hiciéramos las paces después de discutir o pelear; sin embargo, los conflictos de nuestro matrimonio se fueron haciendo cada vez más y más difíciles de reconciliar.

Empecé a observar una diferencia fundamental entre la manera de pensar de los hombres y las mujeres. Algunas veces parecía que estuviéramos sintonizados en longitudes de onda completamente diferentes. En otras ocasiones me preocupaba el incidente que acababa de ocurrir y que amenazaba la estabilidad de nuestra unión, pero, la mayoría de las veces, no le daba importancia. Por su parte, Marina añadiría ese incidente a la

larga lista de ofensas pasadas, comenzando por nuestro disgusto en el festival folclórico de San Martín, sucedido antes de que nos casáramos; luego, empezaba a negociar desde esa posición. Así las cosas, cada vez que teníamos una pelea se iba volviendo más y más difícil reconciliar nuestras diferencias. Pronto llegué a preocuparme por el derrotero que estaba tomando nuestro matrimonio. Me impresionó mucho observar que la mayoría de nuestros disgustos parecían ser principalmente por culpa mía pues, a medida que la presión se hacía más intensa en nuestro matrimonio, empecé a notar toda clase de rasgos oscuros y desagradables en mi carácter que amenazaban con destruir nuestra relación. Pronto nuestro “matrimonio ideal” estuvo en serias dificultades. Temía que cualquier día una de nuestras peleas fuera demasiado lejos y perdiera a Marina. Sabía que no podría hacerle frente a la vida sin ella, aunque me insultara y me fastidiara como nadie lo había hecho antes cuando estaba furiosa conmigo.

Empecé por leer libros de psicología. Describían nuestros problemas a la perfección empleando toda clase de lenguaje elegante, pero parecía que no me servían de mucho para librarme del todo de mis dificultades. La mayoría de estos libros solo conseguían que me sintiera más frustrado después de haber terminado de leerlos. Mientras me sentía cada vez más confundido, nuestro matrimonio seguía resquebrajándose.

Nuestras peleas generalmente se iniciaban de esta manera: Llegaba a casa de mal humor, porque había tenido un pésimo día por algo que había salido mal en mi trabajo, y Marina hacía o decía algo que me sacaba de quicio. Entonces, yo la insultaba haciendo una observación despectiva que ella no siempre entendía, por lo que algunas veces reaccionaba y respondía insultándome a su vez; por mi parte, dada rienda suelta a mi frustración reprimida y decía algo que realmente hería sus sentimientos, como: “si hablas y actúas de esa manera, tú

ya no debes amarme”, o “¿qué clase de cristiana eres tú si me tratas así?” Casi siempre me arrepentía inmediatamente de mis palabras y trataba de remediar las cosas, pero ella se sentía tan lastimada que a veces dejaba de hablarme por un tiempo y, en algunas oportunidades, transcurrían varios días para que la situación volviera a su cauce normal. Comencé a temer que tarde o temprano haríamos o diríamos algo en un momento de rabia que pudiera deteriorar permanentemente nuestra relación.

Un día me encontré con Ricardo Trillos. Él estaba todavía estudiando el Sermón de la Montaña, y ahora entendía mejor algunas de sus partes. Dios había estado interviniendo en su matrimonio y dando aplicación a las palabras de Jesús en la propia vida familiar de Ricardo. Me uní a él en su estudio de los capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio de San Mateo, con lo cual yo también empecé a entender algunos de sus versículos. Las palabras de Mateo 5:21-22 me causaron gran impresión: Jesús dijo: ²¹“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No cometerás homicidio; y cualquiera que cometiere homicidio será culpado del juicio. ²²Mas yo os digo, que cualquiera que se enojare descontroladamente con su hermano, será culpado del juicio; y cualquiera que dijere a su hermano: **Raca** (la palabra griega significa literalmente “corazón hueco”), será culpado del concejo; y cualquiera que dijere: **Fatuo** (la palabra griega significa literalmente “cabeza hueca”), será culpado del infierno”.

La enseñanza de Jesús describía exactamente las peleas de mi matrimonio. Primero, dejaba que la ira creciera dentro de mí; luego, me descargaba con ella insultando la inteligencia de mi esposa; y, finalmente, ponía en duda los impulsos de su corazón y destrozaba sus sentimientos, haciendo que nuestra relación entrara en barrena.

Comencé por darme cuenta de que se necesitaban dos para armar una pelea, y que bastaba con un incidente muy pequeño para poner en marcha una espiral descendente de causa y efecto

con el potencial suficiente para destruir una relación. Recordaba cuando asistía a la escuela de internos en mi infancia. Si otro niño tenía la ocurrencia de darme un pisotón, yo le respondía dándole otros dos más duros para vengarme y para darle una lección. Desafortunadamente, el otro muchacho nunca aprendía la lección, y nueve veces de cada diez se enfurecía y me daba un puñetazo en la nariz. El pequeño incidente inicial se acrecentaba, desencadenado una trifulca feroz de todos contra todos.

Las palabras de Jesús me sacudieron de verdad. Quedaba claramente establecido que los fundamentos de su reinado eran completamente diferentes a aquellos a los que yo estaba acostumbrado. Según sus palabras, el problema en que me hallaba metido era más complicado de lo que hubiera podido imaginar. Continué estudiando y descubrí que sus enseñanzas se resumían en la regla de oro: *“Haz con los demás como quieres que hagan contigo”*, Él también dijo: *“No Juzguen, y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados”*. También empecé a ver que su doctrina se centraba en la misericordia y en dar a los demás el beneficio de la duda en lo referente a las motivaciones íntimas de sus corazones, y decidí poner a prueba sus enseñanzas en mi matrimonio.

A medida que comenzaba a entender cada vez mejor el Sermón de Jesús, aplicaba lo que había aprendido a mi propia situación matrimonial. Pronto Marina y yo nos encontramos en una relación mutua que iba mejorando progresivamente, teniendo a Dios como centro de ella. Había descubierto a muy buen tiempo el significado del Sermón de la Montaña.

Ahora podía ver que la mayoría de los seres humanos querían hacer realmente lo que estaba bien. A ninguno de nosotros nos agradan verdaderamente los problemas, la amargura, la rivalidad o la violencia; sin embargo, resulta demasiado fácil vernos atrapados en un círculo vicioso negativo. La descripción que Jesús hace del problema en Mateo 5:22 es válida para la mayoría

de los matrimonios destrozados, de las amistades rotas, de las iglesias separadas e, incluso, de las relaciones internacionales deterioradas. En primer término, se estimulan la ira y el resentimiento; luego, vuelan los insultos; y finalmente, se ponen en duda y se condenan las motivaciones íntimas y las intenciones de las otras personas. Esto prepara el escenario para que comience la verdadera violencia física. Muchas guerras horribles han principiado por progresivos e insignificantes incidentes.

En aviación existe una maniobra conocida como barrena. Si el piloto intenta subir demasiado rápido con el timón de dirección fuera del centro, el avión cae dando vueltas; y cuanto más tira de los controles tratando de ir hacia arriba, tanto peor es la barrena. El aparato queda pronto fuera de control y cae en una violenta espiral. Al aumentar la potencia, lo único que se consigue es que el avión descienda a mayor velocidad. Para recuperarse de la barrena y evitar una estrellada fatal, solo hay una manera: el piloto debe aplicar una dirección contraria al timón y luego soltar los controles. El avión entonces dejará, por sí solo, de hacer la barrena.

Ricardo y yo descubrimos que el Sermón de la Montaña, Jesús nos enseñó cómo hacer que nuestras vidas despeguen en una espiral positiva y ascendente, que es lo contrario del descenso en barrena. En su libro “Cristianismo y nada más”, C.S. Lewis escribió: “El bien y el mal no son estáticos, son dinámicos. Cada uno se alimenta continuamente de sí mismo, exactamente como ocurre con el interés compuesto en el banco”.⁷ Así, el bien se hace continuamente mejor, mientras que el mal empeora.

Juan el Bautista vino a preparar el camino para la predicación de Jesús, diciendo: “Cambien de actitud porque el Reino de Dios está cerca”. Luego, Jesús inició su ministerio y dijo: “*El Reino de los cielos está entre ustedes*”. Más tarde, Jesús diría a

7 Lewis, C.S., MacMillian Publishing Co., Inc., Copyright 1952.

sus discípulos: *“El Reino de los cielos está dentro de ustedes”*. El Sermón de la Montaña explica cómo entrar en el Reino de los Cielos y la forma como este opera, comparándolo con la manera cómo funcionan normalmente las cosas en este mundo. Ricardo y yo encontramos que el orden o secuencia en el cual Jesús da sus enseñanzas es tan importante como los temas mismos que Él está tratando.

Jesús comenzó su sermón diciendo: *“Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de ellos es el Reino de los cielos”*. Quizás la gente que estaba esperando que Él predicara sobre el fuego y el azufre estuvieron un poco decepcionados, pero Jesús enseñó un mensaje positivo desde el mismo comienzo. C.S. Lewis escribió: *“Las negociaciones son raramente útiles en una discusión aun cuando sean verdaderas”*⁸ Jesús fue el primero en emplear este concepto. La palabra griega que Él usó y que ha sido traducida por *“pobre en espíritu”* literalmente significa *“miserable”*. Jesús está describiendo una persona que no tiene un centavo, hablando espiritualmente. Con esto quiere decir que la manera de entrar en el Reino de los Cielos es que nos declaremos en bancarrota espiritual. No podemos negociar con Dios, porque no tenemos nada para ofrecer, pues todo cuanto poseemos proviene de Él. La única manera para que podamos entrar en el Reino de Dios es la de admitir nuestras faltas, reconociendo que no podemos hacerlo por nosotros mismos alejados de Él, y entregarnos a su misericordia.

Inmediatamente después Jesús dijo: *“Bienaventurados los que lloran (enlutados), de corazón, porque ellos recibirán consolación”*. Cuando admitimos nuestros errores y nuestras faltas, y cuando comprendemos en toda su magnitud cuán desastrosamente hemos enredado las cosas, nuestra reacción natural es

8 Ibid.

lamentarnos. Pero, ¡ánimo! Si ponemos atención a la manera que Jesús tiene de hacer las cosas, seremos consolados.

Jesús continúa: *“Bienaventurados los mansos; porque ellos recibirán la tierra por heredad”*. Ocurrió que me costaba trabajo entender la palabra manso y reconciliarla conmigo mismo. Me parecía que una persona mansa debía ser paciente, débil, alguien a quien todo mundo pisotea. No entendía lo que Jesús quería decir hasta cuando estudié sus palabras en español. Después busqué el término griego, y hallé que la palabra que Jesús uso por “meek”⁹ no tiene traducción exacta en el inglés la palabra griega significa una actitud del corazón y de la mente. El vocablo español *manso* se aproxima bastante al sentido completo de los que dijo Jesús. En español, un ejemplo podría ser la forma en que la palabra manso se aplica a los caballos. El caballo *manso* es aquel que está perfectamente adiestrado y obedece a su jinete, y se deja guiar con solo una ligerísima presión de las riendas. No tiene que ser necesariamente un animal sin brío en absoluto, sino que puede ser un fogoso pura sangre que, sin embargo, permite que sea el jinete quien mande. Este es un buen ejemplo de lo que en realidad es la verdadera fe en Jesucristo. Él quiere que nos dejemos de estar tratando de hacer encajar a Dios en nuestros planes y, en vez de eso, permitamos que Él nos acomode en su plan maestro. Dios promete llenarnos y satisfacernos completamente si dejamos que sea Él quien gobierne en nuestras vidas.

Jesús continuó su Sermón diciendo: *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (o rectitud), porque ellos serán saciados”*. La justicia puede ser definida como “hacer lo que Dios quiere o exige”. Cuando encontramos en el Reino de Dios admitiendo nuestros problemas y renunciando a nuestro propios planes, empieza a brotar dentro de nosotros un deseo

9 La palabra griega es *Praos*.

de actuar en la forma conveniente y de hacer bien las cosas. Algunos de los pensamientos de Jesús comienzan a derramarse en nuestras mentes y empezamos a hacer lo que Dios quiere, porque es lo que nosotros también queremos hacer. En las Escrituras, Dios dice que Él quiere escribir sus mandamientos en las “tablas de nuestros corazones”. El apóstol Pablo dijo: “Que nuestra voluntad sea la misma de Jesucristo”. La vida cristiana no es un listado de cosas permitidas y cosas prohibidas para que luchemos por lograrlas o para guardarlas con nuestras propias fuerzas, sino que es una relación dinámica, vibrante y amistosa con el Creador del Universo.

Aquí tenemos el mensaje fundamental de arrepentimiento y de fe. Sabemos que luchar por abrirnos paso a través de los problemas de la vida con nuestras propias fuerzas no es la respuesta. Por otra parte, si nos conformamos con sentarnos cómodamente y no hacer nada, esperando que Dios lo haga todo por nosotros, algunas veces nos sentiremos defraudados porque nada parece realizarse. ¿Qué debemos hacer entonces? Luché durante varios años por esto mismo. Tenía el íntimo convencimiento que algo estaba haciendo falta en mi experiencia cristiana. Lo mismo estaba ocurriendo en muchas de las iglesias a las que había estado asistiendo. ¿Qué era?

¿Comienzan ustedes a vislumbrar la increíble estructura para entender la relación de causa y efecto que hace del Sermón de la Montaña una obra maestra? No es por casualidad que Jesús dice lo siguiente: *“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia”*. Yo no entendía esto hasta una noche en que empecé a recordar mi carrera de aviador. Había volado más de 4.000 horas y casi la mitad de ellas sobre la selva. A pesar de haber estado volando durante ocho años en una zona de tantos riesgos, nunca había tenido ni siquiera un accidente menor. Muchos otros pilotos se habían matado o quedado inválidos por volar en la selva. Algunos más habían

destrozado sus aviones. Incluso los pilotos misioneros que tenían uno de los mejores historiales de seguridad en Suramérica, tenían en promedio un accidente grave en cada 1200 horas de vuelo. Oré y le pregunté a Dios ¿qué estaba pasando?, ¿por qué estaba recibiendo yo un tratamiento especial? Pilotos mejores que yo habían sufrido terribles accidentes volando en la selva o en las montañas de Colombia. Tenía conciencia que no era más diestro que algunos de los pilotos que habían perecido en el ejercicio de su profesión, y que, incluso unos cuantos de ellos habían sido también mejores cristianos que yo. Insistí en pedir que Dios me respondiera. ¿Por qué había sido tratado de modo tan especial? Me había visto en mayor número de situaciones críticas que cualquier otro piloto y sin embargo, aquí estaba ileso mientras veía que otros compañeros que habían cometido un solo error, les había costado la vida.

De repente, en mi pensamiento vino el recuerdo de una escena ocurrida años atrás. Me encontraba trabajando en una casa de Mapiripán, justo antes de que papá y Ricardo hubieran llegado con el 170 por primera vez. Recuerdo mi oración al Señor y mi promesa de que nunca negaría un vuelo de caridad si se necesitara de verdad, sin tener en cuenta consideraciones financieras. Había mantenido mi promesa hecha a Dios en todos esos años. Sentí muy dentro de mí una voz tranquila que he aprendido a identificar a través de los años como la suave y delicada voz del Señor, diciendo: “Tú nunca rechazaste a quien te pedía misericordia y, por tanto, yo nunca te rechacé cuando necesitaste de mi misericordia. Incluso, cuando te apartaste del camino recto y trataste de hacer ese vuelo para Pedro, te libré del peligro y te enseñé la lección que te hacía falta”. Me sentí completamente abrumado. Durante unos contados segundos empecé a vislumbrar la importancia que tiene la misericordia para Dios. Por eso, las enseñanzas de Jesús se centran en ella; ahí está el fundamento de la misión de rescate de Jesús aquí en

la tierra. Él quiere que cada uno de nosotros obre misericordiosamente en su vida; quiere que tratemos a nuestros semejantes de la misma manera en que quisiéramos que Dios nos tratara.

Piensen en esto: ¿Cuántos cambios podría lograr una actitud misericordiosa en nuestras acciones y reacciones diarias? ¿Cuántas veces en un mismo día dejamos pasar la ocasión para obrar misericordiosamente con los demás?

Por último, Jesús dijo en su sermón: “TODAS LAS COSAS QUE QUISIEREIS QUE LOS HOMBRES HICIEREN CON VOSOTROS, ASÍ TAMBIÉN HACED VOSOTROS CON ELLOS”. A lo largo de los siglos, los hombres han llamado a esto la “Regla de Oro”. La misericordia es también la “Llave de Oro” de nuestra paz y felicidad interiores. Los guerrilleros me han quitado mi billetera, mi reloj y aun mi peinilla, y me han atado con una cuerda. Me han separado de mi familia; han destrozado mi avión; han pedido por mi rescate diez veces más el dinero que puede pagar mi familia. Sin embargo, a través de toda esta experiencia y hasta ahora, me he dado cuenta que si deajo obrar en mí la actitud misericordiosa de Jesús y me niego a permitir que mi mente se llene de pensamientos negativos, de odio, amargura, resentimiento o venganza, no habrá nadie capaz de quitarme mi paz y mi felicidad interiores, sin importar lo que hagan.

La actitud misericordiosa nos limpia el corazón, por eso Jesús dijo: *“Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios”*. Si el resultado de admitir nuestras faltas y nuestra necesidad de Dios con la actitud del “pobre de espíritu”, nos hace ver nuestra autosuficiencia y si la consecuencia de renunciar a nuestros planes y dejar que Dios dirija nuestras vidas, acercándonos a Él con actitud “mansa”, nos lleva al vehemente deseo interior de purificar nuestros actos y a obrar con rectitud, teniendo “hambre y sed de Justicia”, ¿podría ser un “corazón

limpio” el resultado final de poner por obra una actitud misericordiosa en nuestras vidas? Creo que sí.

Jesús tiene una palabra que emplea para describir a quienes ponen en práctica en sus vidas una actitud misericordiosa y dan a los demás el beneficio de la duda en lo referente a sus motivaciones íntimas. Seguidamente lo que dijo Jesús fue: *“Bienaventurados los pacificadores (reconciliadores); porque ellos serán llamados hijos de Dios”*. Parece que hubiera una tremenda escasez de reconciliadores en nuestro mundo de hoy. A medida que ustedes aprendan a utilizar la misericordia, la llave de oro, podrán ser reconciliadores en su casa con su familia o quizás en el sitio de trabajo. Si ponen en práctica las enseñanzas de Jesús en su vida podrán influir en aquellos con quienes se pongan en contacto.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (o rectitud), porque de ellos es el Reino de los cielos”. La octava bienaventuranza de Jesús termina en la misma forma que la primera. Él quiere lanzarnos en una ascendente y ambiciosa espiral de misericordia y de amor que no tenga límites y mucho más emocionante que “la Montaña Espacial” de Disney World. Él quiere ayudarnos a detener la barrena fatal en la que estamos atrapados la mayor parte de nosotros. Sus bienaventuranzas describen una maravillosa y positiva espiral ascendente de causa y efecto que puede transformarnos por completo en: “hijos de Dios”. Podemos presenciar de nuevo la creación en el momento en que Dios toma a seres humanos egoístas, orgullosos y rebeldes predestinados a la muerte y al fracaso y nos convierte en hijos suyos, en magníficas y gloriosas criaturas a las que finalmente libera de su propia condición para que podamos pasar en su compañía toda la eternidad. Jesús dice que seremos perseguidos si nos arriesgamos por aquello que creemos en lo justo. Él no nos promete un lecho de rosas en esta vida; pero sí nos ha prometido que durante nuestra permanencia en la tierra;

arrancará de raíz nuestro egoísmo, nuestro orgullo y nuestra rebeldía, si lo autorizamos para hacerlo. Algunas veces la sanidad resulta dolorosa, pero Él tiene que excavar suficientemente hondo en nuestras vidas para llegar hasta la raíz de nuestros problemas. No hay sitio en los cielos para una flaqueza humana más. La justicia y la misericordia deben ir parejas. Para aprovecharnos de la misericordia de Dios, debemos reconocer que Él es justo. Como cristianos, debemos estar dispuestos a dar a los demás el beneficio de la duda con una actitud misericordiosa; mientras, al mismo tiempo, estamos dispuestos a arriesgarnos por lo que sabemos que es justo. Debemos oponernos al mal con todos los medios legítimos de que dispongamos. ¿Pueden ustedes entender ahora por qué Jesús puede amar al pecador, pero odiar el pecado?

Mientras terminaba de mecanografiar este párrafo, uno de los guerrilleros me hizo una pregunta que incluiré en el libro. Mariano preguntó: “¿Por qué murió Jesús? ¿Si Él era realmente Dios, como usted dice, no habría sido suficiente para Él con solo habernos dejado su mensaje de misericordia y de amor? El hecho por el cual murió, según lo que usted afirma, se vuelve en contra de usted mismo y prueba que todo esto es apenas una inversión suya. Si yo fuera Dios, y hubiera bajado a la tierra como usted dice que hizo Jesús, no permitiría, que nadie me clavara en una cruz. Hubiera llamado a los ángeles y me habría defendido. Un Dios Todopoderoso nunca se hubiera dejado llevar a la muerte”.

Le respondí: “Jesús murió porque en un sentido espiritual, todos hemos sido secuestrados. Secuestrados por nuestro propio egoísmo. Nuestro orgullo no nos permite admitir que estamos equivocados. Esto nos ha conducido a revelarnos contra Dios. El egoísmo, el orgullo y la rebelión han mantenido prisionera a toda la raza humana, así como estas tres cuerdas de nailon anudados a mi cuello y a mis brazos me mantienen cautivo

aquí en la selva. Si continuamos por nuestro propio camino, moriremos y nos perderemos. Jesús vino a pagar el rescate por todos nosotros. Él vino y quebrantó el poder del pecado y de la muerte. Sí, Él murió, pero después se levantó victorioso de entre los muertos. Ahora Él está siempre listo para ayudarnos con los problemas de la vida. Si ponemos nuestras vidas bajo su autoridad, dentro de su reino, Él soltará nuestras manos de todos los problemas a los que insistimos en mantenernos afe-rrados. Somos como el estudiante de aviación que entra en una barrena fatal. El aterrorizado novato no puede soltarse de los controles ni siquiera para salvar su propia vida. Cuanto más tire de las palancas, tratando de ir hacia arriba, tanto peor se vuelve la barrena y más rápido pierde altura. Jesús es como el experto instructor de vuelo que le arrebató los controles al aterrorizado aprendiz y pronto tiene al avión subiendo sosegadamente, otra vez a una altura conveniente. Luego, permite que el estudiante ensaye de nuevo. Ahora, si este continúa forcejeando con el instructor por el dominio de los controles, solo quedan dos alternativas: aterrizar el avión y decirle al novato que se busque otro para que le enseñe, o que el instructor permita que su alumno cometa otro error con la esperanza de que se asustará lo suficiente para que ponga atención a lo que está tratando de enseñarle. Afortunadamente, parece que Jesús tiene mucha más paciencia que la mayoría de los instructores de vuelo que he conocido.

Terminé el capítulo décimo de este libro en el cuadragésimo día de mi cautiverio. Envíe el manuscrito mecanografiado a Manuel, que se encuentra en otro campamento, por intermedio de Vicente. El capítulo octavo ha sido escrito de nuevo, y otras partes del libro han sido corregidas o abreviadas, pero, hasta aquí es esencialmente la misma obra que envíe a Manuel, pues, he hecho todo lo posible por mantener el texto tal como era. Si ustedes no están de acuerdo con algunas de las cosas de este

libro, recuerden que fue escrito en un campamento guerrillero, algunas veces pienso que hay dos mundos: uno espiritual y otro físico. De vez en cuando, mientras existimos en el mundo físico vislumbramos el venidero. Ahora bien, nos parece que este mundo físico en el cual vivimos es el mundo real, pero algún día desaparecerá y nos veremos cara a cara con la realidad: Dios mismo. Todos nosotros seremos requeridos para que rindamos cuentas a nuestro Creador, el Rey del Universo. ¿Está usted preparado para encontrarse frente a frente con Él?

Octubre 25, 1983.

Me sorprende observar que mi permanencia en este campamento guerrillero esté afectando profundamente mi vida. Desde el momento en que empecé a considerar esta experiencia como una oportunidad en vez de un desastre, han ocurrido muchas cosas positivas. Hace un mes pensaba que lo sabía todo, que tenía la razón en un ciento por ciento, mientras que los guerrilleros estaban equivocados totalmente. Ahora puedo juzgar mi vida con más objetividad y aun aprender de cuando en cuando, algo de los guerrilleros. Jaime y Manuel son los que más me han enseñado, pues es a través de mis experiencias con ellos como he tenido el testimonio que las enseñanzas dadas por Jesús en el Sermón de la Montaña tienen plena vigencia en la actualidad. En esta difícilísima situación, he experimentado una feroz lucha interior sobre la forma como debería reaccionar ante mis captores. A medida que he ido aprendiendo a dejar a un lado mis propios planes e ideas y a confiar en los planes de Jesús, están sucediendo muchas cosas emocionantes.

He tenido la íntima convicción, desde el comienzo de mi cautiverio, de que Dios tenía un propósito al permitir que yo fuera secuestrado. Posiblemente quería que yo diera testimonio de Él en medio de esta agrupación marxista y atea. Este sentimiento estaba asociado con otro profundamente depresivo

cuando pensaba en el tiroteo allá en el platanal y en la mentira que le dije a Jaime sobre mi arma, poco después de haber sido capturado. Quizás había echado a perder las cosas de tan mala manera que me sería imposible influir positivamente acerca de Dios en mis captores.

Mi reacción inicial, casi subconsciente, hacia el secuestro había sido la de mentir primero, y luego de trata de evadirme a tiros. Durante años le había estado diciendo a Dios que Él era el Rey de mi vida y luego, cuando me encontré frente a una situación difícil ¿Qué fue lo que hice?, recurrí a la mentira y a la violencia, sin siquiera consultárselo a Él. ¿Qué tal que Dios haya permitido mi secuestro con algún propósito? Si Él me ha enviado a este campamento guerrillero como su mensajero de la Verdad y de la Paz, entonces, no podía haber fallado más miserablemente desde el principio.

A medida que ha ido transcurriendo los días de mi cautiverio, he aprendido otra lección importante. Me doy cuenta de que si me adentro en el espíritu de las bienaventuranzas con la actitud del “pobre de espíritu” y admito mis faltas y errores, Dios puede utilizar mis peores equivocaciones para el bien. Estoy descubriendo que una persona no tiene que ser perfecta para obrar efectivamente en servicio de Dios, pero tenemos que ser honrados. El hecho de haber admitido mi error al mentirle a Jaime sobre mi arma, ha causado un profundo efecto sobre mis captores; sin embargo, no he tenido mucha suerte para convencerlos de mis opiniones cuando nos enfrentamos en debates de carácter de tipo ideológico. Se sienten impresionados cuando les hablo sobre mis errores, mis problemas y la manera como ha intervenido Dios en mi vida, una y otra vez, para darme su ayuda. Les he manifestado con sincera convicción que no creía que Dios hubiera hecho tantas cosas en mi vida, como cuidarme, protegerme y enseñarme pacientemente muchas lecciones importantes, solo para abandonarme ahora.

Siento la seguridad que Dios me ayudará para salir con bien de esta experiencia.

El libro ha causado impresión en algunos de mis captores. Jaime acababa de decirme que siempre había lamentado el haberme secuestrado. Él está haciendo cuanto puede por serme agradable. En persona construyó un escritorio para que yo trabajara, y lo arregló colocándole una carpa encima para que pueda escribir aunque llueva. También ha dado órdenes para que yo pueda pedir lo que quiera para comer y cuando lo desee, incluso de noche. Todavía permanezco atado con la cuerda de nailon, pero algunas veces viene él mismo y me las quita por las tardes. Me ha dicho que tiene órdenes estrictas de Vicente para que me mantenga atado, pero que mientras él esté presente, puede dejarme suelto. ¡Gran Dios, qué bueno es sentirse libre de esa cuerda!

Arnuval parece estar triste y deprimido. Cuando tiene el turno de guardia casi no habla y se limita a sentarse con la cabeza agachada. Ayer le pregunté si había algo que lo estuviera preocupando. Se quedó pensativo por un momento y luego expresó que desearía poder ser cristiano como yo. Dijo: “Creo que usted está en lo cierto, pero me comprometí muy seriamente con la guerrilla cuando me uní a ella. Si me echo para atrás en mi juramento de lealtad para con ellos, pueden matarme. He estado reflexionando sobre todo esto y me parece imposible que puedan reconciliarse las enseñanzas de Jesucristo con la ideología marxista. Por ahora tendré que seguir siendo guerrillero. Es una lástima que no lo hubiera conocido a usted antes. “Me miró tristemente y no volvió a dirigirme la palabra por el resto de las tres horas que faltaban para el cambio de guardia.

Posteriormente me enteré que a cada nuevo miembro de la guerrilla se le tomaba sobre la espada de Simón Bolívar¹⁰ (robada

10 Museo Quinta de Bolívar, Bogotá.

de un museo) un juramento de lealtad a la ideología del marxismo internacional, que termina con la fórmula: “Lucharemos hasta morir contra los yanquis, enemigos de toda la humanidad”. La misma fórmula ha sido también incluida en el himno nacional sandinista de Nicaragua. Cualquier integrante de una célula guerrillera marxista que desee abandonar el movimiento y no seguir participando en la violencia como la solución para los problemas del Tercer Mundo, es calificado como traidor y perjurio. Muchos individuos sinceros y bien intencionados que se unen a las filas de la guerrilla marxista, se encuentran allí conque los jefes solo están interesados en mantener su autoridad personal, en lugar de preocuparse por el bienestar de la gente del pueblo. Desafortunadamente, cuando el nuevo guerrillero hace este descubrimiento, se encuentra atrapado e imposibilitado para abandonar el movimiento sin que le sigan la pista hasta darle muerte.

He estado orando por mis captores toda la noche. Empecé pidiendo que uno de ellos quisiera entrar en el Reino de Dios, pues tengo el convencimiento de que si tan solo uno llega a conocer a Jesucristo y practica en su vida las bienaventuranzas, toda esta experiencia habrá valido la pena. También he estado orando para que Dios me oriente sobre qué camino tomar en esta situación. ¿Debería tratar de escaparme de nuevo, o simplemente quedarme tranquilo y dejar que, Él se preocupe por devolverme a casa sano y salvo? No quiero volver a cometer una equivocación más, por lo cual estoy pidiendo a Dios que ilumine mis pensamientos sobre lo que debo hacer.

Cuando cumplí 36 días de cautiverio, me despertó una radiante luz que brillaba ante mis ojos. Era tan clara y penetrante que solo pude resistirla cuando mis ojos se acostumbraron a su resplandor. Al principio pensé que se trataba del guardián que estaba alumbrándome con su linterna, pero luego me di cuenta que era una estrella que fulguraba pro un orificio entre

los árboles. Le pregunté la hora al guardián y este me replicó que eran las cuatro de la madrugada. Insistí para que me diera la hora exacta, “las cuatro, cero, cero” replicó.

Miré la estrella y no podía creerlo. Allí estaba, brillando por un huequito a través de los árboles, en el ángulo preciso para alumbrar por debajo de la carpa que cubría mi hamaca y darme exactamente en medio de los ojos a las 4:00 A.M., además mi hamaca está colocada de tal forma que mi cabeza quedó en el sitio justo para poder ver la estrella. A los cinco minutos desapareció detrás de los árboles. En mi concepto se trataba de Venus, la estrella de la mañana.

Hoy se cumple el trigésimo octavo día de mi permanencia aquí. Allí recibí una Biblia y una carta de mi casa, junto con otras cosas. Anoche tuvimos una tempestad de truenos y me aproveché del ruido del viento y de la lluvia para cantar a pleno pulmón, metido dentro de la hamaca sin que el guardián pudiera oírme. Así permanecí despierto toda la noche, esperando ver de nuevo la estrella a las cuatro de la madrugada. Fue una terrible tormenta. Los relámpagos brillaban muy cerca de nuestro campamento, y muchas ramas secas caían crujiendo al suelo produciendo un ruido aterrador en medio de la noche. El viento silbaba por entre las copas de los árboles gigantescos, y podía sentir que la hamaca se estremecía con el movimiento de un lado a otro de los dos árboles a los cuales estaba colgada. No podía dejar de pensar en la estrella. Era hermosa. Puedo recordar que en el libro del Apocalipsis, la Estrella de la Mañana está prometida a los vencedores, así que he estado orando y pidiéndole a Dios que me convierta en un vencedor.

El cielo se aclaró y la lluvia cesó en las primeras horas de la madrugada. Al fin apareció la estrella, se elevó en el horizonte con un brillo resplandeciente y fulguró por entre el pequeño agujero a través de los árboles, en la parte más baja del cielo. Le pregunté la hora al guardián y me contestó que era exactamente

las 3:00 A.M. Tenía que verla mejor, por lo que le dije a mi vigilante que me urgía levantarme para hacer una necesidad y me alargó los zapatos. Con la mirada fija en el astro me puse de pie y al hacerlo sin darme cuenta golpee la carpa con la cabeza. En el extremo más bajo de la carpa se había acumulado mucha agua debido a la lluvia, y toda esa agua fría me cayó encima. Javier, que estaba de guardia, se unió a la risa que nos causó a ambos, mí “ducha automática”. Al cabo de un rato se ocultó la estrella detrás de los árboles y volví a meterme a la hamaca.

Una hora después, a las 4:00 A.M. reapareció en el hueco más grande donde la vi ayer. Le dije a Javier que tenía que volver a levantarme, y me dio permiso para hacerlo. Me calcé y me puse de pie y, aunque no me lo crean, golpeé de nuevo la carpa con la cabeza y recibí otra dosis de agua fría en el cuello comencé a reírme pero de repente, dejé de hacerlo. Había quedado empapado con el agua de la carpa la primera vez y, desde entonces, no había vuelto a llover. ¿De dónde diablos había salido el agua para ese segundo chapuzón?

Contemplé esa grande y hermosa estrella. Su brillo era varias veces mayor que del que yo pudiera recordar y haber visto antes en la estrella de la mañana. Su luz no era suave y pálida como la de la luna, sino nítida y concentrada; una luz que parecía penetrar directamente en mi cerebro. ¿Era esta la famosa “Estrella de David”? ¿Podría parecerse a la que guió a los Reyes Magos hasta el pueblo de Belén para dar testimonio del nacimiento de Jesucristo hace ya tantos años?

Mientras permanecía allí de pie en absorta y embelesada contemplación, observé que otra estrella se había elevado en el horizonte siguiendo exactamente la misma trayectoria de la primera. Era pequeña, de luz débil y se encontraba ahora en el agujero pequeño por donde había aparecido la estrella matutina a las 3:00 de la madrugada. Estaba fascinado con todo esto. Pocos minutos después surgió el horizonte el pálido y rojizo

resplandor de la aurora. Tan pronto como hubo luz suficiente para leer, abrí la Biblia. Esto me ocurría por primera vez en todo este tiempo. El libro se abrió en el Capítulo 22 del Apocalipsis, y parecía que las palabras saltaran directamente de la página hacia mí: YO SOY LA RAÍZ Y EL LINAJE DE DAVID, Y LA ESTRELLA RESPLANDECIENTE Y DE LA MAÑANA. Y EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA DICEN: VEN. Y EL QUE OYE, DIGA: VEN. Y EL QUE TIENE SED, VENGA; Y EL QUE QUIERE, TOME DEL AGUA DE LA VIDA GRATUITAMENTE.

Estaba completamente abrumado. Las cosas empezaban a llegar a su punto y por fin entendía la lección objetiva de esa mañana. La estrella matutina es un símbolo del mismo Jesús. Él quiere hacer partícipes a los vendedores de su propia Persona, y no se contenta con darles simplemente a Venus como un regalo. La lección estaba ahora muy clara: si yo iba a seguir a Jesús de la misma forma en que la débil y pequeña estrella había seguido exactamente la misma trayectoria de la estrella matutina, recibiría el “agua de la vida”, gratuitamente. De hecho, recibí una doble dosis justo sobre mi cabeza como para asegurarse de que yo lo entendiera bien. ¡Estaba asombrado! Había orado pidiéndole a Dios que me guiara y me hubiera contentado con un sueño o alguna pequeña señal. Pero Él respondió a mi oración valiéndose de enormes cuerpos celestes para que brillaran a través de una tupida cubierta de hojas, en el ángulo preciso y en el momento exacto para que me dieran justo en medio de los ojos con su penetrante rayo luminoso a las 4:00 de la madrugada, mientras estaba acostado en mi hamaca, ¡y me despertaran! La selva es tan espesa que normalmente es imposible ver una estrella desde ningún ángulo y mucho menos, tratar de hacerlo estando bajo la carpa azul que los guerrilleros habían colgado sobre mi hamaca.

Una felicidad y una alegría inmensas empezaron a brotar dentro de mí. Dios tenía bajo control esta situación y también

a todo el universo, por si acaso. Estos guerrilleros no eran nada comparados con Él. Nancy acababa de llegar y me sirvió un pocillo de café. Empezaba a contarle sobre la estrella, cuando de repente, me quedé sorprendido al observar una Estrella de David de seis puntas que colgaba de la cadena de oro que lucía en el cuello. ¿Cómo pudo ocurrir que no me hubiera dado cuenta de eso antes?

Mientras sorbía mi café, me preguntaba acerca de la oración en la que le pedía a Dios que rescatara a uno de mis captores. ¡Qué oración más estúpida! Debería estar pidiendo por una victoria total. Debería estar orando para que Dios juzgara conveniente rescatara a todos ellos de la perniciosa barrera en la que se encontraban atrapados. De ahora en adelante esta será mi oración.

Septiembre 22 de 1983

Hoy se cumplen 40 días de mi cautiverio. Esta madrugada también vi la estrella a las 4:00. Anoche hubo luna llena. Me emocioné al ver cómo la luna se ocultaba mientras salía la estrella de la mañana. He estado pensando en esto todo el día: Cuando anochece no podemos ver el sol, pero la luna puede todavía reflejarnos la luz solar. En esto veo un paralelismo espiritual. En el mundo hay mucha gente que está viviendo hoy en la oscuridad espiritual, pues no han desarrollado las facultades de su espíritu y por tanto, les resulta imposible percibir a Dios. Jesús dejó a sus discípulos un nuevo mandamiento justamente antes de su ascensión, les dijo: “Que os améis unos a otros, como os he amado, que también os améis los unos a los otros. En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos”.

Como cristianos, podemos reflejar algo del amor de Dios hacia aquellos que están viviendo en las tinieblas espirituales. Así como la luna esta siempre creciendo o menguando, del mismo modo los cristianos nos hacemos más o menos eficaces

para Dios. Esta mañana, mientras me paseaba de un lado a otro hasta donde la cuerda de nailon me lo permitía, llegué a la conclusión de que lo que Dios estaba buscando realmente en mi vida era la expresión de mi “libre albedrío”. Durante un rato luché con esta idea. Me parecía que si le entregaba a Dios toda mi capacidad decisoria, dejaría de existir como individuo. Pensé en la forma equivocada cómo quería evadirme de este campamento guerrillero para ver de nuevo a mi esposa y a mi hijita. Si no dejaba que Dios tomara todas las decisiones de aquí en adelante, podía suceder que nunca más volviera a verlas, que nunca saliera con vida de este lugar. Podía pensar en muchos cristianos que hubieran preferido el martirio, pero lo que yo deseaba era escaparme de los guerrilleros tan pronto como se presentara una buena oportunidad. Sin embargo, pensé, alguien que puede disponer que inmensos planetas brillen a través de agujeritos entre los árboles con el solo propósito de darme una lección, tiene que saber qué es lo que está haciendo. Oré y le dije a Dios que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que a Él le pareciera bien. Le dije que podía hacer conmigo lo que quisiera y que confiaba completamente en Él. Entonces, me invadió una gran sensación de paz.

Ha quedado claro que mi trabajo de ahora en adelante será el de preocuparme por hacer y decir lo que Dios quiere que haga y diga en este campamento. El trabajo de Dios será el de preocuparse por mi seguridad y por devolverme a casa cuando mi misión aquí haya terminado. Si me matan, fue porque Dios lo decidió así. Además, puesto que estoy trabajando para Él, confiaré en que cuidará de mi esposa y de mi niña, y yo no me preocuparé más por ellas.

Hoy a mediodía he terminado de mecanografiar este libro para Manuel. Tiene exactamente 40 páginas escritas por ambos lados, a un solo espacio. Estoy empezando a preguntarme sobre todos estos números cuatro y cuarentas, que me han impresionado

desde el comienzo de este secuestro. La estrella de la mañana continúa despertándome a las 4:00 A.M.; hoy, a las 4:00 de la tarde, cayó un rayo en nuestro campamento, justo en medio de Jaime y Elkin. Ambos estaban aturdidos e, incluso, Jaime olía un poco a quemado. El fuerte olor a ozono quedó flotando en el aire y la descarga eléctrica tumbó una rama seca que cayó sobre mi escritorio desgarrando la carpa, por lo que he tenido que trasladar la hamaca para no mojarme.

Volviendo al tema del número cuatro, leí en el libro del Génesis que en el cuarto día de la creación, Dios creó el sol, la luna y las estrellas. En mi versión española de la Biblia dice que las estrellas fueron creadas para anunciar fechas y acontecimientos especiales. ¿Puede ser el cuatro un número celestial? Estos pensamientos se agolpan en mi mente. ¿Y del número 40 qué? Pienso en Moisés y en los diez mandamientos. ¿Puede el número 10 simbolizar la justicia de Dios? 40 es igual a cuatro veces 10. ¿Puede el número 40 simbolizar la justicia Divina, como cuando llovió durante 40 días y 40 noches, y el único que se salvó del diluvio fue Noé porque escuchó a Dios y construyó el arca? ¿Es por la justicia divina por la que yo he permanecido 40 días en este campamento guerrillero separado de los seres que amo? ¡Un momento! Jesús dijo lo que debíamos hacer: *“Así que, todas las cosas que quisieréis que los hombres hicieren con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley (de Moisés) y los profetas”*. Jesús identificó sus enseñanzas acerca de la misericordia con la “Ley de Moisés”. ¿Podría el número 40 simbolizar también la misericordia divina, como cuando el rey David reinó sobre Israel durante 40 años y trajo la paz y la prosperidad a la tierra? ¿Es este secuestro realmente una prueba disimulada de la misericordia divina para conmigo? ¿Ha decidido Dios tener misericordia de mí y enseñarme así muchas cosas que yo podría haber aprendido bajo circunstancias normales?

Mientras cae la lluvia, y continúo pensando, comprendo que realmente no existe límite alguno para lo que Dios puede hacer sirviéndose de esta experiencia. Empiezo a reírme para mis adentros, pues esto comienza a parecer como si los guerrilleros me hubieran hecho un favor al secuestrarme. ¡Esta experiencia es una tremenda oportunidad para aprender importantes lecciones que nunca hubiera aprendido en un millón de años de existencia normal! Para colmo de dichas, tengo una oportunidad de perlas para influir benéficamente en muchos de estos jóvenes guerrilleros.

Ahora estoy pensando en la pequeña y débil estrella que apareció en el horizonte y que seguía la misma trayectoria de Venus, la estrella de la mañana. Venus, el planeta del amor, brilla primero a través del orificio pequeño que está cerca del horizonte entre los árboles a las 3:00 de la madrugada; luego, aparece a las 4:00 por entre el agujero más grande y más alto, mientras que la otra estrellita se deja ver por el agujerito de abajo. Me estaba preguntando si el número tres también sería significativo, así que abrí la Biblia en el capítulo primero del Génesis y leí que Dios creó todos los árboles frutales y las plantas con semilla en el tercer día. ¿El número tres simboliza acaso la fertilidad en la Biblia? Recuerdo que Jesús empezó su ministerio cuando tenía 30 años y murió a los 33. Me maravilla leer la Biblia y encontrar que cada pequeño detalle parece tener significado espiritual, a lo que se agrega el hecho de que la Biblia es un libro históricamente exacto. Tengo la nítida impresión de que si mantengo mi mirada fija en Jesús y lo sigo exactamente como esa pequeña y débil estrella sigue la misma trayectoria de la estrella de la mañana, mi vida también fructificará.

Varios días después:

He estado pensando en la trilogía de J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*. A medida que doy rienda suelta a mi imaginación y

me escapo de la realidad para vagar por el mundo de la fantasía de la Tierra Media de Tolkien, me asombra observar algunas semejanzas sorprendentes con nuestra actual situación mundial. Una oscura sombra amenazadora y siniestra está cobrando fuerza y poder por todo el globo terrestre, exactamente como sucede en la novela de Tolkien. Las fuerzas del mal se concentran en lugares apartados y tenebrosos de toda la superficie de nuestro planeta, esperando, aguardando su momento. El mundo occidental se ha dejado arrastrar complacientemente por el sueño y no ha considerado seriamente la amenaza que nos está enfrentando.

Mientras sigo reflexionando, sumido en profunda meditación, trato de trasponer mi propia situación a la Tierra Media de Tolkien. Si realmente yo viviera en la Tierra Media, fantaseo, entonces mis captores se llamarían “orcos” en vez de guerrilleros, y trabajarían para el tenebroso Señor de Mordon, en lugar de hacerlo para la KGB y la Unión Soviética.

En la fantasía de Tolkien, el verdadero rey, regresa y lucha contra el mal. Sin embargo, el poder del mal no es destruido por la fuerza. Las fuerzas del bien, conducidas por el verdadero rey, están a punto de ser derrotadas cuando, de repente, el portador del anillo termina su búsqueda. El anillo del poder del Señor Oscuro es lanzado dentro de su propia montaña del destino, produciendo la completa y absoluta ruina de todo su maligno poder.

En la Biblia hay algunas señales de que quizás nuestro mundo pueda tener un final parecido. El verdadero y legítimo Rey de esta Tierra, Jesucristo, ha prometido que regresará algún día para enderezar este mundo. La Biblia también insinúa que el mal se volverá de algún modo contra sí mismo y ayudará a su propia destrucción. Me pregunto, ¿qué pasaría si más gente pasara un día de ayuno y oración, pidiéndole a Jesucristo que regrese, por favor, y sea el verdadero Rey de este mundo? ¿Qué

pasaría si el Papa Juan Pablo II y otros líderes religiosos hicieran un llamamiento para realizar un día mundial de oración y ayuno en el cual pudiéramos todos admitir colectivamente, como miembros de la raza humana, nuestras fallas y pedirle a Dios que haga Él los planes para nuestro mundo de ahora en adelante?

Algunas veces me siento deprimido por mi situación y por el rumbo que está tomando el mundo. Todo parece tan desalentador. Toda la humanidad ha entrado en una barrena fatal, y el terrible final quizás no esté muy lejano. Este mundo parece dirigirse ya a un horrible holocausto nuclear o bien a ser engullido por el consumismo ateo y totalitarismo. Cada año hay menos libertad y más armas atómicas. ¿No sería terrible que el último monumento erigido al egoísmo humano, al orgullo y a la rebelión contra Dios fueran los restos carbonizados de este planeta flotando en el espacio por el resto de la eternidad, después de que el hombre literalmente haya borrado por completo a la raza humana de la faz de la tierra y destruido todo con las armas atómicas?

Pero, ¡un momento! ¿Qué pasaría si el holocausto nuclear no fuera la peor cosa que pudiera pasarle a la raza humana? ¿Qué pasaría si el vértice de nuestra barrena humana hubiera sido alcanzado ya hace muchos años cuando los hombres, en verdad, juzgaron, condenaron, torturaron y dieron muerte al mismo Dios? Jesús resucitó de entre los muertos, quebrantando el poder de la muerte. Antes de su ascensión, Él prometió enviarnos poder de lo alto. Prometió enviarnos su Espíritu Santo. Él cumplió esta promesa el Día de Pentecostés y, literalmente, empezó a compartir su victoria y su poder con cualquiera que se una a Su reino y llegue a ser un verdadero cristiano.

Estoy recordando ahora esos versículos del libro de Malaquías que cautivaron la atención de Ricardo hace ya tantos años. Es como si estuvieran en clave, teniendo un significado tanto espiritual

como literal. De pronto, yo puedo descifrar la clave espiritual, y el mensaje descubierto me llena de asombro: Acuérdate de la “Ley de Moisés” y antes de que llegue el fin, enviaré el “Espíritu de Elías”, y “él convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; para que yo no venga, y hiera con destrucción la tierra”. (Malaquías 4:4-6).

Jesús dijo: *“Así que, todas las cosas que quisiereis que los hombres hicieren con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley (de Moisés) y los profetas”*, identificando sus enseñanzas de misericordia con la “Ley de Moisés”, o la justicia de Dios. Malaquías, literalmente significa en hebreo “mi ángel” o “mi mensajero”. Lo que Dios está diciendo realmente a través de Malaquías, su mensajero, es que si dejamos obrar en nuestras vidas una mentalidad misericordiosa y ponemos en práctica la Regla de Oro de Jesús, Él nos enviará el “Espíritu de Elías”. Elías significa literalmente en hebreo: “Espíritu de Dios”. En otras palabras, la misericordia es la clave para recibir el Espíritu Santo de Dios y permitirle que fluya a través de nosotros y reconcilie nuestros problemas familiares. Jesús también dijo: *“Bienaventurados los pacificadores (reconciliadores); porque ellos serán llamados hijos de Dios”*. Creo, de verdad, que Dios se propone reconciliarnos, ¡haciéndonos partícipes de su propia familia! Entonces, ¿no será necesario que Él destruya nuestra tierra! Dios nos está ofreciendo una salida. Nuestro mundo no tiene por qué terminar en un completo fracaso.

Moisés recibió los diez mandamientos y, en la Biblia, él es el símbolo de la justicia de Dios. Moisés fue un gran hombre, pero cometió un pequeño error, y Dios no le permitió cruzar el río Jordán (símbolo de la muerte) y entrar en la tierra prometida. Ninguno de nosotros da por sí mismo la medida de la perfección, y todos estamos condenados a morir. Ninguno de nosotros puede medirse por sí mismo con los patrones de Dios.

¿Recuerdan al profeta Elías? Él fue quien hizo bajar fuego

del cielo y el que dividió el río Jordán con su manto y lo cruzó a pie seco. Elías es el símbolo de la fidelidad de Dios y ni siquiera murió, pues subió al Cielo en un “carro de fuego”, a donde fue arrebatado en un remolino de viento.

¿Cómo podemos tender un puente para salvar la distancia que hay entre Moisés y Elías? ¿Cómo podemos satisfacer la justicia de Dios? ¿Cómo podemos recibir la ayuda sobrenatural y el poder de Dios? Jesucristo es la respuesta. En la transfiguración, Jesús estuvo entre Moisés y Elías. Jesús es el símbolo de la misericordia de Dios, Él dijo: “El que se niega a perdonar, destruye el puente sobre el cual tiene que pasar”¹¹ Jesús bajó a la Tierra y tuvo misericordia de nosotros sirviendo de puente entre Dios y nosotros. La muerte de Jesús fue simbólica.

El triple tema de la justicia, la misericordia y la fidelidad de Dios, está entretejida en la Biblia de principio a fin, y se resume en el Apocalipsis cuando la Trinidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, que son la personificación de la justicia, la misericordia y la fidelidad, luchan contra los perversos. Los villanos, o el Trío Terrible, como los llamo yo, que son el egoísmo, el orgullo y la rebeldía, representados por Babilonia, la prostituta; el falso profeta y la bestia. Se dice que el dragón (Satanás) les ha dado todo su poder. Al final del libro, el falso profeta y la bestia acaban con la prostituta; y luego, ambos son arrojados en un lago de fuego y destruidos.

No me propongo quitar mérito a la interpretación literal de este libro, pero identificando apropiadamente los personajes con su sentido simbólico espiritual, logramos una descripción de la lucha que está librando en el interior de cada uno de nosotros. El propósito de Dios al hacernos pasar por esta existencia corporal es el de destruir nuestro egoísmo, nuestro orgullo y nuestra rebeldía dentro de nosotros.

11 Mateo 6:15 (paráfrasis).

En el Antiguo Testamento, el profeta hacía sonar una trompeta siempre que tenía alguna noticia o algún mensaje que el pueblo debía escuchar. En el libro del Apocalipsis, Juan habla de una última trompeta que sonará para anunciar el fin del mundo. Después de más de 1950 años, las palabras de Jesús no han caído en el olvido; por el contrario, adquieren más fuerza y más claridad con el tiempo. Piensen en ellas. Todavía nos queda un poco más de tiempo, mientras que ecos de la última trompeta de Dios permanezcan en el aire llamando a los hombres al perdón y a la misericordia, en lugar de a la violencia y al terrorismo; llamándonos para que despertemos y nos reconciliemos, en lugar de dejarnos llevar por el odio y el rencor.

Uno de los más útiles motivos de conflicto dentro de las iglesias cristianas es el relativo a si los cristianos pasarían o no por la tribulación. Desde mi actual posición no me parece que valga la pena discutir sobre eso. Todo cristiano de verdad, desde el principio hasta el fin de los tiempos, ha pasado por tribulación. Más tarde o más temprano, la fe del verdadero cristiano pasará por la prueba del fuego, tal como me está sucediendo a mí en este campamento guerrillero. La Biblia dice que la madera, el heno y la hojarasca de nuestras vidas serán consumidos por el fuego que purifica el oro, la plata y las piedras preciosas. En Norteamérica no existe tanta persecución como sucede en muchos otros países del mundo actual, pero todavía es posible que los cristianos pasen por el fuego de la tribulación. Conozco a muchos cristianos que se están debatiendo con un cáncer, o con dificultades financieras, o con algún otro problema que han puesto a prueba su fe hasta sus mismas raíces.

Los números tienen mucho simbolismo en la Biblia, especialmente en el libro del Apocalipsis. Estaba intrigado con el número 666, que es la “marca de la bestia”. Seis, por supuesto, es el número del hombre, porque fue creado en el sexto día de la creación. En la Biblia, el 100 es símbolo del plan de Dios.

Noé gastó 100 años construyendo el arca, según los planos y especificaciones dados por Dios. Abraham tuvo a Isaac cuando tenía 100 años de edad, y así sucesivamente. Ahora bien, $33 \frac{1}{3} \times 3 = 100$. Recuerden que el tres es el símbolo de la fertilidad. Los planes de Dios son fecundos de cualquier manera que se descompongan sus factores. Por tanto, 600 simbolizaría los planes del hombre; el diez representa la justicia (los Diez Mandamientos), o la misericordia (Jesús dice que la Regla de Oro equivale a la Ley de Moisés); luego, 60 sería la justicia o la misericordia del hombre. El primer día de la creación dijo Dios: “*Sea la luz*”. El número uno simboliza la luz. En conclusión, el 666, en el simbolismo espiritual de la Biblia, sería los planes del hombre según su propia ley, iluminados por la luz del mismo hombre; o sea, que es la “marca de la bestia” o la marca de la rebelión contra Dios.

Es interesante observar que tanto el “humanismo secular” que prevalece en las democracias occidentales, como el marxismo ateo que rige en los países comunistas, incluyen en la creencia fundamental de que la humanidad es capaz de resolver sus propios problemas sin la ayuda y la dirección de Dios.

Señor familia Stendal.

E. S. M.

Respetado amigos ~~presentes~~ que con el mayor
respeto que se merece llega a sus destino en cordial
y amistoso saludo deseando y haciendo votos por que
nuestros negocios sean un éxito para que no sea
ni de parte de uds. ni de nuestra parte una traba.
Y no poner desagrados en lo que nos proponemos.
un tan interesado negocio.
Así señor Stendal que nuestro interés no ha sido
el de causarle perjuicios sino de que nuestros negocios
sean una realidad sin precedentes desorbitantes.
Nosotros como interesados en tal negocio queremos una
vez mas verlo finisero. que cuando lo digamos que
tal sea una buena exigencia lo digamos por que
lo como sea. tus capardos económicos. pero para que
uds. vean que si nuestro interés es el de negociar
no permitiremos ponerle el mismo peso y la misma
exigencia que tal sea y tal fecha. corresponde a
tal sensatez. y seriedad que tenemos, pero si no se
cuenta por la pena de comunicales que no.
Respondereis por la vida del señor. Martin.

La exigencia última es de 12 M. millones y el plazo es al
el día 25 de D. octubre

Cordialmente Captain

Esta fue la última nota sobre mi rescate recibida por mis padres, en la cual mis captores amenazan con matarme en Navidad si no se satisfacen sus exigencias. Hubo otras muchas cartas y la negociación se realizó en el acostumbrado estilo giloso y amenazante.



Recuperando el tiempo perdido. Foto de Chad Stendal

Comenzaron a cantar todos ellos dándome una serenata con vallenatos

Junio 26, 1984 Ketchican, Alaska

Finalmente, fui dejado en libertad por los guerrilleros el 2 de enero de 1984, después de 142 días de cautiverio. De manera increíble y muy feliz de mi regreso a casa, al día siguiente coincidió, con el vigésimo aniversario de la llegada de nuestra familia a Colombia, el 3 de enero de 1964.

Mientras escribo esto, estoy mirando hacia el puerto de Ketchican. Hoy han llegado tres enormes cruceros, inundando de turistas esta ciudad. Gran número de barcos de pesca y embarcaciones de placer se mueven de un lado para otro en todas direcciones. De vez en cuando, puedo ver un hidroavión que acuatiza o despegar y, al fondo, diviso las montañas cubiertas de nieve. Las escarpadas costas están cubiertas con montones de palos arrastrados hasta allí por las tormentas de invierno. Ayer regresé de un viaje de tres días en barco alrededor de la isla de Ketchican. Fueron unos magníficos días de esparcimiento con mi familia. Me deleité observando los osos pardos y negros, las focas y las morsas en su medio ambiente. Es algo maravilloso estar libre y poder gozar de un país tan hermoso. Ahora estoy en condiciones de apreciar en su justo valor muchas de las cosas que en otro tiempo tomé como algo poco digno de atención.

Tengo la esperanza de que nosotros, los cristianos, tengamos el valor, la fuerza y la determinación de preservar nuestra fe aunque estemos pasando por momentos difíciles.

Después de que hube terminado el libro para Manuel, al cumplir los 40 días de cautiverio, pude disponer de mucho tiempo libre en los 102 días restantes. A los 67, fui transferido al cuartel general y campo de entrenamiento de la guerrilla, situado río arriba. En ese lugar había centenares de guerrilleros y tuve la agradable sorpresa de que Manuel se encontraba entre ellos. Se me acercó sonriendo y me agradeció el envío del libro. Su herida había sanado completamente e, incluso, ¡podía cargar nuevamente su morral! Mi asombro fue grande al descubrir que me había convertido en una celebridad en el campamento guerrillero. Manuel les había estado mostrando orgullosamente el libro a sus camaradas, y muchos de ellos lo habían leído. Todos están intrigados con la historia de mi ataque armado contra Manuel y nuestra posterior e increíble amistad. Parecía que la mayor parte de los hombres me admiraban y respetaban, y muchos de ellos se me acercaban en su tiempo libre para charlar conmigo, pidiendo mi opinión sobre muchos asuntos y, algunas veces, franqueándose y contándome problemas íntimos.

Mi estado de ánimo era óptimo, y para el día 75 de mi cautiverio ya había conseguido, incluso, que Jaime y Vicente me quitaran la cuerda y me permitieran andar suelto dentro de ciertos límites del campamento. Mis infalibles guardianes se paseaban simplemente conmigo. De vez en cuando, varios guerrilleros venían durante el día hasta donde yo me encontraba para conversar y hasta para consultarme sobre temas que iban desde problemas médicos hasta asuntos de balística. Todavía me ataban de noche, pero habían empezado a tratarme más como a un costoso animal doméstico que como a un prisionero.

Todo esto parecía demasiado bueno para ser verdad. Durante

ese periodo mis captores se negaron a comentar sobre la negociación que estaba llevando a cabo con mi familia para mi rescate. De vez en cuando, recibía de los míos algún paquete con alimentos o con ropa, pero mis secuestradores retenían las cartas que me enviaban mi esposa y mi familia. Vicente redactaba en mi nombre las cartas para mi familia y luego venía para que yo las copiara y las firmara. Hice esto en varias ocasiones, pero el 3 de noviembre, día del cumpleaños de mi padre, se apareció con una carta realmente detestable, por lo cual omití lo peor parte al copiarla, y en su lugar, puse un saludo de congratulación por el aniversario. Vicente se marchó sin revisar lo que yo había escrito. No se dio cuenta del cambio hasta el momento en que se disponía a entregarles la carta a mi esposa y a mi hermano en una de sus entrevistas para establecer contacto. Eso le estropeó el día, y estaba tan enojado cuando regresó que, de ahí en adelante, prohibió que yo enviara o recibiera cualquier cosa.

Al día siguiente oímos por radio, las noticias sobre la invasión norteamericana a Granada. Radio Habana, Cuba, hizo una producción bastante completa del caso. Muchos de los guerrilleros parecían estar poco interesados en las noticias pero algunos, especialmente los jefes, estaban muy tensos. Giovani y algunos de los que siempre he sospechado que son cubanos, por el acento caribeño de su español, hicieron comentarios en los que verdaderamente mostraron el cobre. Algunos estaban tan enardecidos por el hecho de que las tropas norteamericanas hubieran invadido a Granada, que querían matarme para vengarse. Afortunadamente todo pasó tan rápido que el comando guerrillero decidió no tomar por ese camino.

Durante ese período, la mayor parte de los hombres parecían apreciarme y respetarme. Jaime, el jefe de la patrulla, y Nancy, la enfermera, se mostraban muy compasivos. El tiroteo del platanal con Manuel, conocido por medio del libro, unido a mi reconciliación y actual amistad con el hombre, era el

plato del día en el campamento guerrillero. La mayoría de los guerrilleros probablemente nunca hubieran creído la historia o aceptado el libro, si Manuel y yo no hubiéramos estado allí mismo en el campamento como una prueba viviente de lo que había sucedido. Aun así, algunos de los más curiosos le pedían a Manuel que les mostrara su cicatriz, la chapuza y el revólver que yo había utilizado para dispararle, y que estaban en su poder.

Giovani, el oficial de disciplina y control de la patrulla, se mostraba cada vez más indispuerto conmigo a medida que veía que yo iba ganando popularidad entre sus hombres. Mariano, el armero también estaba obviamente muy molesto conmigo. Se imaginaba que me estaba ganando los corazones de los guerrilleros con mentiras muy hábiles y con propaganda acerca de Dios y de la Biblia. Giovani y Mariano eran muy estimulados y apoyados en su odio contra mí por un joven dirigente guerrillero llamado Eliezer, que parecía ser el oficial de control para el instituto de entrenamiento guerrillero que estaba adscrito a esta unidad guerrillera. Yo tenía la firme sospecha de que él también era cubano.

El entrenamiento básico de más de un centenar de reclutas, algunas de ellas mujeres, iba en constante progreso durante las 24 horas del día. Podía oír a los instructores de ejercicios gritando y cantando rítmicamente todo el día y, algunas veces, hasta bien entrada la noche y cuando disparaban a veces durante horas, tanto de día como de noche, mientras los reclutas eran entrenados para combatir en la selva. Si hacía buen tiempo, se sentaban por la noche en torno de una fogata de campamento y entonaban inspiradoras canciones revolucionarias. Normalmente me excluían de estas fiestas militares, porque a ellas asistía la mayoría de los campesinos del lugar, a quienes se les recogía para el efecto, y al comando guerrillero le avergonzaba el hecho de que la gente se enterara de que ellos estaban involucrados en el secuestro, por lo cual me mantenían cuidadosamente oculto

en estas ocasiones. Algunas veces podía escuchar el canto de cientos de voces graves que resonaban a través de la selva a la luz de la luna, mientras los guerrilleros se esforzaban por vivir de conformidad con la ostentosa divisa de ser “los campeones de la libertad”. Después de las canciones, les tocaba el turno a los fogosos oradores que instruían al pueblo en la ideología marxista. Otras veces había una proyección de video, utilizando un Betamax Sony, provisto de una pantalla gigante. Algunas veces se proyectaban películas norteamericanas, tales como *Apocalipsis Ahora*, la cual se presentaba como un documental sobre la guerra de Vietnam. Después continuaban con algunas de las más atroces producciones de Hollywood (o las mejores obras de arte, según su punto de vista) y se las presentaban como una muestra de la forma normal de vida en Norteamérica. También tenían muchos documentales rusos sobre diferentes temas. Aparentemente, la mayor parte de su colección de películas había sido editada y doblada al español en Cuba, antes de ser distribuida a las guerrillas. Nunca tuve la oportunidad de asistir a ninguna de las proyecciones, pero me pidieron una vez que les arreglara el Betamax.

Parecía que los guerrilleros no tenían ninguna escasez de equipos o municiones, aunque el suministro de modernos rifles automáticos de asalto no fuera suficiente. Solo una tercera parte de la tropa tenía los G-3, y los M-16, o los AR-15; el resto estaba armado con fusiles y carabinas M-1. También eran pocas las granadas de mano y las armas antiaéreas, pero poseían algunos cohetes modernos y ametralladoras calibre .50.

Me sorprendió mucho que el comando guerrillero no hubiera prohibido mi libro, ni me hubieran mantenido alejado de sus hombres. Creo que esto se debió, en parte, al hecho de que ellos (el comando) siempre están tratando de justificar todo cuanto hacen, pues no quieren aparecer como totalitarios o arbitrarios ante sus hombres. Se enorgullecían de proclamar

que ellos no torturaban a la gente como, según decían, lo hacía el gobierno; sencillamente mataban al que les causaba algún problema. Si daban muerte a un funcionario estatal, era porque estaba podrido y corrupto y no cumplía con el desempeño de sus funciones; si eliminaban a un pobre campesino, era porque se trataba de un soplón o de un espía del gobierno; si secuestraban un ciudadano norteamericano, era porque se trataba de un corrupto capitalista que estaba explotando al pueblo, y si lo mataban, entonces era porque debía tratarse de un agente de la CIA; si fusilaban a uno de sus propios hombres, era porque había sido un traidor, y así sucesivamente. Ellos nunca cometían “errores”, pero sí trataban de justificar sus actos.

Aparentemente, estos jefes guerrilleros me permitieron que les hablara abiertamente a sus hombres y que circulara mi libro, porque querían aparecer como justos ante ellos. Tenían la esperanza de que se dieran cuenta de las “mentiras” y de la “propaganda” que encerraban mis palabras, y así fortalecer la ideología que les estaban enseñando oficialmente. Por todo esto, aproximadamente mis primeros 100 días de cautiverio transcurrieron bajo unas condiciones cada vez más favorables.

Desde la invasión de Granada y por la alteración de la carta de Vicente, mi situación comenzó a ponerse cada vez más tensa. Los jefes guerrilleros estaban aumentando sutilmente la presión psicológica sobre mí, y durante varios días seguidos se dedicaban a buscar el mejor modo para destruirme mental y emocionalmente. Me decían que mi situación era desesperada, y que mi familia me estaba abandonando. Se me urgió para que les escribiera pidiéndoles que accedieran a las exigencias de mis captores por el rescate. Les respondí que estaba seguro de que mi familia estaba haciendo cuanto podía para conseguir mi liberación, y que ellos eran los que habían cometido una equivocación al capturar al hijo de un misionero en lugar de hacerlo con un rico capitalista como habían creído. Les dije que

tenían dos opciones: o me mataban, o me dejaban ir por cualquier pequeña cantidad que mi familia pudiera darles. Jaime se volvió y me preguntó si tenía miedo de morir. Le respondía que la muerte es obviamente algo que atemoriza, pero, si estaba preparado para morir.

Unos pocos días después, mis captores me ataron de nuevo, dejándome puesta la cuerda día y noche. Esto no fue decisión de Jaime. Apparently, Giovanni había pasado por encima de su autoridad, y el comando guerrillero había estado de acuerdo con su decisión. Entonces, comenzó una tenaz campaña para destruirme psicológicamente por completo y después hacerme un lavado de cerebro. Todos los días tenían nuevas tretas para alterarme y conseguir su objetivo. Mis captores empezaron a contarme historias alarmantes, algunas de las cuales se referían a los animales salvajes. Me refirieron los más violentos y espeluznantes relatos acerca de los leones (leones de montaña o pumas) y de los tigres (jaguares) que jamás hubiera oído. Estos relatos tenían una doble finalidad: intimidarme, alterando mi capacidad de sueño, y hacerme pensar dos veces antes de que decidiera otra vez escapar a la selva.

Al día siguiente, resolvieron aumentar su presión sobre mí, por lo que fueron y le dispararon a un mono. No lo mataron, sino que lo hirieron apenas en el estómago. Se trataba de una hembra y tenía un hijito que se mantenía agarrado a ella. La arrastraron hasta colocarla cerca de donde yo estaba y la abandonaron allí. Durante todo el día tuve que presenciar este pequeño drama de la madre agonizante y del hijo que seguía aferrado a ella, lloriqueando.

Unos días antes, Mariano me había estado hablando acerca de mi esposa. Me contó lo suficiente sobre ella como para que, mediante su descripción, yo supiera, que la había conocido de verdad. Después insinuó que los guerrilleros la tenían también en su poder. Me dijo que probablemente decidieran lavarle el

cerebro y luego someterla al entrenamiento guerrillero para, posteriormente, enviarla a combatir. Que algún día podían resolverse a dejarme en libertad, después de que le hubieran sacado a mi familia todo el dinero que tenían; sin embargo, mantendrían siempre como rehén a mi esposa para asegurarse de que yo no hablaría mal de ellos después de mi liberación.

Al principio mi mente enloqueció con pensamientos de venganza y violencia. Luego, después de algún tiempo, me di cuenta de que eso formaba parte de su intento para destruirme y para lavarme el cerebro. Empecé por hacer un decidido esfuerzo para arrojar de mi mente todas esas historias y todos esos dramas, y no permitir en modo alguno que mis pensamientos se explayaran en ellos. Confiaría en que Dios protegería a mi esposa, y yo mantendría mi mente cerrada a las intenciones de mis captores. En vez de eso, tomé la decisión de pensar en los valores positivos.

Un puma (los guerrilleros los llaman leones) llegó realmente hasta el campamento la noche posterior al incidente del mono. Dormitaba en mi hamaca, y Mariano está de guardia. El puma vino y se detuvo entre él y yo; anduvo olfateando por un rato y, finalmente, se fue después de algunos minutos. Luego de que el animal se marchó, le pregunté a Mariano por qué no le había disparado. Estaba temblando y me respondió que le había fallado la linterna. Había tenido miedo de disparar y errar el tiro porque el resto del campamento y yo nos encontrábamos del otro lado del puma, por lo cual se había limitado a esperar, paralizado por el miedo, hasta que el animal se fue. Por otra parte, un disparo del guardia era un aviso de ataque y podría haber ocasionado la movilización de cientos de hombres de todo el campamento. Hacía varios meses ya, estando de guardia, él le había disparado a un jaguar y había fallado, por lo que había sido castigado tan severamente que no quería volver a correr el riesgo. Mariano llamó algunos de los otros hombres para

que vieran las enormes huellas del puma. Cada vez parecían estar más perplejos en cuanto al motivo por el cual el puma había llegado tan osadamente hasta el campamento, pues normalmente evitan a los seres humanos. De ahí en adelante, los guardias se mostraban muy nerviosos por la noche, y alumbraban con sus linternas por todas partes hasta terminar con las baterías. La tensión aumentaba en ellos noche a noche. Su actitud me intrigaba, hasta cuando me di cuenta de que ellos estaban empezando a creer en sus propios cuentos con los que habían estado tratando de atemorizarme. Por mi parte, dormía profundamente pues era el único que sabía la verdadera razón por la cual ese puma había estado vagando por el campamento. Tenía conocimiento de que los cazadores de estos animales mataban monos para ponérselos como cebo, para lo cual arrastraban el cuerpo del mono por la selva, dejándolo después en un claro. El puma seguía esa huella si se cruzaba con ella, y caía en la trampa. ¡Todo lo que había hecho el puma era solamente cruzarse con la huella dejada por la mona que los guerrilleros habían herido y arrastrado hasta donde yo estaba para que la viera morir!

Durante la mayor parte de mi cautiverio, empezaba el día leyendo uno de los Salmos de la Biblia. Comencé con el Salmo 40 el día en que cumplí los 40; y así, seguí leyendo uno diariamente. Me valí de esto como un recurso para llevar la cuenta de los días transcurridos, pero pronto empecé a darme cuenta de que estos Salmos eran muy apropiados para mi situación. Muchos de ellos habían sido escritos bajo difíciles circunstancias, y podía identificarme fácilmente con el autor. Dejaba que mi Salmo diario fuera mi oración a Dios y lo decía con la misma, y sincera convicción que había sentido el escritor original hace miles de años. El Salmo 91 era muy especial para mí, así como muchos otros. Casi empezaba a parecerme como si el libro de los Salmos hubiera sido escrito justamente para mí. Cada uno

correspondía exactamente con el día para ayudarme a comprender mi situación y enfrentar las dificultades cotidianas.

Empecé a preguntarme si debería haber tratado de escapar antes, cuando mis captores me habían dejado suelto durante muchos días. Ahora me encontraba atado de nuevo, y era obvio que estaban tratando de enloquecerme. Quizás había despreciado una buena oportunidad. Por el momento me encontraba en lo profundo de la selva, y tenía pocas posibilidades de regresar a la civilización, aunque me las arreglara para escaparme del campamento. Decidí pedirle a Dios otra señal clara que me mostrara si Él quería seguir protegiéndome y si yo debía permanecer en el campamento guerrillero. También le pedí que me diera una oportunidad de escapar con pertrechos y provisiones, si eso era lo que Él quería que yo hiciera.

A la mañana siguiente, aproximadamente en mi día 110 me levanté, leí el Salmo y empecé a caminar de un lado para otro, tan lejos como me lo permitía la cuerda de nailon. Mientras hacía mi ejercicio matinal, me hallaba en profunda meditación y caminaba paralelamente al lado de la hamaca. La carpa que la protegía estaba cubierta de hojas secas que habían caído durante la noche, porque al colgarla, mis captores habían cortado algunas tupidas enredaderas que se habían secado y ahora estaban dejando caer sus hojas. Todas las mañanas, mientras hacía mi paseo, acostumbraba darle una palmada a la carpa, haciendo que todas las hojas se reunieran en la parte más baja; luego, en mi siguiente pasada, estiraba la mano y sacaba todas las hojas muertas. Por lo tanto, ese día procedí como de costumbre pero, cuando empezaba a sacar las hojas secas con la mano, obedeciendo a un impulso, lo pensé mejor y continué mi paseo. En el momento en que dejaba atrás la carpa observé, con el rabillo del ojo, que algo se movía haciendo un suave siseo. Me volví, y allí estaba una serpiente, con su cabeza a unos centímetros apenas de la mía. Se había enroscado en un montón de hojas

encima de la carpa, y ahora estaba furiosa porque la había molestado cuando palmeé la carpa. Me había tirado el lance cuando pasé cerca de ella, fallando por escasos centímetros de haberme alcanzado en el cuello. Su lengua bífida se movía atrás y adelante por entre los dientes que parecían agujas, mientras se alistaba para atacarme nuevamente. Seguí caminando y me volví hasta que se me terminó la cuerda. Arnuval, que estaba de guardia se acercó y golpeó a la serpiente con el plan de su macheta, para no romper la carpa. El reptil cayó al suelo y se vino directamente hacia mí, mientras Arnuval lo perseguía. Yo no podía correr, porque estaba atado, así que pegué un salto en el aire en el instante preciso en que la serpiente se me aproximaba. Esta pasó de largo, chocando contra un árbol grande de anchas y extendidas raíces. De algún modo, se dio la vuelta y se nos vino detrás. Arnuval se enredó en la cuerda y cayó al suelo, y yo tropecé y me fui encima de él, agarrándome a tientas para no caer sobre la serpiente. Al hacerlo, me aferré de algo sólido que no era otra cosa que las cachas de la bayoneta que Arnuval llevaba colgada de la ancha canana con que se ceñía fuertemente a la cintura. Por una fracción de segundo se me vino la idea de sacarle el arma, apuñalarlo con ella y echar su cuerpo sobre la serpiente, pero luego lo pensé mejor. Me calmé y le ayudé a levantarse. Arnuval golpeó de nuevo a la serpiente con el machete y la mató. Los dos estábamos templando del susto. Por un instante, había tenido a mi alcance la posibilidad de arrebatarle el fusil G-3, pero me habría visto obligado a matarlo o a herirlo para escapar. De algún modo, no fui capaz de hacerlo. Los resultados de mi ataque contra Manuel, agregados al hecho de que ahora conocía mejor a Arnuval, me habían quitado el apetito para utilizar más violencia. La serpiente podía haber mordido fácilmente a uno de los dos o a ambos, pues se trataba de una especie venenosa de la familia de las *fer de lance*, de aproximadamente un metro de larga.

Arnuval y yo nos miramos fijamente. Ninguno de nosotros habló durante un buen rato. Finalmente, él hizo la observación de que no estaba de acuerdo con que se mantuviera atado. También se disculpó por lo del mono. Dijo además, que quisiera no tener que obedecer órdenes tan estúpidas, y obviamente lo decía de corazón.

(Aparentemente, el comando guerrillero daba consignas breves a los guardias antes de su turno y les impartían órdenes específicas a cada uno de ellos para que hicieran o dijeran algo especialmente diseñado para que me afectara de alguna manera. Al terminar la guardia eran interrogados. Arnuval, que era el especialista en guerra psicológica de la patrulla, ahora estaba obviamente harto de su trabajo). Me puse a meditar sobre lo ocurrido y recordé el Salmo 91 donde dice: “Sobre el león y la serpiente pisarás”. Entonces, le di gracias a Dios por haber cuidado de mí, demostrando claramente que hacerlo en el campamento guerrillero no era ningún problema para Él. Tomé el incidente de la serpiente como una señal evidente de que Dios quería que yo permaneciera allí trabajando para Él. Me sentí seguro de haber obrado correctamente al tratar de ayudar a Arnuval en lugar de acuchillarlo, quitarle el fusil e intentar escaparme. Si me viera impulsado hacia la violencia física de nuevo, arruinaría los efectos de todo lo que había estado haciendo y diciendo hasta ahora.

El libro y mi vida estaban produciendo un tremendo impacto en algunos de los guerrilleros, y si tomaba como objetivo que Dios me había enviado en una misión para rescatarlos, todo se volvería emocionante. Realmente, era una guerra espiritual la que estaba librando y decidí lanzarme a la ofensiva y atacar, en lugar de permanecer siempre a la defensiva. Tomé la decisión de decir o de hacer audazmente cualquier cosa que sintiera que Dios quería que hiciera en alguna situación determinada, sin medir las consecuencias. Emplearía todas las armas espirituales

a mi alcance; y, aunque me encontraba amarrado y mis captores eran los que tenían las armas físicas (ametralladoras y lo demás), intentaría rescatar a mis secuestradores de la esclavitud espiritual en la que se encontraban. Parecía también que muchos de ellos estaban sometidos a una esclavitud física. Había la posibilidad de que yo fuera eventualmente dejado en libertad, pero la mayoría de ellos estaban atrapados allí hasta cuando murieran por enfermedad o fueran eliminados en combate.

Nancy, que había permanecido muy distanciada al principio de mi cautiverio, llegó a interesarse cada vez más en lo que yo decía, después de haber leído mi libro. Empezó por hacerse cargo de su turno de guardia, aprovechando la oportunidad para hacerme preguntas. Un día me miró con una expresión de perplejidad en su rostro y me preguntó “¿Todos los norteamericanos son como usted?”

“No –le repliqué–, yo soy uno de los peores. La mayoría de los norteamericanos son mucho más agradables que yo y nunca hubieran disparado contra uno de ustedes”. Por un momento pareció confundida, mientras la vislumbre de una perspectiva totalmente nueva y positiva sobre los Estados Unidos empezó a fulgar en su cerebro. Se recobró prontamente, y ambos nos reímos de mi pequeña broma, pero las semillas para la meditación habían sido sembradas.

Dos días después volvió a preguntarme: “¿Cómo es realmente la vida en Rusia?” Pensé un momento y finalmente le dije: “El mejor ejemplo que puedo darle de la vida en Rusia, es este campamento. Aquí, a cada uno de ustedes le dan las cosas que los jefes consideran que necesita para llevar a cabo su trabajo. Ustedes no reciben necesariamente lo que desean, pues cada uno es tratado como la pieza de una máquina. A vuestros jefes lo que les importa es la organización o el sistema (la máquina), no los individuos que hacen parte de la organización. Los individuos son desechables. Según lo que puedo ver, no existe la

libertad individual dentro de este campamento guerrillero. La vida en Rusia es aproximadamente igual, pero en una escala más grande y más civilizada.

Una mirada de horror e incredulidad destelló en la cara de Nancy. “¡No!, ¡no puede ser!” –exclamó emocionadamente–. Ellos nos dijeron que tenemos que soportar la disciplina, las penalidades y las circunstancias indeseables apenas por dos años, hasta cuando estemos en el poder. Nos prometieron verdadera libertad después de eso, exactamente como en Rusia y Cuba.

Nancy llegó a interesarse mucho en la Biblia y en el libro de dibujos ideológicos animados de Phil Saint que yo tenía. Había algunos dibujos sobre temas como el terrorismo, la guerra atómica y el cristianismo que realmente la cautivaron. Ella disfrutó tanto el libro, que se lo regalé junto con un Nuevo Testamento. En la guarda escribí: “Para Nancy, con la esperanza de que encuentre la paz y la libertad personales por las que ha estado luchando”. Me dio las gracias, y luego me miró pensativamente durante un momento. Por fin dijo: “Lo envidio. Tiene dentro de usted su propia paz personal”. Sus ojos estaban empañados cuando dio la vuelta para marcharse.

Hacia el final, el joven Alfredo cambió y empezó a ofrecermé su amistad. Me contó que su padre había sido un hombre de profundas convicciones religiosas, a quien él había respetado. Desafortunadamente, se había ido y las circunstancias sociales habían separado la familia. Alfredo había sido recogido por los guerrilleros hacía varios años, cuando apenas tenía once años de edad. Comenzó por venir a jugar ajedrez conmigo, en lugar de tratar de ponerme en dificultades todo ese tiempo, como lo había estado haciendo antes. Empleé mucho tiempo hablando con él y dándole buenos consejos, que él tomó seriamente.

En una de las veces en que Arnual estuvo de guardia, le hice impulsivamente un regalo. Se trataba de un pequeño equipo contra las mordeduras de serpiente, compuesto por

copas de succión, un cordón constrictor de veneno, un frasco de yodo y un escalpelo. Había logrado que mis captores no se dieran cuenta de él, manteniéndolo oculto durante todo este tiempo dentro de un rollo de papel higiénico. Arnual estaba conmovido y complacido al mismo tiempo. También le causo sorpresa ver que yo tuviera en mi posesión un escalpelo de nueve centímetros de largo y cortante como una barbera. El equipo para mordeduras de serpiente lo había recibido empacado en una de las cajas de caramelos que me había enviado mi familia hacía más de un mes y, de algún modo, había escapado a la estricta requisa que me hacían mis captores de todo lo que me enviaban. También tenía oculta una caja de fósforos dentro de un paquete de Kleenex.

De vez en cuando, trataba de leerles pasajes de la Biblia a mis captores, pero nunca mostraron mucho interés. Nancy era la única que parecía escuchar. Finalmente, obtuve algunos resultados haciendo lecturas del libro de los Proverbios. Les expliqué acerca del rey Salomón, que había sido uno de los hombres más ricos y más sabios que jamás hubiera existido, y comencé a leerles pequeñas adivinanzas tomadas de los Proverbios. Pronto, todos ellos estaban interesados, incluso Giovani que venía y discutía con entusiasmo los Proverbios de Salomón. Arnual, debido a su formación en psicología, estaba intrigado.

Un día le leí de Proverbios 24:3-6, “Con la sabiduría se edifica la casa, y con la prudencia se afirma; con la ciencia se llenan sus cuartos de todo lo máspreciado y deleitoso”. Arnual trató de resolverlo durante un rato y, finalmente, me pidió que se lo explicara.

Le dije que solamente había una fuente de verdadera sabiduría. Dios habló con sabiduría y creó el universo. Podemos hacer uso de nuestra inteligencia para adquirir una educación. (Las guerrillas creen que la educación es la respuesta a todos los problemas del hombre, y cada guerrillero está en un programa

de estudio continuo, sin importar el nivel que haya alcanzado). Le dije a Arnuval que cuando muramos, las cosas materiales ya no tenían importancia para nosotros, pues solo las experiencias que hayamos atesorado y las lecciones que hayamos aprendido serán los artículos de verdadero gran valor y buen gusto con los que podemos llenar los “cuartos de nuestras vidas”. Sea cual sea la educación que hayamos obtenido con nuestra inteligencia, la verdadera sabiduría se comprobará o no en la experiencia real a medida que transcurra nuestra existencia.

De repente, Arnuval exclamó: “¡Lo entiendo!” Luego, sacó lápiz y papel y escribió el proverbio, agregando: “Lo que usted ha estado diciendo todos estos días tiene sentido verdaderamente, y la experiencia la ha comprobado. Mañana tengo a mi cargo la sesión de adoctrinamiento matinal para todo el campamento, y quiero enseñarles esta lección del libro de los Proverbios”.

Al día siguiente, por la tarde, Arnuval se había ido en compañía de Jaime. La explicación oficial fue la que ellos habían sido transferidos. Giovani le había informado al comando guerrillero que yo estaba ejerciendo una peligrosa influencia sobre sus hombres. La lección de Arnuval, tomada de la Biblia, debió haber sido la gota que rebosó la copa. Jaime fue destituido, y Eliezer fue nombrado como nuevo comandante de la patrulla.

El curso de entrenamiento para los nuevos reclutas había terminado una semana antes. Aparentemente Eliezer, como oficial de control, decidió encargarse personalmente de nuestra patrulla en un intento por reparar en algo el daño ideológico que yo había infligido a la unidad. Dos nuevos hombres, Luis y Miguel, que eran reclutas inexpertos, se unieron a nuestra patrulla al mismo tiempo que Eliezer, completando un total de nueve miembros.

Bajo el mando de Eliezer, mi situación fue de mal en peor. Mientras escribo este relato, seis meses después de mi liberación, la mayor parte de las cosas negativas que se hicieron

contra mí durante el último mes de cautiverio, se han borrado de mi memoria. No he tenido fijaciones ni pesadillas. Creo que mi determinación de amoldar mi pensamiento al Sermón de la Montaña, ha sido la razón para que no haya sufrido ningún daño psicológico permanente.

No voy a hacer una narración episodio por episodio de este último mes. Más bien quiero olvidar y perdonar. Durante los últimos 30 días de mi cautiverio, se buscó destruirme completamente por todos los medios, empleando cualquier recurso disponible. Me quitaron la máquina de escribir y la desarmaron, devolviéndosela a Mariano para que utilizara las piezas y resortes en la reparación de armas. Se me prohibió seguir escribiendo, pero no me despojaron de mis cuadernos ni de la Biblia. Como hacía mucho calor, no se me permitía tomar agua, y en su lugar, me daban una limonada amarga de extraño sabor. Sospecho que a mis alimentos y bebidas, les agregaban productos químicos y drogas para alterar mi mente, pues durante la mayor parte del tiempo sufrí de fuertes jaquecas. Para mantenerme despierto se apeló al recurso de alumbrarme a los ojos con la linterna durante la noche. Algunos de mis captores decían cosas como estas: “Nosotros somos humanitarios: nunca lo mataríamos mientras estuviera despierto. Cuando necesitemos eliminarlo, le alojaremos una bala en la cabeza mientras duerme”. Pronto me resultó imposible dormir, aunque no me estuvieran alumbrando la cara con las linternas. Si alguna vez me adormecía, el infalible guardián hacía que me despertara sobresaltado, levantando con el cañón de fusil el borde del toldillo para observarme. Mariano era un experto en hostigarme.

Cuando estaba para terminar mi cautiverio, sentía que mi control mental comenzaba a fallar. Empecé a experimentar una fuerte claustrofobia producida por el toldillo. Tenía que hacer conscientemente un gran esfuerzo para mantenerme sereno y no desgarrarlo ni arrancarme las cuerdas que me ataban. Sentía

un intenso y casi irresistible deseo de comenzar a gritar con toda la fuerza de mis pulmones. Me sentía cercado por todas partes, y ansiaba ver el cielo claro y azul y los espacios despejados y abiertos, en lugar de ver solo árboles y hojas. En Nochebuena, mis captores me trasladaron a una selva de vegetación todavía más lujuriosa y tupida, en medio de la cual tenían un cultivo de coca y un laboratorio para el procesamiento de la cocaína que ellos explotaban.

Eliezer parecía resuelto tanto a desquiciar mi mente y hacerme aparecer como un fanático religioso a quien la religión había terminado por enloquecer, como a provocarme para que hiciera algo por lo que ellos pudieran matarme justificadamente. Mi libro estaba produciendo tal efecto en el campamento guerrillero, que los jefes estaban tratando frenéticamente de desacreditarme ante sus hombres. Algunos de estos comenzaban a poner en tela de juicio la policía de los líderes marxistas después de haber leído mi libro, diciendo: “¿Por qué tenemos que matar a tanta gente inocente? Estamos haciendo cosas que no son buenas. ¿Cómo vamos a tener libertad, si combatimos el mal con el mal? Quizás el *gringo* (yo) tenga razón. Quizás, Dios exista y, si es así, ¿qué va a pensar Él acerca de nosotros y de algunas de las cosas que estamos haciendo?” Los jefes guerrilleros estaban empezando a perder el control de sus hombres, pues eran tantos los que estaban implicados en la disensión que resultaba imposible someterlos a todos por la fuerza.

Comencé por hablarle clara y enérgicamente acerca de mis creencias a cada uno de los guardianes, mientras cumplían su turno de tres horas. Les decía que Dios los valoraba como personas, y que Él tenía un plan para cada uno de ellos. Luego, procedía a dar aplicación a las enseñanzas de Jesús a sus diferentes situaciones personales. Debido a la extremada presión a la que me tenían sometido, mis palabras brotaban con tremenda fuerza y resultaban muy convincentes. Hasta

Giovani estaba impresionado; y, después de que hablé con él durante dos horas, cedió finalmente y manifestó que le gustaría reconciliarse con Dios, pero que su caso era desesperado, pues había hecho demasiadas cosas horribles y perversas. Le repliqué haciéndole una pregunta: “Si un amigo suyo le debiera un *peso* a determinado hombre, y si usted también le debiera al mismo hombre un millón de pesos, y ese hombre resolviera perdonarles a ambos su deuda, ¿Cuál de ustedes debería estarle más agradecido?” Me contestó que él, por supuesto. Le dije que las cosas con Dios funcionaban de la misma manera; que nunca es demasiado tarde para admitir nuestros errores y nuestros fracasos y para dejar que Dios se haga cargo de nuestras vidas. Cuanto más hayamos enredado las cosas, mayor será nuestra gratitud cuando Él ponga en orden nuestros asuntos y nos libre de nuestros problemas. De ahí en adelante, Giovani permanecía extremadamente pensativo y dejó su actitud beligerante para conmigo. Me manifestó que sentía remordimientos por todas las cosas malas que había hecho. También me contó que su madre era profundamente religiosa; que oraba por él todos los días, y que le había dado un pesado crucifijo de oro que él llevaba colgado de una cadena en su cuello.

Mientras me abría a mis captores y empezaba a expresarle mis íntimas convicciones de una manera positiva, retando a cada uno individualmente para que reflexionara acerca de Dios y de las cosas de eterno valor espiritual, mi tensión interior se alivió y acabó por desaparecer completamente. Comencé a tomar la ofensiva en mis conversaciones con Eliezer y Vicente. Les dije que cuando ellos secuestraban a un corrompido funcionario del gobierno o a un personaje de la mafia de la droga y los aligeraban de algo de sus mal habidas ganancias, en cierta forma estaban ayudando solamente a que se cumpliera la justicia de Dios. Sin embargo, si se metían con el pueblo de Dios, el asunto era completamente diferente. Si tomaban algo del dinero de

Dios o maltrataban a uno de sus servidores, entonces se verían en graves aprietos.

Les recordé lo ocurrido cuando el movimiento guerrillero del M-19 secuestró y mató a Chet Bitterman, un misionero de la Wycliffe, hacía varios años. Antes de eso, el grupo del M-19 había llevado a cabo, una tras otra, varias operaciones espectaculares pero, al mes de la muerte de Bitterman, la fortuna de ese movimiento empezó a declinar claramente. Cientos de sus miembros habían sido muertos o capturados por el ejército de Colombia en operaciones militares sin precedentes. El gran final llegó cuando Jaime Bateman, el jefe, huyó del país en un avión rumbo a Panamá, llevando una gran suma de dinero, producto del terrorismo. El avión en que viajaba se estrelló, muriendo todos los que iban a bordo, y el dinero nunca fue recuperado, pues probablemente se quemó. Algunas de las células que quedaban se integraron a las F.A.R.C., el grupo que me secuestro utilizando indistintamente cualquiera de los dos nombres.

Los guerrilleros se lamentaban de todo eso que, según ellos, era el resultado de la mala suerte; sin embargo, yo creo que Dios amenguó su prosperidad después de que le dieron muerte a Chet Bitterman. Mi opinión es la de que Dios respeta el libre albedrío de los ateos hasta cuando ellos van demasiado lejos y se apoderan de algo o matan a alguien que le pertenece. Si nuestro libre albedrío lo empleamos para atacar el Reino de Dios, entonces, Él está en libertad de intervenir del modo que crea más conveniente.

Continué diciéndoles a los jefes guerrilleros que ellos habían cometido un error al secuestrarme. Les aseguré que no tenía ningún deseo personal de venganza, que me contentaba con dejar el asunto en las manos de Dios. Seguidamente, los invité para que hicieran conmigo un viaje a los Estados Unidos, donde podrían ver por sí mismos cómo es realmente Norteamérica. Les dije que ellos no tenían la culpa de que alguien les hubiera

dicho un montón de mentiras acerca de mi país y de los norteamericanos, pero que debían ser lo suficientemente responsables para juzgar las cosas por sí mismos y no creer sencillamente a ciegas todo lo que oyeran, leyeran o vieran en una pantalla de video. Los Estados Unidos no son perfectos, ni en sueños, pues allí hay quienes abusan de su libertad, pero ese es uno de los riesgos que se corren al tener un sistema libre de gobierno. Una gran mayoría de norteamericanos valora y quieren la libertad que disfrutan. Ellos consideran que “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad” son “derechos inalienables” dados por Dios. Muchos estadounidenses han descubierto que una conveniente relación con Dios, es la clave para la realización de estos objetivos.

Mariano se encontraba de guardia la víspera de Año Nuevo, cuando cumplí 140 días de cautiverio. Él y Eliezer eran los únicos de nuestra escuadra que aún me tenían antipatía, y las relaciones entre Mariano y yo eran muy frías. La noche anterior, me había quedado entre dormido e inconscientemente había levantado el toldillo y sacado afuera la cabeza. Cuando desperté, rudamente sacudido, tenía a unos centímetros de mi nariz el cañón del rifle de asalto de Mariano, que tiró hacia atrás del seguro, amenazando con matarme. Se pasó el resto de la noche enfocándome la linterna en los ojos y apuntándome con el fusil al que le había quitado el seguro. Terminó su guardia a las 6:00 de la mañana, pero regresó a las 9:00 A.M. para encargarse de otro turno. Tanto él como Eliezer parecían estar muy intranquilos, y creo que estaban preocupados pensando en que otros guerrilleros pudieran decidirse a darme su ayuda para escapar y fugarse conmigo. (Los había invitado a todos para que me acompañaran a los Estados Unidos y vieran por sí mismos cómo era). Me exprimía el cerebro buscando la forma cómo podría romper la coraza de rudeza y frialdad de Mariano. Si pudiera convencerlo demostrándole buena voluntad, quizás pudiera

penetrar la barrera de desconfianza que había entre nosotros. Yo le había regalado un tubo de crema dental norteamericana, cuyo bonito envase sacaba el contenido por bombeo, lo cual lo había fascinado por ser armero; sin embargo, parecía que seguía odiándome y desconfiando de mí. Un factor que complicaba nuestra relación era que Mariano había sido el compañero de Manuel, y durante todo el tiempo él se había estado culpando por no haberlo auxiliado cuando yo le disparé pues, en lugar de hacer lo que le correspondía, se había entretenido en la orilla del río. Aunque Manuel me había perdonado, Mariano continuaba abrigando un amargo resentimiento contra mí desde el comienzo.

De repente, recordé la caja de fósforos que tenía escondida entre la caja de pañuelos Kleenex. Los saqué y se los regalé a Mariano como una prueba de buena voluntad. Se conmovió cuando se dio cuenta de que estaba entregando voluntariamente algo que podría haberme sido útil en un intento de escape, y así pude tener una franca y provechosa conversación con él:

“Ustedes me secuestraron con el objetivo de reunir dinero para su causa, y como un acto de terrorismo –le dije–, pero Dios permitió que esto sucediera para que me fuera posible hablarles a ustedes acerca de Él”. Luego, le expliqué que el cristianismo no era un sistema como el capitalismo o el socialismo, sino una relación personal con Dios. Le dije sencillamente que haría bien en ampliar sus horizontes visitando otros países donde pudiera ver por sí mismo lo que realmente estaba aconteciendo en el mundo, en lugar de dar oídos y de creer ciegamente unas informaciones tendenciosas. Me ofrecí para guiarlo personalmente, si alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo.

Justo en medio de nuestra conversación, se apareció Eliezer. Me preguntó si no iba a invitarlo a él también. Le respondí que él también podía acompañarnos, desde luego. Entonces estalló:

“Usted no manda aquí, quien manda aquí soy yo, –me gritó–. Parece que no quisiera salir vivo de aquí, ¿verdad?”

La atmósfera estaba tensa, y tuve la nítida impresión de que podía ganarme un tiro si decía algo más. Eliezer parecía estar buscando una justificación para matarme. Guardé silencio. Después de transcurrido un minuto o algo más de estar mirándome fijamente a los ojos, apartó su mirada y se fue.

Mariano permaneció impasible ante esta escena. Después de que Eliezer se marchó, me dijo: “Ahora, ¿qué estaba usted diciendo antes de que nos interrumpieran?” Yo no estaba seguro de si lo decía satíricamente, o si quería de verdad que continuáramos nuestra charla. Anteriormente, Mariano había estado tratando de hacerme creer que existía libertad de expresión en la organización guerrillera marxista; ahora, le pregunté si el incidente ocurrido era un ejemplo de lo que él me había estado diciendo. No me respondió.

Me senté y empecé a hojear la Biblia. Me pregunté: ¿qué le diría a Eliezer la próxima vez que lo viera? Debía haberle parecido que la mayor parte de sus hombres le estaban poniendo más atención a mis palabras que a lo que él les decía. Una semana antes, había jugado una partida de ajedrez con él, dándole jaque mate en nueve movimientos y en presencia de sus hombres. Me había propuesto dejarle ganar, por lo que sacrifiqué una torre y un caballo por su reina, a la vez que iba avanzando solamente un peón, casilla por casilla. Él estaba tan obsesionado por aniquilar mis piezas, que no se dio cuenta cuando moví mi peón hacia la última casilla, donde quedó defendido por un alfil, dándole jaque mate. Esto había sido una terrible humillación para él, como principal instructor de estrategia militar que recibe un jaque mate en nueve jugadas con solo un peón. Los hombres pensaron que yo había planeado todo el asunto y no salían de su asombro, pues Eliezer tenía una tremenda fama como jugador de ajedrez en el campamento. En realidad, esa

partida de ajedrez me hizo comprender algunos de los procedimientos del entrenamiento de los guerrilleros. Ellos eran muy buenos para seguir los procedimientos y las respuestas preestablecidas, pero si se les planteaba algo diferente, como lo hice con Eliezer cuando comencé a regalarle mis fichas, no estaban entrenados para responder con ideas originales. Su sistema ahoga la iniciativa personal.

Por medio de mi lectura de un Salmo por cada día de cautiverio había obtenido instrucciones específicas del Señor; y, debido al peligro potencial de la situación, decidí que era mejor esperar hasta el día siguiente para leer el Salmo que correspondía, pues era posible que para entonces ya no estuviera vivo.

Abrí la Biblia en el Salmo 141, y en el versículo tres encontré las instrucciones que necesitaba: “Pon guarda a mi boca, oh Señor; mantenme vigilante en la puerta de mis labios”. (NVI, Nueva Versión Internacional). Comprendí, en verdad, que era el momento de guardar silencio.

Mientras leía los versículos siguientes, el cinco y el seis llamaron mi atención: “Pero mi oración testificará siempre contra las maldades de los impíos; sus gobernantes serán lanzados desde las rocas, y el malvado comprenderá que mis palabras están bien dichas” (NVI). En la versión española que poseo, la traducción de la última parte del versículo seis dice: “. . . Se darán cuenta de que mis palabras eran verdaderas”. Tomé esto como una promesa de que Dios aplicaría mis palabras directamente a las conciencias de mis captores, convenciéndolos de la verdad. Me sentí lleno de júbilo y comencé a alabar alegremente a Dios por todas las cosas que Él había hecho en mi vida, lo mismo que por aquellas que haría por mí en el futuro, con toda seguridad.

Desde mi experiencia con la Estrella de la Mañana, había estado orando por una completa victoria espiritual. Mientras estaba pensando, deslicé mi mano por debajo del lado de la hamaca donde estaba sentado, palpando el hermoso dibujo tejido

a los lados de ella. Se trataba de una hamaca de lana, tejida a mano, cuyos vivos colores representaban una hilera de estrellas de 15 centímetros situadas en ambos lados en un doble diseño, unas amarillas y otras azules. De pronto, sentí un choque eléctrico al darme cuenta, por primera vez, que eran estrellas de seis puntas, es decir, ¡estrellas de David, exactamente iguales a la que había visto colgada en el cuello de Nancy! Las conté con dedos temblorosos. Había 26, igual al número de hombres que conformaban un pelotón guerrillero, que consiste en tres escuadras de ocho hombres cada una, más el comandante y el oficial del control.¹²

Vicente, el comandante de la compañía a la cual pertenecía la unidad que me secuestró, había asignado un pelotón completo para mi caso: una escuadra se encargada de vigilarme; otra, de asegurar las negociaciones con mi familia, mientras que una tercera tenía a su cargo la seguridad, el suministro de provisiones y mantener comunicación con la escuadra que me vigilaba. ¡De modo que había pasado exactamente 140 noches durmiendo en esa hamaca 12 horas obligatorias de cada 24, y empleando algunas veces cinco de esas horas en orar por mis captores! ¡Y todo ese tiempo había estado rodeado por 26 simbólicas estrellas de David, una por cada guerrillero comprometido directamente en mi secuestro!

Esa noche, mientras me relajaba acostado en la hamaca, tratando de serenarme y, quizás, dormir un poco, volví a pensar en Eliezer. Él era ahora el único en nuestro campamento que me

12 Una compañía guerrillera consiste en tres escuadras de 26 hombres, además del comandante y del oficial de control para un total de 80 hombres. Ocho compañías conforman un batallón. El comandante del batallón y su estado mayor forman un pelotón adicional, haciendo que el batallón guerrillero normal o *frente*, como ellos lo llaman, esté compuesto por un total de 666 hombres. Las F.A.R.C. sostienen que los frentes que ellos tienen operando en Colombia pasan de 30.

amenazaba abiertamente. Lo incluí entonces en mis oraciones y le pedí a Dios que cambiara su actitud también.

Cerca de la medianoche oí un bullicio que creía cada vez más. Los guerrilleros, llevando antorchas encendidas en las manos, se dirigían hacia mi hamaca gritando y dando golpes sobre algo. Pensé: “¡Oh, no! ¡Deben haber estado bebiendo, ya que es la víspera de Año nuevo, y ahora vienen probablemente a lincharme!” Sin embargo, cuando estuvieron cerca empezaron a cantar todos ellos, dándome una serenata con vallenatos colombianos. Reconocí a Mariano, que tocaba la armónica, a Elkin, que tenía un par de tapas de olla que le servían de platillos, y a cada uno de los otros, que utilizaban alguna clase de instrumento improvisado. Esto explicaba todo ese alboroto.

Cuando terminaron de cantar tres bonitas canciones que resonaron en toda la selva, me bajé de la hamaca y fui hasta donde estaban ellos, tal como se acostumbra en Colombia. Les agradecí su atención y les dije que acababan de suministrarme el material para un relato épico que podría contar a mis nietos acerca de cómo una banda guerrillera me dio, en plena salva, una serenata a las doce menos cuarto de la noche en la víspera de Año Nuevo.

Por turno, fui haciendo un comentario de la apreciación personal que tenía de cada uno. Allí estaban todos, con excepción de Eliezer que permanecía sentado a unos 45 metros de distancia en el centro del campamento. Le pedí a Mariano que fuera a buscarlo, y sentí agrado y temor al mismo tiempo cuando regresaron juntos. Miré a Eliezer y le expresé mi deseo de que todos deberíamos proclamar ese nuevo año como el año de la amistad y la reconciliación. Le dije que lamentaba si lo había ofendido de alguna manera, y le tendí la mano.

Eliezer dudó por un instante; luego, estiró su mano y tocó la mía. “Usted es diferente a como yo creía”, dijo con rudeza. “Si continúa portándose bien, no le ocasionaré más problemas”.

Después, para no quedarse atrás en mis ofertas de paz, sacó dos vasos y, ofreciéndome uno, ¡propuso un brindis por la amistad!

Elkin se adelantó y llenó los vasos con el vino de una botella que Nancy había estado guardando para una ocasión especial. Normalmente, no soy buen bebedor, pero esto no parecía ser el momento oportuno para negarme, por lo cual levanté el vaso y dije: “Por el Año Nuevo, Quememos el Año Viejo detrás de nosotros y que 1984 sea un año de amistad y paz”.

Exactamente a la medianoche, Mariano hizo una descarga al aire con su ametralladora. Luego, Elkin detonó algunas bombas que había preparado para la ocasión. Después de esto, Mariano tomó una antorcha y la acercó a un muñeco de trapo que había empapado con gasolina aceitosa y que representaba el Año viejo. Las llamas iluminaron la selva, alzándose a gran altura en el aire.

Me encontraba muy animado cuando volví a subirme a la hamaca una hora después. Las llamas se habían apagado, convirtiéndose en un débil resplandor, y mis captores se habían ido a acostar. Javier y Elkin estaban de guarda. Empezaba a parecer como si Mariano estuviera abandonando realmente su rencor para conmigo, pues, había tomado parte en la serenata con todo entusiasmo. Mientras permanecía acostado y reflexionaba sobre estas cosas, repasando mentalmente cada detalle de la celebración del Año Nuevo, se acercó Elkin a la hamaca y rompió el silencio: “Sabemos que usted no pertenece a la CIA, y que no es un agente del gobierno (colombiano)”, anunció confidencialmente.

Sorprendido por su información, le pregunté: “¿Cómo llegaron ustedes a esa conclusión?”

“Muy fácil”, replicó, “usted no nos tiene miedo. Nuestra organización ha capturado agentes del gobierno de cuando en cuando, y siempre hemos podido ablandarlos psicológicamente con el tiempo y averiguar quiénes son, pero usted es diferente.

Todo el mundo en esta zona del país tiene conocimiento de su ambulancia aérea y hablan bien de usted”.

La parte referente a que yo no hubiera sentido miedo, me dejó asombrado. Casi que me muero del susto muchas veces pero, para mi admiración, aparentemente no se habían dado cuenta de cuando yo estaba aterrado. La Biblia dice que el amor perfecto echa fuera el temor,¹³ y creo que esa sea probablemente la explicación de lo que sucedió. Cuando empecé a considerar el secuestro como una oportunidad para reflejar el amor de Dios hacia mis secuestradores, en un intento por rescatarlos del círculo vicioso de odio y mentiras en que estaban atrapados, mi interés por ellos como individuos los alcanzó.

A las 5:00 de la tarde de mi día 142 de cautiverio, tres de mis captores, Javier, Elkin y Giovanni, vinieron corriendo al tiempo a toda velocidad hasta la parte del campamento donde yo estaba y empezaron a descolgar la hamaca apresuradamente, mientras me comunicaban en voz alta y excitada que iba a ser liberado. La orden acababa de ser recibida por radio, y se veía claramente que estaban muy contentos por mí.

Partimos en menos de quince minutos. Anduvimos durante media hora hasta llegar a un río, donde me vendaron los ojos y me subieron a una embarcación. Viajamos durante cinco horas, haciendo varias paradas. Finalmente, arrimamos a la orilla. Después de cinco minutos llegó Elkin y me quitó la venda; luego, la cuerda y me dijo que desembarcara. Así lo hice. Allí estaba mi hermano Chaddy. Me acerqué a él y le estreché la mano, preguntándome si no se trataría de una trampa.

Chaddy me presentó al jefe principal de la guerrilla. Nos dimos la mano, y después fui presentado a otro hombre, que resultó ser el contacto de la guerrilla para la negociación. Él no era guerrillero, pero fue el intermediario que mis captores

13 1 Juan 4:18.

habían utilizado para entenderse con mi familia. Ambos hombre eran de mediana edad, y resultaba difícil ver sus rostros bajo la pálida luz de la luna.

Antes de mi arribo, Chaddy había pagado cerca de cinco millones y medio de pesos por mi rescate, pero nos dijeron que debíamos un millón de pesos más al intermediario por su trabajo. Cuando Chaddy protestó, diciendo que eso no figuraba en el trato, el jefe guerrillero dijo enérgicamente: “Creo que las vidas de ustedes valen otro millón de pesos”. Dándose cuenta de que estábamos a merced de ellos, Chaddy convino en pagar esa suma tan pronto como pudiéramos.

“Realmente, los estamos dejando marchar por un precio muy ventajoso”, nos dijo el comandante”. El precio corriente para un secuestro es muchas veces mayor del que ustedes están pagando. Ni siquiera sacaremos los gastos de este secuestro. He oído hablar mucho acerca de usted, y tengo la intención de leer su libro. Su familia puede continuar operando en esta zona, pues no les ocasionaremos ningún otro problema si pagan la cantidad adicional dentro de 30 días”.

Después de advertirnos para que no habláramos con la prensa, el jefe guerrillero nos dijo que estábamos en libertad de marcharnos. Me quedé sorprendido cuando Giovanni se acercó y me entregó la billetera y el reloj que me habían quitado poco después de haberle disparado a Manuel. Recordé que llevaba un frasco de repelente contra los mosquitos en mi bolsillo. Es difícil conseguir en Colombia un buen repelente y el que yo tenía era excelente. Muchos de mis guardianes me habían pedido que los dejara cuando partiera, y yo había comentado que se lo regalaría al que se hubiera portado mejor conmigo. Entonces, saqué el frasco y se lo di a Mariano. Después rebusqué en mi maletín, y fui dándole algo a cada uno, al tiempo que les estrechaba las manos y les decía adiós.

Le tendí la mano a Eliezer y le dije: “Que bueno sería si

algún día pudiéramos jugar otra partida de ajedrez bajo mejores condiciones”. Me contestó torciendo la boca, y algunos de los hombres se sonrieron.

Nancy se acercó y me dio un gran abrazo, diciendo: “Cuando piense en usted, siempre me acordaré de la vez en que me dio ese dulce rojo y luego dijo que era veneno. Nunca me he asustado tanto en mi vida”.

A continuación le estreché la mano a Giovanni. Extendí la mano y tomé el crucifijo de oro que llevaba al cuello, diciéndole que recordara el verdadero significado de esa imagen y que no la usara solamente como un talismán para la buena suerte. Él me sonrió forzosamente.

El último hombre a quien dije adiós fue a Mariano. Se había apartado de los demás y estaba bajo los árboles. Caminé hasta donde se hallaba y le tendí la mano. Parecía que le estaba ocurriendo algo, pues el cañón del fusil que colgaba de su hombro se sacudía de arriba abajo y, al mirarlo más de cerca, me quedé asombrado al ver que estaba sollozando. Tomó mi mano y se hizo un silencio embarazoso mientras ambos buscábamos las palabras apropiadas para el momento. Finalmente, él rompió el silencio y dijo: “Perdóneme por la forma como lo he tratado, lamento el incidente de la otra noche”. Había lágrimas en sus ojos.

Con un nudo en la garganta repliqué: “*Tranquilo*, no se preocupe por eso, recuerde las cosas que le dije el otro día cuando fuimos interrumpidos”, le di otro apretón de manos y me alejé.

Mientras subía a la chalupa con mi hermano Chaddy, me di cuenta de que continuaría orando por Mariano, así como por Manuel y por los demás hombres que había llegado a conocer durante mi cautiverio. Chaddy tomó río arriba hacia una pequeña población donde pasamos la noche.

Al día siguiente, mi papá nos recogió en una pista de aterrizaje cercana. Su alegría de vernos salvos a ambos no tenía límite. Chaddy insistió que yo piloteara el 170 hasta casa. Examiné el

viejo avión, advirtiéndolo los parches colocados sobre los agujeros dejados por las balas y el nuevo parabrisas. Aunque la reparación había sido hecha en forma experta, el anticuado aparato nunca sería el mismo, y mi vida tampoco, pues había aprendido muchas cosas importantes a través de esta experiencia.

Subí y ocupé el puesto de piloto. Encendí el viejo motor Continental que sonó suave y amigablemente. Cuando estuvimos en el aire, di la vuelta y pasé zumbando por el campo de aterrizaje a gran velocidad. Luego, me elevé. ¡Qué bueno era estar libre!



Mi madre oró por mí varias veces al día desde el principio hasta el fin de mi cautiverio. Sus oraciones fueron escuchadas. Ella está feliz de tener seguros a sus dos hijos en casa. *Foto de Chad Stendal*

Conoce más libros escritos por Martín Stendal:

Descubriendo lo que La Religión Esconde

El Factor de La Corrección

El Libro De Daniel

El Misterio de La Voluntad de Dios

El Río de Dios

Elías y Eliseo

Fe y Gracia

Josué y La Tierra Prometida

La Filosofía de El Rey Salomón

La Reina Ester y El Anillo de Poder

Las Bienaventuranzas

Preparándose para El Fin de El Mundo

Sabiduría para El Fin de Los Tiempos

Ser Hallado Fiel

Entre otros...

Para mas información de todos los libros de Martín Stendal
visite la página:

www.ransompressinternational.com

